



# **KHAROS**

## **Almas de Plata**



**Diana Buitrago**

**KHAROS**  
**ALMAS DE PLATA**

**DIANA BUITRAGO**

Título original: Kharos

Subtítulo: Almas de Plata

©Diana Bravo Buitrago. Todos los derechos reservados.

Derechos de la portada: Gracias a Pixabay. Imágenes de OpenClipart-Vectors, Enrique Meseguer y dawnydawny.

Montaje y maquetación: Diana Bravo Buitrago

Primera edición: 2019

Sello: Independently Published

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mi madre que me dio la vida.*

*A Pavel, que al término de esta novela se encontraba a 3000km de distancia.*

*Sueño con un mundo donde existan los portales espacio-tiempo, donde la gente solo se mire por dentro más allá de la piel, donde la única lengua posible sean los besos en el alma y vivamos eternamente juntos. Te quiero con el alma y el alma nunca muere.*

*A mi familia y amigos.*

*A todos los que sueñan con un mundo mejor.*

## Agradecimientos

Esta novela nació como un par de relatos del blog de mi maravillosa amiga y escritora, Jessica Galera Andreu ([jessi-ga.wixsite.com/fantepika](http://jessi-ga.wixsite.com/fantepika)) en el apartado de Desafíos Literarios.

No tengo palabras suficientes para agradecerle todo lo que ha hecho por mí en todo este tiempo en que nos conocemos y recordarle que su fuerza reside en la capacidad que tiene de soñar. Su entusiasmo y su magia se me contagiaron para alargar un relato que nunca pensé que llegaría a convertirse en un libro. Este es el ejemplo más claro que he encontrado para gritar al mundo entero que la voluntad y el apoyo son puntales fundamentales en el desarrollo de cualquier sueño. ¡La vida es un reto!

Un especial abrazo a todos mis compañeros del referido blog en el que formamos un verdadero equipo, con especial cariño a Karen Holmes (@Karen\_H\_W) y Jose Antonio Sánchez (@JascNet)

Durante tres meses fui colgando en mi blog ([dianabuitrago111.wixsite.com/saliralaluna](http://dianabuitrago111.wixsite.com/saliralaluna)) los capítulos que iba escribiendo para que todo el mundo los pudiera leer gratis y pudieran comentar libremente. Nuevamente agradecerles a Jessica (@Jess\_YK82) y Jose sus comentarios divertidos y sus palabras de ánimo.

Un agradecimiento especial a todos mis seguidores de redes sociales que me soportan a diario, y a los que siguieron las fotos de Instagram (@dianabbuitrago) en las que hablaba de este proyecto y todos los MG y RT de Twitter (@DianaBBuitrago) que tantas personas compartieron. Es un inmenso placer que os interese lo que escribo.

Esta es una historia rara, autoconclusiva, de fantasía oscura, una distopía

fantástica, urbana, poéticamente triste. Una paranoia que fue sumando palabras sin saber muy bien dónde acabaría. Me he inspirado en mi vida propia, en la crueldad humana y en la esperanza eterna.

Porque todos tenemos una parte oculta, se la dedico a mi hermana oscura, esa que hace de la vida un poema y se queda ensimismada con la luna...

Gracias a todos

## ÍNDICE

**PRÓLOGO. LUNA DE SANGRE LOBO**

**1. LOS DEMONIOS DE LA NOCHE**

**2. FIRECROSS**

**3. VOLUTAS DE LUZ**

**4. CALCINADA**

**5. CONTRACORRIENTE**

**6. BRILLANTE COMO EL SOL**

**7. ENCERRADA**

**8. NEBULOSE**

**9. RECUERDOS DE HUMO**

**10. ASALTO**

**11. SECRETOS DEL ALMA**

**12. LA HECHICERA**

**13. EL SORNA**

**14. DRAKKO**

**15. BENDECIDA POR LA LUNA**

**16. EL TEMPLO DE ANANDYRA**

**17. LA CÁRCEL DEL DEMONIO**

**18. CAMINANTE DEL AGUA**

**19. LA LUNA QUE SANGRA**

**20. UNA CAMPANA ROTA**

**21. TEMPUS FUGIT**

**22. ZOKOTHYA**

**23. TODO POR UN SUEÑO**

**EPÍLOGO. ALMAS DE PLATA**

**SOBRE LA AUTORA**

## **PRÓLOGO**

### **LUNA DE SANGRE LOBO**

Ya era noche cerrada cuando llegamos al viejo bloque de apartamentos. Las calles brillaban húmedas convertidas en barrizales de lágrimas perdidas y las farolas titilaban clamando a los fantasmas nocturnos. Una rata nos saludó como aúllan los gatos a la luna, enseñando los dientes. Y un intenso silencio nos embargó adueñándose de nuestros miedos más profundos, como una sentencia resbalando en el aire rancio y maldito de la noche. Subimos en procesión con las capuchas echadas para que nadie pudiera siquiera vernos el rostro. Las cicatrices surcaban nuestra piel como un antiguo mapa de tesoros perdidos y los ojos escarlata no eran más que rescoldos apagados del último invierno. Aquella era una misión suicida, kamikazes de retales de sueños buscando la esperanza como una aurora. Que de la noche también se salía aunque se acabara de dibujar en el cielo un presagio de muerte.

Un angosto y largo pasillo se extendía como las fauces de un lobo hambriento y apenas una mortecina luz engullía las sombras tras una puerta entreabierta. Sin un murmullo, ni un susurro, sin apenas respirar; llegamos hasta el umbral y nos zambullimos en la estancia iluminada por una solitaria y ancha vela ritual. De Jimmy no había ni rastro, pero la ventana entreabierta no auguraba sorpresas. Había saltado y no íbamos a dejarlo escapar.

Uno a uno, salvemos la distancia hasta el suelo en un salto mortal de cuatro pisos de altura y recorrimos las sinuosas callejuelas siguiendo su rastro. Lo acorralamos enseguida. ¿Quién cree que puede escapar del Círculo de la Muerte? Agazapado en el suelo no parecía más que un muchacho. El cabello revuelto y un cigarro aún prendido colgando de la comisura de sus labios. Que todo dependiera de un crío no era una gran noticia, pero así lo habían

desvelado las estrellas.

Nos lo llevamos arrastrándolo por el pavimento mojado, el rastro del tabaco era una fragancia amarga impregnando los desolados recovecos de aquella ciudad dormida. Nadie volvería a verlo jamás y él lo sospechaba, torciendo su gesto en una mueca de disgusto cada vez más pronunciada.

Finalmente, el portal interdimensional se abrió en mitad de una calle despejada. Pasamos a través de él y nos vimos inmediatamente engullidos por la maleza. El templo de Anandyra, construido en el bosque colindante con la antigua y devastada ciudad de Sapphire, se imponía majestuoso bajo la luna llena; aunque estuviera escondiendo el rostro bajo la mala hierba. Sus paredes aún eran sólidos muros de piedra negra, sus columnas se abrían como árboles señalando el cielo y las grietas no eran más que cicatrices que recorrían su anatomía marcando una larga vida de misterios. Extendimos la mano izquierda de Jimmy sobre el último peldaño de la escalera que daba la entrada al templo. Con la plateada daga ceremonial dibujamos sobre su piel su primera cicatriz y la sangre manchó como un pequeño manantial el mármol sepultado por el polvo de los siglos.

Brillantes ríos escarlata lamieron el interior del templo convirtiendo la maleza en ceniza. Todo brilló de nuevo con el resplandor de miles de estrellas dando la bienvenida al nuevo sacerdote que habría de guiarnos a una nueva era. El joven cayó de rodillas sujetándose la mano herida donde le habían dibujado con una daga, el ojo de la *diosa loba* y observó su nueva cárcel con horror. El cigarro no era ya más que una colilla aferrada al extremo de sus labios, negándose a caer en el abismo de aquel charco de una marea roja y misteriosa como la mismísima luna...

## 1. LOS DEMONIOS DE LA NOCHE

*«Nunca te pares, nunca te pares, nunca te...»*

Una luz incandescente me ciega momentáneamente mientras recorro en silencio las ruinosas calles de la ciudad. Me tapo con las manos el rostro aún sabiendo que no sirve de nada. El fogonazo es tan potente que me daña los ojos y aunque ya los he cerrado, todo cuanto veo al abrirlos es un sinfín de pequeñas luces brillantes, como si las estrellas se hubieran afanado por conquistar la tierra en esa noche vacilante en la que escapo del terror. Detenerme no ha sido una gran idea.

Escucho con pesar el sonido agonizante de los *drakko* que me persiguen desde hace más de una hora. Mi respiración se acelera, pero ya no es por la carrera que acabo de perder, sino por lo que pueda venir a continuación. Conozco sus métodos reptantes y las maneras poco ortodoxas de matar de esas criaturas de la noche, aunque ¿hay una manera típica de morir? Niego con la cabeza contestándome a mí misma, mientras busco en los bolsillos la daga de plata con la empuñadura de mágico topacio que me regaló la hechicera.

Solo esta arma puede matar a una sierpe de la ponzoña, aunque no estoy segura de que le vaya a acertar en el corazón. Sus malditas bolas de fuego me han cegado lo suficiente como para no saber dónde voy.

Un siseo me advierte de que hay una cerca. Casi como un estertor de la muerte, se acerca vacilante comprobando que apenas veo, para luego lanzarse en picado sobre mí. Si me clava sus agujijones, estoy muerta. Una sombra es cuanto atisbo a percibir en aquella noche cerrada y un campo de diminutas estrellas sigue danzando a su alrededor, casi como una lluvia brillante y hermosa, que hace que deje de temer la muerte que se cierne sobre mí para

abrazarla sin contemplaciones.

¿Y si este mundo fuera el infierno de otro planeta? Bien podría ser así, teniendo en cuenta la cantidad de alimañas y demonios que pueblan las noches. ¿Renunciar a todo? Algo en mí se rebela y grito casi como una última súplica a la devastadora noche eterna que amenaza con llevarme al paraíso de otra tierra. Sujeto la daga con fuerza y corro como una estrella fugaz, como una flecha azotada por las llamas, como una última oportunidad; cayendo sobre la bestia y ensartándole el corazón.

Esta vez la lluvia se ha tornado de un rojo escarlata y un gemido grave se ha dejado sentir por todo el callejón. Cuando miro a mis pies apenas los distingo entre el barrizal de vísceras y sangre en el que estoy sumergida. Ni siquiera quiero pensar cómo tengo el resto del cuerpo. Ojalá aquellas bestias no explotaran cuando aquella arma mortal los atraviesa, pero siempre ocurre igual.

Con un suspiro, comienzo a abandonar los despojos de aquel cuerpo carroñero y me topo con la figura de Otto que me observa con una medio sonrisa en los labios. Extiende su mano y la aferro de buena gana. Pronuncia una única palabra con mucha ternura: *Lesya*. Mi nombre. Lejos de aquel lugar de muerte, me estrecha contra su cuerpo y me abraza con tanta fuerza que duele. He estado cerca. Somos los últimos *kharos*, los últimos mata-demonios.



Cuando nos conocimos yo no era más que una chiquilla estúpida llorando por mi mala suerte. Toda mi familia había sucumbido ante aquellas criaturas de la noche y vagabundeaba de un lado a otro de la ciudad, mendigando de día y refugiándome de los monstruos por la noche. Nunca pensé que podría hacer algo contra ellos, solo esperaba mi turno, ser la siguiente en esa larga lista de

nombres que habían desaparecido sin dejar huella. Pero Otto me rescató como se remolcan los barcos varados en la arena, me dio el empujón que necesitaba y le dio sentido a una idea que no dejaba de atenazarme el corazón. ¿Por qué no luchar?

Vivir es un lastre si no sabemos cómo gobernar nuestras vidas. E interiormente no me resignaba a rebelarme, con esa rabia acumulada, ese odio por unos asesinos sedientos y la tristeza de la soledad. Otto me salvó de un demonio mientras yo permanecía quieta esperando la muerte. Me miró fijamente con determinación y me gritó: «*¡Si no te gusta lo que hay, muévete; no eres una maldita estatua!*»

Yo desperté de mi letargo y mi tristeza, y me arrojé a él para golpearlo. Otto me detuvo con facilidad y sonrió y aquella sonrisa se me clavó tan adentro que no pude jamás volver a separarme de ella. Somos un torbellino de magia y muerte, una sombra asediando los rincones más inhóspitos de la ciudad, la daga en la noche, somos uno...



Nathania aún no ha cumplido los treinta años y vive en Los Portales, unos ruinosos edificios que apenas conservan dos pisos de altura aunque antaño superaran los tres. La poca población que aún sobrevive ahí ha creado una verdadera fortaleza a su alrededor con los escombros de la zona, una barrera infranqueable que ni siquiera los demonios se atreven a cruzar. Aunque quizás, el hecho de que ella los habite ha calado en esas alimañas que tal vez tengan algo más de raciocinio de lo que en un principio pueda parecer.

La hechicera es una mujer sabia y bella, tanto fuera como por dentro, tan llena de misterios y de conocimiento que soy incapaz de describir el respeto que me inspira. Ella es la señora de Los Portales, su reina, su diosa, su líder.

Es nuestro refugio en las noches de tormenta y donde nos curan las heridas que los drakko nos infieren, un bálsamo para el alma que nunca descansa y una lluvia de esperanza en una noche inacabable.

Nadie más se atreve a salir de la fortaleza inexpugnable que suponen Los Portales, pero no todos tienen acceso a ella. Otto y yo nos ganamos la entrada en ese refugio porque nos encomendaron una misión: matar, matar y rematar demonios de la noche. Sin embargo, otros no han tenido la misma suerte. Se esconden en las ruinas de la ciudad, en las oscuras calles perladas de la neblina que sube del río, en los laberínticos túneles del antiguo metro subterráneo o en las inmediaciones de la catedral convertida ahora en una montaña de piedras y árboles salvajes.

Nuestro rumbo es solitario e incierto. Somos la resistencia, los que aguantamos las embestidas de este destino infernal, los que clamamos al cielo pidiendo justicia. Somos supervivientes de una especie que casi ha dejado de ser humana.

Pero Nathania tiene un amplio conocimiento de este mundo que un día fue un paraíso. Conoce el pasado, las antiguas leyendas y las viejas historias, pero sobre todo sabe qué son esas bestias de la noche y cómo vencerlas. Conoce sus misteriosos secretos y los peligrosos que pueden llegar a ser. Lo sabe de primera mano, porque fue una de ellas...

## 2. FIRECROSS

Se pasa horas junto a la verja en la misma posición. El sol declina sus rayos a medida que recorre el arco celestial y comienza su descenso. Puede parecerle lejano o el más cercano de los castigos, pero sus ojos hace ya rato que no se fijan en él. Se hizo en su día con unas gafas de sol de las que nunca se desprende y otea la explanada que circunda la cárcel con desdén. No envidia sin embargo, a los que están fuera. La suerte en aquella ciénaga pantanosa en que se ha convertido la ciudad es más bien escasa y él no anda sobrado precisamente.

Recostado contra una pared finge una sonrisa torcida ante el reclamo de otro preso, no sabe cómo quitárselo de encima, aunque ya ni siquiera le preocupa volver a tenerlo tan cerca. El aliento del otro hombre lo embriaga de olor a licor casero y tuerce el gesto. Luego se enciende un cigarrillo de hierba rancia y espera que ese aroma le borre el recuerdo de ese otro rastro pasajero.

Valer es un hombre de edad desconocida, que aparenta muchos más años de los que seguramente tiene, sin embargo aquella vida desalmada les confiere a todos una apariencia mucho más temida de la que deberían tener y las sombras bajo sus ojos solo son un rastro superfluo del verdadero tormento que late por dentro. Lion lo sabe y también conoce ese viejo brillo en la mirada que es como un fuego que nunca se apaga. Que aunque la vida intenta una y otra vez amargarte como puede, uno lucha hasta el fin de sus días para salir de ese barrizal, del lodo impenetrable de la locura.

—¿Crees que vas a verla hoy? —pregunta Valer al que el alcohol no ha conseguido borrarle la razón por completo. Lleva la barba mal recortada y se pasa la mano varias veces por el pelo que le cuelga hacia el rostro

molestándole.

—No. Ya es muy tarde —reconoce el hombre que apenas pasa de la veintena. Si fue joven alguna vez, se ha olvidado hace tiempo. Sin embargo, aquella espera diaria lo impulsa una y otra vez como un resorte a su encuentro. Pero ella no siempre aparece. Casi como si supiera de su desesperación, se deja pasar por la polvorienta explanada cuando él ya no puede más. Justo al término de su paciencia, cuando ya no puede dominar ese instinto infeliz de estar allí encerrado, la silueta de la mujer se deja ver a lo lejos y él siente como una oleada de calma se adueña de su ser y le devuelve la cordura.

Mirar entre aquellos barrotes se ha convertido en un ejercicio de vital importancia para él y sabe que si deja de avistar a la extraña mujer, será como perder la poca esperanza que le queda. No sabe quién es, pero es una de las supervivientes de Sapphire. Apenas distingue su porte esbelto y su larga melena oscura, pero no importa. Cualquier imagen por diferente a todo lo que tiene que ver allí dentro le supone un paraíso difícil de igualar.

FireCross es una inexpugnable prisión de la que solo escapan los muertos. Lion es consciente de que solo saldrá de allí de esa manera, aunque no le faltan como a los demás, ilusiones de rescates y de mundos nuevos donde no existan los demonios nocturnos, ni la esclavitud. Porque eso es lo que son, esclavos del caos. Los Mala Sombra dominan la ciudad desde que ésta cayó expuesta a sus pies como una roca abierta y sus criaturas corrompen la noche y destruyen todo lo que se encuentran. Caer en sus manos es sucumbir a las perversiones de sus inhumanas almas, para las que hay pocas alternativas y todas pasan por una extinción lenta y dolorosa.

—Seguro que mañana tienes más suerte —le recuerda Valer mientras se pone en pie y empieza a recoger sus enseres que había dejado desperdigados sobre una columna rota.

Lion otea a su espalda y recorre con la mirada la vieja plaza que un día

debió ser el centro de la ciudad. Las blancas y esbeltas columnas que adornaban la casa del pueblo, su ayuntamiento, su centro neurálgico; ahora se ven rotas y esparcidas por doquier como tocones de árboles carcomidos y quemados, como el bosque de un maldito cuento sin final feliz.

Se levanta dolorido de las horas que lleva al sol adormecido de una tarde de primavera y avista en el cielo la primera estrella. Aunque las tormentas lo envuelvan todo en tinieblas, cuando pasan, las estrellas vuelven a brillar. No es un consuelo excesivamente grande entre tanta tortura, pero a cualquier mínima esperanza se aferra el hombre que no tiene nada más.

Las gemelas Lily y Anne se acercan susurrando y callan al verlos llegar. Valer las mira embelesado como siempre, aunque no tiene nada que hacer. Ambas están coladas por June, que se acerca veloz y los rebasa a todos en su camino al interior de la prisión. Tienen normas estrictas de permanecer dentro durante la noche porque los demonios nocturnos también acaban con los presos y su única salvación son las verjas de plata que extienden tras los portones de piedra que dan acceso a la plaza.

Ninguno de ellos tiene ganas de comprobar la certeza de aquella información, puesto que todos los que se han quedado rezagados nunca han vuelto. Si solo fuera muerte lo que encontrarán, hubiera sido un inmenso placer para muchos dejarse llevar por esa noche estrellada, pero hay secretos más oscuros y temidos, represalias más atroces e ignorancia felizmente recibida. Cuando todo lo que queda fuera, lejos de una mentira, es una verdad demasiado cruel siquiera para ser contada.

Lion entra rápidamente y sigue a June que no se detiene ni a por su pedazo de pan que colocan todas las noches junto a enormes tinajas con agua. Con un gesto, le hace una señal a Valer para que recoja sus trozos y éste le guiña un ojo como toda respuesta. Cree que tienen un lío amoroso y nada está más lejos de la realidad. Una amistad sin fisuras y dura como el acero es lo que

mantienen, al menos en lo que concierne a él, porque uno no puede indagar en la mente de otro sin exponerse también.

—¡June! Espera, ¿qué ocurre? —pregunta nervioso tras sus pasos. La joven es temperamental y se cierra en banda con la más pequeña herida sangrante de ese corazón sensible que rebosa belleza por dentro. Fuera, el fuego frío de su mirada lo atraviesa como una flecha.

—No quiero hablar. Lo he visto, esta vez estamos jodidos —farfulla sin que el joven entienda prácticamente nada.

—¿De qué hablas? Ya estamos en la jodida mierda —le recuerda con una sonrisa irónica mientras se toca la barbilla recién afeitada.

—¡He visto la maldita lista! —exclama con demasiado ímpetu, alzando la voz y se lleva las manos instintivamente a la boca para acallar lo que desgraciadamente ya ha expulsado— Estamos en ella. —El silencio invade a ambos jóvenes que se miran con sorprendente desolación.

La tormenta aún no ha llegado, pero escucha el rumor de las nubes en una carrera incesante por el cielo nocturno. Ni siquiera le quedan ganas para asomarse entre los barrotes de plata y admirar el fulgor de los rayos desparramándose sobre la vieja ciudad en ruinas. Muchos son los nombrados en esas listas y ninguno de ellos vuelve. De lo que les sucede hay todo tipo de hipótesis y ninguna que quieran para ellos. Está claro que los Mala Sombra, los señores oscuros que han conquistado aquellas tierras, no van a conformarse con mantenerlos presos en aquella cárcel de piedra. No han tenido clemencia con sus gentes y tampoco la tendrán con ellos, solo están a la espera de lo que quieran hacerles, sin más defensa que resistirse en el mismísimo momento en que vayan a por ellos. Si es que existe tal posibilidad, dado que están en sus dominios y bajo el embrujo de una magia tan ancestral como oscura y profana.

—¿Pensabas que esto iba a ser así? —demanda la joven con un susurro.

—¿La vida? —pregunta a su vez Lion mientras prende su mirada de la oscuridad.

—La muerte. Siempre pensé que moriría de vieja —le asegura mientras los ojos se le nublan por la tristeza.

—Aún no estás muerta —reconoce.

—Pero es como si lo estuviera... —añade la muchacha con pesar.

June no ha querido moverse de su lado y se halla recostada mirando al techo, tampoco puede dormir. Es muy probable que esa misma noche vengán a por ellos y que no puedan resistirse. La convicción es demasiado fuerte como para pensar en otra cosa, van a morir.

Valer se sienta de repente en su destartalado catre y mira atontado en dirección al pasillo. Si algo bueno tiene aquel pillastre borracho es el oído.

—Alguien se acerca —comenta distraído y somnoliento.

June y Lion se miran fugazmente mientras se incorporan en el catre que comparten, observan las sombras y escuchan en silencio el crujido de la verja. Ninguna criatura de la noche es tan sutil. Los Mala Sombra se acercan arrastrándose hasta ellos y no tienen escapatoria. Dos altos hombres se cuadran a las puertas de su particular mazmorra y los señalan con el dedo.

—¡Se os llama a sucumbir ante el fuego! —proclama el Mala Sombra con la mirada encendida.

Tampoco es necesaria mucha más explicación. Lo han visto hacer un millar de veces y esta es otra cualquiera para el resto, pero no para ellos dos que saben que no volverán.

Se han creído seguros en aquel lugar, alejados de las bestias que recorren la noche de puertas para fuera. Pero nada más lejos de la realidad, les ha llegado su turno, van a pagar con sangre la resistencia contra los señores del caos.

Valer se queda intimidado y sorprendido al ver que se llevan a sus dos

compañeros, sin embargo se levanta velozmente y embiste a uno de los Mala Sombra que trastabilla y se gira instintivamente para acabar con él. El hombre se encoge y se tapa con los brazos para protegerse de lo que quiera que el carcelero se preste a hacerle. Látigo en mano, lo hace silbar en el aire y al descargarlo solo se escucha el quejumbroso sonido de la piedra al romperse en dos.

—¡Déjalo en paz! —grita el joven con rabia.

Lion ha apartado al lastimero Valer que se ha jugado la vida por él. June no pierde el tiempo y le atesta una patada en la entrepierna a su carcelero que se queja con su semblante pétreo midiéndola con la mirada, pero que no se mueve un ápice en su agarre sobre ella. Saca el látigo y pretende hundírsele hasta el tuétano, pero esta vez son las gemelas las que lo apartan de su frágil trayectoria. Cuando quieren darse cuenta están en medio de una trifulca de proporciones épicas y todos los presos están ayudando a deshacerse de los Mala Sombra. Algo que no había pasado antes y que demuestra como siempre, que la unión hace la fuerza, que el miedo no es eterno y que una amenaza no puede robarte el poco honor que te queda.

Una gran piedra ha sido arrastrada hasta el pasillo y entre tres, la dejan caer sobre el cráneo de uno de los carceleros que explota como un melón, sembrando el viejo enlosado de ráfagas escarlata. El consuelo de la noche es suficiente para esconder su tributo a la diosa luna, manchando con desprecio el suelo que ya no puede absorber más sangre. El otro Mala Sombra tarda más en sucumbir y ello le aporta mayores sufrimientos, aunque no es una piedra esta vez lo que acaba con su vida. Una barra de hierro arrancada de alguna verja de la plaza, lo ensarta como una vieja marioneta a la que aún le quedaran ganas de repetir su función y se bambolea a trompicones por el espacio que le han dejado sus propios reclusos; más que por respeto, por el asco a mancharse con su sangre envenenada de maldad.

No tardan en llegar los vítores y los gritos de júbilo, pues saben que en las noches nunca hay guardias, temerosos ellos mismos de caer bajo las fauces de los monstruos que han creado. La verja está abierta. Hay miedo por lo que van a encontrarse fuera, pero también hay esperanza. Algunos deciden quedarse, pero el resto emprende una huida hacia lo desconocido que clama un adiós para siempre a FireCross.

—¿Vas a marcharte? —pregunta June con la angustia reflejada en su rostro. No se han separado desde que se conocieron en aquella prisión hará cerca de tres años.

—No puedo quedarme aquí y esperar a que vuelva a ocurrir lo mismo, no quiero esperar a los pies del cadalso —contesta con un nudo en la garganta. No quiere dejarla atrás y observa su gesto de angustia mientras se debate entre el miedo y las ansias de libertad. Finalmente, la joven le aferra la mano y le sonríe tímidamente.

—Dónde tú vas, yo voy. Cuando tú caes, yo caigo. —Es una frase que siempre se dicen y ahora tiene más sentido si cabe. Están dispuestos a salir a la noche infestada de monstruos, cuando Valer se acerca y los retiene del brazo.

—Yo también quiero ir —les pide con voz temblorosa, su rostro sereno y más lúcido que ninguna otra noche. Gracias a él han conseguido ser libres, así que merece su compañía.

—Ni siquiera sabemos dónde vamos, pero está bien, te lo mereces —le replica Lion con una sonrisa en los labios.

—A buscar a la dama de la explanada —afirma Valer y encamina su marcha al exterior ante las caras de perplejidad de ambos amigos. Aún no han tenido tiempo de seguirlo cuando las gemelas se acercan a ellos y con un asentimiento se han dado su consentimiento para seguirlos.

Afuera la lluvia arrecia y las calles están empapadas. La oscuridad de la

noche esconde las enormes grietas que pueblan las antiguas calles infestadas de criaturas maléficas. El sistema eléctrico hace tiempo que cayó y apenas algunas luces móviles se detectan en la distancia. No les interesa ser vistos y zigzaguean por el mosaico de escombros y edificios en ruinas que circundan cada pedazo de la urbe.

Valer va delante sin miedo a nada, pero de nuevo se detiene en lo que parece una advertencia muda y el grupo cesa en su avance. Hay una estrecha calle a la izquierda de la que se escapa un hedor nauseabundo y el oído se agudiza al detectar un sonido de arrastre. Serpientes carroñeras las llaman, capaces de comerse entre ellas. Víctima o verdugo, no les importa lo que haya en ese callejón, solo quieren salir airoso de ese macabro encuentro, pero son demasiados y su olor es poderoso. Pronto el sonido reptante se acerca, no saben si echar a correr en dirección contraria.

Se hacen señales con las manos para evitar llamar la atención del demonio, pero ya es demasiado tarde. Dos bolas de fuego salpican el aire y la noche se tiñe de un rojo escarlata que nubla la visión y el entendimiento, que corta las alas de la libertad y los sumerge en la más oscura de las traiciones de la vida.

### 3. VOLUTAS DE LUZ

Me paro frente a la maltrecha señal del viejo metro subterráneo que hay sobre las escaleras que bajan a los túneles. Apenas le quedan letras que leer, pero recuerdo perfectamente sus colores y la posición exacta en la que se encontraban cuando estaba en funcionamiento. Lo cogía a diario para ir al instituto y esperaba a mi amiga Lud dos paradas más abajo en su ruta hacia el centro. Solíamos hacer planes sobre la universidad e incluso sobre nuestros trabajos futuros, pero se nos habían cortado los sueños de raíz aquella noche en que la niebla subió del río como un manto aterciopelado y las sombras invadieron la ciudad. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando los recuerdos pueblan mi memoria de pesadillas. Nunca había visto a un muerto, hasta aquel día.

Rugidos diabólicos se escuchan a lo lejos y rememoran de nuevo aquella noche aciaga en que sus alaridos competían con los sonidos del televisor. Pronto, los gritos de la gente se unieron a sus rugidos y el mundo entero salió a las calles, con miedo y curiosidad, y murió. La masacre duró las primeras horas de asedio y los siguientes días remataron todo rastro de vida. Aprendimos enseguida a escondernos, a guardar silencio, a parecer sombras. Nos habían robado la vida, a algunos literalmente y a otros en una especie de cuenta atrás que nos iba marcando las horas. No recuerdo haber odiado tanto antes de aquel día, ni haber sentido tanta desolación, ni haberme sentido tan sola.

Miro a ambos lados de la calle como siempre, la oscuridad se empapa de cada esquina. Un gato negro me mira en silencio y su mirada siniestra me inquieta. Aquí ni siquiera los animales están fuera de peligro. Los Mala

Sombra se han hecho con la ciudad y no quieren supervivientes. Finalmente, el gato cruza rápidamente con su mirada felina clavada en mí y yo le devuelvo el gesto cubriéndole las espaldas. La brisa proveniente del río llena la atmósfera de humedad y el cabello se me pega a la nuca, casi puedo percibir como si alguien me observara.

Me giro y oteo el cruce de calles que queda a mi espalda. Una farola rota observa con su ojo muerto la calzada que queda debajo. El oscuro pavimento está agrietado y levantado, formando pequeñas trampas para despistados. Pequeñas volutas de luz pueblan el aire, son pequeñas chispas iridiscentes de origen desconocido que empezaron a llenar la ciudad hace unos meses. Son inocuas y hermosas, pero me niego a sucumbir a su belleza sin saber lo que hay detrás.

Ya no confío en las noches y mucho menos en todo lo que se mueve tras ella. Las diminutas luces fantasma se mueven en bandos y se esparcen por todo el área que queda a mi alrededor. A veces estoy tentada a despedazarlas con las manos. ¿Cómo puede sobrevivir tanta luz ante semejante oscuridad? Pero algo en mi interior me detiene siempre y abro finalmente la mano para que una de ellas se pose en mi palma. Es suave y está templada, casi parece una espora de una flor exótica, pero su luz se aviva y comprendo que hay más magia que vida en aquella esfera reluciente.

La suelto de nuevo y la brillante luz recorre el aire espeso de la noche y se pierde entre las calles oscuras, sin alma. El grupo entero se aleja de mi presencia y vuelvo a hallarme sola y oscura, tan falta de vida que apenas un suspiro a mi espalda me sobresalta y el corazón estalla. Otto me abraza y yo sucumbo ante los latidos alocados que cubren mis oídos, como si retumbaran de dentro hacia afuera, espantando a los fantasmas. Pero son los monstruos los que acechan en la noche, menos sutiles que las esferas de luz que acaban su paseo nocturno en alguna estrella.

Me fundo en su abrazo y recibo su calor como un beso. No tarda en darme la vuelta y colocarme a la altura de su boca. Nos miramos mientras la brisa revuelve perezosa nuestros cabellos. Mi rubio ceniza se enreda con su desgarrado castaño y se convierten en ramas lamiendo hojas ajenas. Tiene el cabello largo más allá de los hombros y una cicatriz rosada le cruza la cara desde el rabillo del ojo hasta la comisura de los labios, esos que he besado tantas veces y a los que tengo miedo a perder en cualquiera de aquellas noches patrullando a oscuras.

—¿Me esperabas? —pregunta con una sonrisa a sabiendas de que hace rato que hemos terminado de dar vueltas y que nunca lo espero afuera. Siempre es un riesgo detenerse en cualquier parte y esa es su forma dulce de reprenderme— ¿Qué hacías aquí?

—Me han entretenido las luces —le explico con un ademán, levantando mi mano para enseñarle la palma.

—Tienes que dejarlas marchar —me recuerda con una mirada llena de amor.

—A veces me gustaría marcharme con ellas... —le confieso con cierta tristeza.

—¿Me dejarías solo?

—Jamás. Buscaría una voluta de luz para ti también y viviríamos en las estrellas —le explico con una sonrisa y él suspira.

Otto ya sabe lo mucho que me gusta que se posen en mi mano. Tuerce el gesto porque no está convencido de lo que son, pero no me recrimina nada. Nuestra vida es corta y ¿quién puede renunciar a una luz en la oscuridad? Oteo el cielo una última vez antes de que Otto me conduzca a las escaleras, una suave luz rosada se extiende por encima de los edificios dotando a las nubes del ardor de la mañana. Me pregunto en silencio si todo es una pesadilla macabra, pero tarda tanto el despertar que me he resignado a dormir para

siempre, ahogada por la noche en una carrera sin límites por salvaguardar mi alma.

Las oxidadas vías están cubiertas de escombros por lo que es muy difícil caminar en línea recta. Los habitantes del Clan Magno han excavado un pequeño camino que serpentea a través de los raquíticos montones de piedra y facilita el acceso a los túneles subterráneos. Nos movemos sigilosamente, trepando a veces por los muros laterales y volviendo a descender al camino de nuevo. Todo son risas y desenfado cuando nos alejamos de la superficie y la mañana lame las calles ruinosas.

Puede que los Mala Sombra caminen vigilando su destruida urbe en aquellas tempranas horas, pero a los monstruos se los lleva la noche y nunca se adentran en las profundidades de la tierra. Los centinelas son los primeros con los que topamos, cambian cada semana, pero nos conocen sobradamente. Iulio es un tipo serio y estirado que nos escruta con la mirada mientras nos acercamos a su poblado.

Los supervivientes subterráneos viven esparcidos por la gran red de vías del antiguo metro, pero ahí está su puesto de mando. Tienen un pequeño mercado donde se intercambian todo tipo de enseres que la gente va rescatando de los ruinosos edificios e incluso a veces celebran baile. Son risueños y hogareños y nunca prohíben la entrada a nadie. A Otto y a mí nos gusta pasarnos por aquí de vez en cuando, sobre todo cuando la semana ha sido mala y necesitamos cargarnos de energía humana, cuando no queremos olvidar por quién luchamos y de qué estamos hechos realmente.

Me adentro en los estrechos pasillos que forman el laberíntico mercado y paso de largo una parada de largos vestidos para pararme frente a uno de frutas. Echo de menos sus sabrosos y refrescantes sabores. Ahora son un producto exótico y caro que no me puedo permitir.

—Tengo algo nuevo para ti, Mariala —le asegura Otto extendiendo su

mano. La mantiene cerrada para aumentar la expectación de la mujer que la mira enfurruñada y la abre de repente mostrando un pañuelo de tela relleno de docenas de semillas.

—¡Qué maravilla! Ya pensaba que ibas a traerme otra vez un asqueroso colmillo de demonio, tengo tantos que podría hacerme un collar. Los cambian los bravucones que se los cuelgan al cuello pensando que dan miedo, aunque cada vez hay menos ganas de lucir ese emblema del mal —asegura Mariala. Las semillas son muy valoradas y difíciles de conseguir porque pocos se atreven a salir al exterior, y le envuelve en un viejo plástico raído cuatro o cinco melocotones en compensación. Su aroma se funde en el aire e instantáneamente se me hace la boca agua. Son esos pequeños caprichos que una tiene después de cargarse a unos cuantos demonios, nada del otro mundo, placeres de éste.

—Podría pasarme el resto de mi vida comiendo melocotones, me encanta su sabor —le confieso mientras hundo mi boca en una de las frutas, su zumo explota en mi boca y se escapa por mi cuello dotándome de un perfume nuevo y exótico que combate el hedor de la sangre de drakko que ya llevo adherido a la ropa como una rutina más. Él sonríe masticando su pieza hasta el hueso y después me besa el cuello en busca del rastro furtivo del néctar.

Luego, después de comernos las frutas sentados sobre un viejo andén abandonado, nos encaminamos por una vía conocida con rumbo fijo. El bullicio del mercado queda atrás con un sonido humano casi placentero, de sentirse como en casa, con una normalidad extraña que hace tiempo que hemos perdido. Ahora la risa de los niños que jugaban a perseguirse entre las vías se hace cada vez más efímera hasta casi perderse en el eco de los túneles.

Magnus es un hombre de unos treinta años que se gana la vida llevando productos de un punto a otro de la ciudad. Es un mercader moderno al que no le importa cobrar un precio injusto por su peligroso trabajo y que disfruta con

las peleas de demonios. Algunos tienen el extraño sentido del humor de llevar a varias de estas criaturas a encontrarse entre sí para que se devoren unos a otros. Es un arriesgado juego en el que pueden perder la vida y que intentamos prohibir sin mucha fortuna. Permiten que matemos por ellos, pero no les gusta que unos niños les den órdenes. Parecen olvidar que esos demonios han diezmado a la población, que han acabado con sus vecinos y por desgracia, con la mayoría de las familias. Pero algunas personas parecen haber perdido los escrúpulos y en mi secreta opinión tal vez los entienda, vivir siempre en alerta constante hace que la vida parezca más corta. Otto no es de mi parecer y no le gustan nada esos estúpidos juegos que nos pueden costar la vida.

—¡Magnus! —saluda Otto con un choque de manos y ambos se separan rápidamente demostrando el poco afecto que se profesan.

—Los mata-monstruos... —aclama jactándose, pero ya lo conocemos y no nos afecta.

—Matamos para ti, canalla. Sácanos algo de beber que estamos sedientos y así nos ahorramos de escuchar tus estupideces —le escupe Otto y el otro ni se inmuta.

Mi compañero de batalla tiene el don de adaptarse al lenguaje de la persona con la que trata y así llevarse bien con todo el mundo. A mí me cuesta más trabajo no decirle lo que pienso a la cara y es por eso que permanezco callada y apenas sonrío. Miro el vaso que me pone delante con un líquido dorado y de olor extremadamente fuerte que invade mis fosas nasales y me arde por dentro. Otto choca el suyo con el de Magnus y beben al unísono carraspeando después. Yo me lo llevo a los labios y apenas lo pruebo, sabiendo que ya me quema la garganta y que prefiero mil veces el sabor de la fruta que aún tengo en la memoria cercana.

—Quedaros aquí a dormir, podemos salir por la noche juntos a la superficie, tengo un montón de encargos y salir con vosotros por ahí me podría

allanar el camino. —Ambos nos miramos inexpresivos para que el comerciante no aprecie ni un ápice de lo que pensamos en realidad. Pero lo cierto es que no me apetece nada cuidar su culo especulador y pendenciero y sin embargo, voy a claudicar porque estoy reventada y necesito soltar mis huesos sobre cualquier hueco que el malnacido que tengo delante esté dispuesto a prestarnos.

—No te rompas la cabeza con él, cada uno sobrevivimos como podemos —sentencia Otto más tarde y aunque no menciona su nombre, no necesito muchas pistas para saber de quién se trata.

—Cada uno puede hacer lo que quiera —reconozco más bruscamente de lo que me gustaría mientras me tumbo en el jergón que hay apostado junto a una pared de la vía muerta en la que vive Magnus. Ni siquiera susurro, esperando que el desdichado me oiga y me odie en la misma medida en que lo hago yo.

—Cuando te enfadas... —comienza a decir con una sonrisa en los labios —, eres como una diosa. —Termina de recitar y le pellizco la mejilla intacta mientras le dedico una mirada traviesa.

Se quita la camiseta, igual que ha hecho antes con el abrigo y permanece bajo las pesadas mantas prácticamente desnudo. No me sorprende que lo haga, porque yo hago lo mismo. Desprenderse de la ropa es ya casi un ritual, quitarte esa segunda piel manchada de vísceras de demonio y guarecerte del frío con esa piel humana que a veces se nos olvida que tenemos. Estamos cansados, pero antes de que el sueño nos venza, nuestros cuerpos se atraen en una vorágine de deseo que siempre mantenemos alerta en la superficie.

Aquí no somos más que dos muchachos sucumbiendo al placer del olvido y nuestras pieles se mezclan sin importar qué hay fuera de esta pequeña burbuja de ensueño. Jadeantes, nos dormimos comidos a besos, cosidas nuestras heridas con el amor de nuestros cuerpos. En realidad, no le importamos a nadie, para la mayoría no somos más que dos pirados que se

juegan la vida en las calles para acabar con sus enemigos. No despertamos simpatía porque nos creen locos, pero tampoco se deshacen de nosotros porque somos útiles. Hay un equilibrio en el aire con nuestras desvencijadas vidas y con ese pensamiento frustrante y metódicamente retorcido, me duermo entre los brazos de Otto a cuya sombra vuelvo a la vida cada vez que me cobijo.

Me despierto con el sonido chirriante de una cadena que Magnus está enrollando alrededor de un paquete. Lo miró de refilón y espero que mi mal humor se le cale hasta las entrañas. Otto está en alguna otra parte. Me incorporo en la cama y recojo mi camiseta oscura que esconde mil y una manchas de sangre. Magnus observa ahora mi pecho desnudo y yo lo desafío con la mirada recordándole todos los agujeros por los que le puedo meter las tijeras que está manipulando. Baja definitivamente la mirada y yo me visto en silencio, recogéndome el largo cabello rubio en una trenza espigada.

—No me dejes más sola con ese tipo —le recrimino suavemente a Otto con un beso en los labios justo cuando aparece. Él ladea la cabeza, pero no dice nada, luego me pasa una rebanada de pan y un vaso de un espeso líquido blanco al que los ignorantes comparan con un manjar de los dioses. La leche corre por mi garganta con devoción, sabiendo que luego necesitaré todas las energías que pueda llevarme ahora. Nunca descarto una comida por poco apetecible que sea, ni siquiera pregunto de qué animal es. Hay cosas peores que engullir comida desconocida.

No han pasado ni dos horas y el frío de la noche nos embiste como una rara caricatura del mundo que acabamos de dejar. El cielo está tan negro como una tumba y no hay ni una sola esfera de luz a la vista. Siempre la negrura es una mala señal, porque ahí donde crecen las sombras la luz nunca puede habitar. Observo consternada la calle por la que tenemos que seguir y estoy convencida de que tendremos problemas muy pronto.

Magnus es un ruidoso bulto del que deseo zafarme enseguida, aunque soy consciente de que se dirige a Los Portales y es muy posible que lo vuelva a ver por el día otra vez.

—¿Qué llevas ahí, piedras? —le pregunto harta de ayudarlo a subir por los montículos de escombros.

—No, troceo a los muertos porque no sabemos dónde enterrarlos —escupe Magnus con un deje malvado y suelto uno de sus paquetes que el hombre caza al vuelo.

—Eres repugnante —le confieso ante lo que amplía su sonrisa y tengo que adelantarlo para no empotrar su cabeza contra el suelo.

Las calles están pobladas de pequeños quejidos y gruñidos de piedra que desvían nuestras miradas constantemente. Hay un equilibrio muy fino entre el paisaje y el puzle en que se han convertido los edificios a punto de desplomarse. Caminar por las zonas despejadas solo puede acarrear problemas, porque las bestias son grandes y les gusta pasear en campo abierto. Sin embargo, Magnus va cargado de bultos que le impiden pasar por las zonas más angostas, ralentizando nuestro paso e impacientándome a más no poder.

Llevamos poco más de una hora recorriendo la ciudad, cuando se escuchan gritos en la distancia. Se me hiela la sangre en las venas porque las voces son humanas. Otto y yo nos miramos y no nos hacen falta las palabras. Magnus se esconde en el parapeto de un escaparate destrozado y nosotros corremos con destreza sorteando el vacío que va quedando bajo nuestros pies. Los edificios pasan rápidamente a nuestro lado y van quedando atrás mientras seguimos el rastro de aquellas voces aterradas que desgarran la noche.

Cuando llegamos al lugar, encontramos dos demonios y cinco humanos. Solo un joven permanece de pie con una herida en un brazo e insta a las bestias a ir tras él. Pretende alejarlas del grupo, pero su plan nunca va a funcionar. Los demonios asolan todo lo que encuentran y no persiguen

fantasmas.

Silbo en mitad de la noche y las sierpes se giran hacia mí con sus dientes amenazándome. El corazón me galopa fuerte en el pecho, pero solo es adrenalina. Otto se dirige rápidamente a una posición más apartada y espera a que los demonios se lancen a por mí para desenvainar su larga y pesada espada de plata. El filo brilla tenuemente a la luz de la luna, justo antes de ensartar a una de las bestias hasta las profundidades de su alma. El otro demonio sigue su avance hacia mí, sin importarle la pérdida de su congénere. Llevo un puñal de plata en la mano y se lo clavo repetidamente en el abdomen cada vez que se abalanza sobre mí. Sin embargo, no es suficiente. Tengo que llegar hasta el corazón y solo puedo escuchar el mío martilleándome con infinita pasión.

Observo como Otto intenta distraer al demonio que se ha obsesionado conmigo, pero ya solo tengo ojos para esa zona de su corazón a la que me está costando llegar. No desfallezco. No puedo parar de apuñalar aquella piel dura y escamosa y vuelvo a intentarlo una vez más. Grito de frustración, un alarido me hace romper la noche con mi garganta y me lanzo en picado, como siempre, contra ese corazón de palpitante y lleno de veneno que me llama al fragor de otra batalla nocturna. Mi puñal se hunde al fin en el sitio adecuado robándome una sonrisa, que se me esfuma de los labios cuando un último agujonazo cruza el aire y se me clava en el brazo.

Ni siquiera llego a entender la maldición que Otto profiere en mitad de aquella calle a ninguna parte. Mi cuerpo se desploma sobre el húmedo pavimento y el dolor me atenaza tanto que no puedo casi ni respirar. Me siento pesada y rígida hasta el punto de creer que llega el final, y la sola presencia de Otto sujetándome la cabeza es para mí un bálsamo, una cura y el mejor regalo para llevarme a la otra vida.

#### 4. CALCINADA

Apenas han pasado unos minutos desde que el aire se llenara de fognazos de luz y acabaran esparcidos como muñecos de trapo por la calzada. La luna es ahora dueña y señora del techo nocturno haciendo brillar las calles mojadas. Lion es el único que permanece indemne observando la escena dantesca que queda ante sí. Unos desconocidos han apuñalado a los monstruos y un charco de sangre se esparce calle abajo siguiendo la dirección de la pendiente.

No está seguro de cuando advertir a sus compañeros de que pueden levantarse, pues lo que ven sus ojos es demasiado tétrico como para compartirlo. En un silencio sepulcral hace una última batida visual asegurándose de que realmente están muertos, pero duda de que una vez explotados los cuerpos desvencijados de aquellas bestias puedan recomponerse de nuevo. Solo lo sospecha, en realidad no tiene pruebas de ello y se queda un instante tragando saliva sin ni siquiera moverse.

El tipo que les ha ayudado ha desaparecido llevándose a la moribunda de su amiga y ahí solo quedan restos malolientes que solo pueden atraer a más de los suyos. Con aquel pensamiento pellizcándole el trasero, se levanta rápidamente y azuza a sus compañeros de prisión para que se levanten de una vez.

—¡Hay que largarse de aquí! ¡Vamos, vamos! —insiste, aunque a alguno de ellos le cuesta reaccionar. Bizquean como si hubieran estado expuestos al sol demasiado tiempo y finalmente sus miradas se detienen frente al gran charco de sangre y vísceras que se esparce por toda la calle. Lion se lamenta de su suerte, pero al menos no han tenido que presenciar la escena.

—¿Cómo es que estamos vivos? —inquire June con su maltrecha melena rubia enmarañada y sucia.

—Hemos tenido ayuda y una suerte de cojones —responde Lion con sinceridad—. Pero volvemos a estar solos y deberíamos largarnos cuanto antes, por si vienen más. —Aquella última parte de sus explicaciones consigue movilizar al grupo que finalmente se pone en pie y encabezados, esta vez por Lion, consiguen salir de aquella calle de muerte y enlazar con otra más despejada.

Nadie dice una palabra. Saben que escapar de FireCross es un peligro y que pueden acabar muy mal, sin embargo nada les hace recular aún y siguen en fila india, uno detrás de otro. Hace ya varios años que se encontraban presos y volver a ser libres se les hace extraño. La ciudad ha cambiado y un halo de destrucción desoladora puebla el aire que cada vez es más espeso. No saben a dónde ir, pero tienen claro que las pocas luces que se ven no pueden ser un reclamo de ayuda en ningún caso.

Vagabundean por las sombras, amparados por la luz de la luna que ha reclamado el cielo de nuevo, pero saben que en algún momento tendrán que parar. Una energía extraña les impulsa a seguir adelante, como si detenerse no fuera siquiera posible, pero no tienen rumbo y se les antoja que andan en círculos una y otra vez.

De repente, un ruido sordo cae como una emboscada sobre Lion que acaba en el suelo quejándose. Sus compañeros se afanan en llegar hasta él y descubren a un hombre que lo amenaza con una larga barra de hierro.

—¿Quién diablos eres tú? —demanda Lion tocándose la cabeza donde el tipo ha intentado partirle la barra.

—No, ¿quién diablos sois vosotros? —inquire a su vez el hombre que los amenaza a todos con su improvisada arma. Las gemelas se miran en silencio, Valer suspira, pero es June la que habla.

—Nos hemos fugado de FireCross —confiesa y recibe a cambio una mirada de reproche de Lion que hubiera preferido guardar el secreto.

—Eso es imposible, nadie sale con vida de FireCross —sentencia el hombre con ironía y escupe en el suelo para ahogar una maldición. June se encoge de hombros.

—Pues nos ha cambiado la suerte —repone Lion levantándose del suelo y recoge las gafas de sol que ha estado a punto de perder en la caída. El desconocido los mira ahora con renovado interés y asiente cómo si pudiera ser cierto—. ¿Podemos acompañarte?

—Imposible. En Los Portales no admiten a cualquiera y mis años me ha costado que me dejen pasar por allí a llevarles cosas —sentencia con vehemencia.

—Mira, ahora no tenemos nada, pero en cuanto tenga un techo podré pagarte la ayuda que nos prestes. Estoy seguro de que en ese lugar cabemos también —insiste Lion que no quiere pasarse la noche dando tumbos sin rumbo. Sin embargo, el hombre niega con la cabeza chafando todos sus planes, han debido encontrar al más obtuso de los noctámbulos—. ¿Alguna idea de a dónde podemos ir?

—En la Catedral siempre admiten gente, pero hay menos espacio. Aunque si venís de FireCross eso no os supondrá ningún problema... —susurra el hombre con desprecio.

June frunce el ceño y Lion dibuja en su rostro una sonrisa torcida. Tiene ganas de darle un buen puñetazo y partirle la sonrisa burlesca que acaba de dedicarles, pero decide aguantarse las ganas porque puede serle útil en una ocasión futura. Nunca ha entendido por qué a los humanos se les da tan bien juzgar cuando lo correcto lo dicta el uso y lo raro no es más que el resultado de la suerte. Podría haber acabado aquel tipo con sus huesos en FireCross, condenado a ver las estrellas entre las altas verjas y masticando rancias

hogazas de pan. Tal vez, simplemente es que no cree la versión que le han dado, pero Lion no está dispuesto a defenderse más. Recuerda dónde está la Catedral y lo deja marchar.

—¡Qué llegues a tu destino! —exclama al desconocido y éste les hace un gesto para que se vayan al diablo. Sin duda, la cordialidad es una de las primeras cosas que se han perdido.

—Pensaba que la gente nos ayudaría. ¡Maldita sea, hemos escapado de FireCross! —exclama June mientras se encaminan hacia la vieja Catedral. Lion le pasa un brazo por encima de los hombros y la besa en la mejilla.

—Aquí ya no hay personas June, son como espectros —le aclara y ésta asiente sin muchas ganas.

Las gemelas van detrás de ellos, cogidas de las manos y llevan los ojos muy abiertos. Son menudas y de tez morena, pero juntas forman un equipo con el que pocos pueden rivalizar. Se conocen tan profundamente que pueden hacer prácticamente cualquier cosa juntas. Lion echa un vistazo hacia atrás y observa a Valer detrás de ellas, cabizbajo, sus pensamientos son tan desconocidos como su origen y le preocupa que fuera de la prisión no sepa encontrar su lugar. Todos eran otras personas antes de la guerra, con un futuro y una vida por la que luchar. Les ha unido un encierro injusto, pasando por todo tipo de calamidades hasta poder escapar.

La calle se ensancha, al fin, un par de horas más tarde y da paso a una arboleda que antes apenas era un jardín. La maleza se ha multiplicado y cubre como un muro los alrededores de la vieja Catedral. Apenas se percibe por encima del bosque la antigua torre que albergaba un campanario y que ahora solo asoma una parte semiderruida y que amenaza con sucumbir al vacío en cualquier momento. No parece que allí viva nadie, pero en su lugar tampoco dejaría huellas. Esconderse de los Mala Sombra y de sus demonios es una ardua tarea, aunque Lion se pregunta en silencio si a estas alturas no conocen

ya todos los refugios humanos y por qué no les han dado muerte.

¿Los necesitan para algo? Un escalofrío le recorre el cuerpo como tantas otras veces ha sentido en la prisión. Siente que, en realidad, solo son marionetas en manos de aquellos sádicos venidos del norte. Valer se adentra entonces, sin previo aviso, en la maleza que tienen delante y agradece al hombre que haya tenido valor para hacerlo, pues a él a veces le flaquea el ánimo cuando sus aterradores pensamientos carcomen su alma. Poco a poco se adentran en la salvaje espesura de bosque y zarzas que recorre el espacio que circunda al templo. Apenas salen con unos pocos arañazos y una pequeña lucha contra la naturaleza liberada y exuberante. Pero tras ella el paisaje es desolador.

Los muros de la Catedral se han venido abajo al igual que el techo y apenas se mantiene en pie un pedazo de la fachada y la parte del campanario que han visto desde lejos. Un rosetón multicolor observa impasible la noche con sus cristales frágilmente dispuestos para arrojarse al vacío en cualquier momento. El grupo entero se mira preguntándose si ha sido una buena elección.

Lion pasea su mirada sobre los muros que aún aguantan y aprecia el rastro negro del fuego que ha calcinado las piedras. Quemaron el templo, comprende y espera con una súplica muda que con nadie dentro.

Unas pisadas los alertan entonces de que no están solos y enseguida distinguen la figura de un hombre encapuchado que les mira desde el interior de la Catedral en ruinas. Y entonces todo se precipita. Un rugido colma el aire de una promesa de muerte y se enciende el cielo con docenas de bolas de fuego que descienden hasta ellos. Lion les hace señas a sus compañeros para que sigan hasta el interior del templo y persigan al encapuchado que escala los montones de escombros con ligereza.

Hay por lo menos tres demonios acercándose rápidamente hasta ellos y el

aire explota en un fuego cegador, impidiéndoles llegar a su objetivo. June cae al tropezar con una piedra y Valer y Lion se detienen para ayudarla. Las gemelas ya han llegado al interior del edificio y se afanan por conquistar el montículo por el que ha desaparecido el encapuchado. Sus tres compañeros salvan rápidamente la distancia que los separa mientras los agujones de las sierpes se estrellan contra el suelo como látigos, rayos de tormenta que azuzan la muerte.

Conquistan con dificultad el montículo más alto de los escombros y encuentran más allá otros muchos similares por los que han podido escapar los que han huido antes que ellos. Lily asoma improvisadamente por debajo de uno y les hace señas para que la sigan. Así lo hacen mientras escuchan como las criaturas tropiezan contra la fachada de piedra, es casi imposible imaginar cómo aguanta en pie. June está cansada y le sangra una rodilla, pero Lion la levanta casi del suelo en el último tramo que les queda hasta bajar por los últimos escombros y encontrarse con un agujero en el suelo abierto.

La cabeza de Lily asoma felizmente de nuevo por ella y agita su brazo para que la sigan y nadie hace preguntas. Valer baja con dificultad y desaparece ante sus narices sin saber qué hay allá abajo. June desciende entre quejidos de dolor y Lion se arrastra de la misma forma hasta caer al vacío. Apenas hay unos metros entre la entrada a la cripta y el suelo de la oquedad, que se resume a un enlosado de piedra polvorienta y una oscuridad que engulle hasta el último murmullo.

Cuando han acabado de descender, el encapuchado se acerca y tira de una larga cuerda que hace descender una maltrecha trampilla hasta tapar el agujero por el que han entrado. La noche se cierra sobre ellos y el techo tiembla bajo el arrastre de los demonios que han conquistado al fin la Catedral.

Nadie dice una palabra mientras los monstruos recorren las montañas de escombros que ahora quedan sobre sus cabezas, sus alaridos protestan en

alargados ecos que chirrían en los oídos. Ningún sonido puede ser más terrible que aquellos heraldos de la muerte. June gimotea entre el miedo y el dolor y Lion vuelve a pasarle su brazo por los hombros para tranquilizarla y la abraza contra su pecho, está temblando.

Uno de los demonios azota entonces el suelo y su movimiento se convierte en un terremoto que hace temblar los cimientos. Parece como si todo se fuera a venir abajo, pero tras unos largos minutos de apretar fuertemente los puños, la protesta cesa y las serpientes se retiran lentamente sin haberse llevado nada a la boca. Una luz se enciende entonces en aquella oscura caverna y el rostro del encapuchado se muestra ante ellos. Debe tener más de treinta años y la barba le puebla la mandíbula como un collar enmarcando su cara. Tiene los ojos de un azul intenso y el cabello escaso.

—Habéis llamado demasiado la atención. Ahora rondarán por aquí durante días. ¿De dónde salís? —inquire el hombre entre la reprimenda y la curiosidad. Esta vez June mira a su amigo y calla, ya no sabe si es buena idea decir la verdad.

—De FireCross —sentencia Lion confiando en que la verdad es siempre el camino más corto a solucionar cualquier problema. June aprieta los labios en una fina línea, pero no protesta. El hombre los mira entonces perplejo y observa a cada uno de los recién llegados con interés.

—Me alegra saber que habéis conseguido libraros de esa prisión, aunque las malas lenguas cuentan que de ahí nadie sale. ¿Cómo lo habéis hecho? —Su tono es mucho más amistoso que el del anterior hombre con el que se han cruzado y una esperanza aparece reflejada en sus ojos. La pregunta no había tardado en llegar aunque ninguno sabe cómo encararla.

—FireCross no es solo una cárcel, ellos no necesitan presos. Por algún extraño motivo nos guardan allí, a la espera y luego la gente desaparece. —Es cuanto se atreve a contar el joven Lion.

A pesar de las sospechas que lo carcomen no tiene ninguna prueba del uso que hacen de esas personas después. Lo único que sabe con certeza es que no vuelven y eso siempre es un mal presagio. El hombre parece reflexionar sobre sus palabras y hace un ademán para que continúe.

—Nos tocó a June y a mí, y... la cárcel entera se sublevó y acabamos con los dos Mala Sombra que habían venido a buscarnos. Luego nos escapamos con facilidad porque nunca hay guardias en la verja por la noche.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué no os habíais sublevado antes? Parece un plan muy sencillo. —Lion y June se miran en silencio y observan la mirada de espanto de las gemelas y Valer.

Lo que pasa en FireCross, se queda en FireCross, pero lo cierto es que también perdura en sus recuerdos. Las torturas. Que te hinchen a latigazos hasta que se te vea el hueso, que te arrojen a la plaza en mitad de la noche para que te devoren las bestias, que te introduzcan en una jaula donde apenas cabe una persona y te priven de comida y agua, que te orines encima y duermas de pie empapado de tus propios excrementos. El miedo atenaza la mente y la devora, convierte a sus huéspedes en títeres de esos señores sin alma que pasean su mirada sobre ellos como si fueran ganado. El miedo hierde. Y hay que estar muy oprimido para revelarte contra él.

—Hace falta un tiempo para comprender que la muerte no es el peor de los castigos —sentencia Lion con un hilo de voz y June traga el nudo que tiene alojado en su garganta. El dolor de la rodilla ahora le parece una caricia y aquella especie de tumba, un lecho reconfortante y mullido.

—Comprendo —afirma el hombre reflexionando aún sobre las palabras de Lion—. Soy Oliver. Era mecánico de automóviles, ahora... me llaman el vigilante —revela con un aire de complicidad y rebaja con ello el aire enrarecido y tenso que se había creado entre ellos.

Su nuevo guía los conduce por un estrecho y oscuro pasillo que huele a

humedad y donde el techo es tan bajo que se puede tocar con las manos. Valer que es un poco más alto que el resto, tiene que agachar la cabeza repetidas veces para no dañarse. Finalmente, el angosto pasadizo se abre a una sala más grande con docenas de nichos en las paredes. Hay mucha gente tumbada en el suelo y recostada contra algunos viejos ataúdes vacíos que se hallan desperdigados al fondo. De uno de los huecos de las paredes, saca la cabeza un niño que estaba durmiendo y los observa aún somnoliento. Hay un frío entumecedor relleno la larga estancia y apenas algunas luces los acompañan, Lion se percata de que se recargan al sol. Hay un bidón que les sirve de estufa y algunos ancianos se arremolinan junto a él. Un conducto largo y estrecho se lleva el humo hacia la superficie. Lion lo observa el tiempo suficiente para que Oliver le dé una explicación.

—Es un riesgo controlado. Lo usamos sobre todo por la noche porque esas criaturas solo buscan carne humana y el humo les da igual. Y cuando la niebla sube del río o en días muy nublados o lluviosos. Se camufla entre los árboles y cuando llega al cielo no es más que un borrón. No es del todo seguro, pero necesitábamos el fuego. —Aquellas palabras penetran en la mente de Lion como piedras.

Y cada vez tiene más claro que los Mala Sombra conocen sobradamente los asentamientos humanos y los ignoran porque los necesitan. Pero, ¿para qué? El joven asiente ante los comentarios de Oliver aunque su rostro demuestre lo cansado y nervioso que se siente. Es un lugar espeluznante y ahora comprende por qué el tipo de la calle los ha enviado hacia aquí. Ha abandonado una cárcel con verjas de plata, para meterse en una de piedra. Toda la ciudad lo es.

—No me gusta este lugar —le susurra June replicando sus propios pensamientos. Una mujer le ha traído agua para que se limpie la herida de la rodilla y la joven permanece sentada en el suelo con las piernas estiradas.

Lion se sienta a su lado y comprueba lo frío que está el suelo de la cripta.

—Lo sé, a mí tampoco me entusiasma, pero hoy tenemos que pasar la noche aquí. Tenemos que averiguar dónde hay otros refugios, no sabemos nada. Llevábamos años allí metidos, esto es demasiado nuevo para nosotros. —Ella asiente sin mucho entusiasmo y le agradece a la mujer la tela desgastada que le ofrece y un puñado de bayas de los arbustos que han cruzado para llegar allí. Lion aprovecha el momento y se dirige a las gemelas y a Valer que permanecen juntos, recostados contra los nichos de la pared.

—Me hacía más ilusión llegar aquí cuando nos perseguía el demonio, ahora casi estoy convencida de que pasó de largo. No hay vida aquí abajo —sentencia Lily con el ceño fruncido. Lleva dos colas a ambos lados del rostro y un tatuaje en forma de pentáculo en su pómulo izquierdo y aunque junto con sus dulces rasgos, parece una muñeca, nada en su interior lo es. O por lo menos ha dejado de serlo tras su larga estancia en FireCross. Anne es más reservada y la estrella de su mejilla es de seis puntas. Lo fulmina con la mirada y comprende que está de acuerdo con su hermana.

—Aquí no está la mujer que buscas —le espeta Valer muy serio. Lion la ha olvidado por completo, pero pensándolo con calma su compañero tiene razón. La busca secretamente, la ansía, pero no va a encontrarla tan fácilmente y mucho menos en aquel lugar.

—Cierto. ¿Dónde crees que está? —le pregunta cortésmente a Valer que parece ir recuperando la cordura por momentos. Éste parece meditar la respuesta y desvía la mirada al suelo.

—Si yo fuera ella me habría largado de esta ciudad —espeta desilusionado. Lion sonríe tristemente.

—A un lado, las montañas Cannes donde viven los Mala Sombra y al otro, el río donde habitan los demonios. Sabes que no hay forma de salir de aquí... —Ambos se miran fijamente como si de un juego de aguantar la mirada se

tratara.

—Hay una forma —confiesa Valer con suspicacia—. Por el cielo. —Sus miradas se prolongan unos segundos más hasta que el hombre se levanta y ayuda a June con su herida.

Lion se queda clavado en su sitio, meditando. ¿Tantos años pensando en saltar una verja y ahora tiene que volar por encima de una ciudad? La idea es tan descabellada como original y solo espera encontrar la forma y encontrarla a *ella*, su estrella en la noche, su luz en la oscuridad.

## 5. CONTRACORRIENTE

Ludmila, a la que todos conocemos por Lud, me llama al móvil para hablarme de ese chico de clase que le gusta y yo finjo seguirle la corriente mientras sigo la serie de turno en mi televisor. No es difícil divagar con cualquier otra cosa cuando te están contando lo mismo una y otra vez.

De repente, noto un temblor en la casa y mi amiga para su cháchara para advertirme de que parece un terremoto. Me tenso y un dolor agudo me aprieta el corazón. Es un miedo exagerado a una situación que en realidad, no es tan mala, porque el temblor no ha producido apenas daños y solo se han abierto levemente las puertas de los armarios. Sin embargo, esa ansiedad brutal va en aumento inexplicablemente y con el móvil aún colgado de mi oreja, me acerco a la ventana para otear el exterior.

La niebla ha subido del río en una lenta marcha por la ciudad, es una lengua blanca y serpenteante que engulle las casas al pasar y le da a la noche un aire siniestro. Se oyen gritos. Observo la calle desierta y un mal presagio me atemoriza por dentro. Los gatos se afanan en perderse tras las esquinas y los coches no son más que barricadas contra el viento que se ha levantado empujando la marea blanca calle abajo. Un alarido rompe la calma y los demás gritos se acallan, parece como si el tiempo se detuviera, y justo entonces todo estalla en llamas.

Me incorporo como un resorte en el camastro en que estoy tendida y respiro con dificultad. Una fina capa de sudor me envuelve y llevo un brazo vendado de arriba abajo. Observo entonces la pequeña estancia en la que me encuentro y por donde se filtran los rayos solares. Suspiro pensando que al fin es de día y que no corro ningún peligro. Todo ha sido un sueño. Una pesadilla

de las que despiertas y vuelves a dormirte sin ningún sobresalto. Me tumbo de nuevo para recuperar el sueño que a buen seguro he perdido y vuelvo a incorporarme. ¿Dónde estoy?

Consciente ahora de que no estoy dormida y que esto no es un sueño, miro a mi alrededor confusa y observo la alejada ventana en el techo que me indica que aún es de día. Hay un extraño silencio que engulle el frenético ritmo de mi respiración. No sé qué me ha pasado ni cómo he llegado allí, pero tal vez el sueño no haya sido sino el recuerdo de algo vivido. Tiemblo involuntariamente y me levanto con cuidado. Siento el cuerpo dolorido y exhausto y me acerco renqueante a la puerta cerrada que invita a ser abierta con un quejido. No emite falsas promesas y la madera se contorsiona y gime de la mejor manera que sabe.

Una sala apenas iluminada se abre ante mí y las cuatro personas allí presentes se giran en mi dirección y enmudecen. Me tambaleo hasta ellos sin que nadie mueva un dedo hacia mí y los repaso con la mirada. Desconocidos. Una mujer de largo cabello oscuro se pone en pie y con una sonrisa me invita junto al fuego que comparten.

—Quiero irme a casa —susurro y la expresión de la mujer se torna seria—. ¿Dónde están mis padres? ¿Quiénes sois? —pregunto en un infierno de dudas y congoja que me aprieta la garganta hasta dejarme muda. Me derrumbo sobre el suelo y siento una gran tristeza inundarme el corazón.

—Lesya... —endulza mi nombre la mujer en sus labios. Luego me tiende una mano y yo me enjugo las lágrimas que me empapan el rostro antes de aceptar su ayuda. Me incorporo lentamente hasta quedarme de pie frente a ella.

—¿Quién eres? —le pregunto con un hilo de voz. Ella aprieta los labios y los convierte en una fina línea y entiendo por su gesto que algo no va bien.

—Me llamo Nathania y somos amigas —sentencia la mujer con una sonrisa. Trato de recordarla, pero estoy segura de que es la primera vez que la

tengo ante mí. Niego con la cabeza, ¿brujería? ¿locura? Me duele todo tanto que las palabras se tornan dagas cuando las proceso.

—Yo no te conozco —le espeto mientras le suelto la mano que aún tenía aferrada a mí—. Quiero irme a casa, ¡ahora! —exclamo más fuerte de lo que pretendía y un hombre robusto y serio se planta junto a nosotras.

—Estás en casa, Lesya. ¡Serénate! —me indica el hombre, pero yo no puedo parar el torbellino de miedo que me invade como un ciclón.

Me giro en derredor buscando una puerta que me saque de ese lugar extraño, atisbo lo que parece una salida a lo lejos de la estancia y echo a correr sin mirar atrás. No llego muy lejos, el hombre me derriba unos metros más allá y el impacto contra el suelo devuelve a mi brazo vendado un dolor seco y profundo como ningún otro que pueda recordar. El mundo empieza a perder el color como si viviera solo en escala de grises y entonces el negro se apodera de todo como un amante hostil cegado de besos.

La siguiente vez que abro los ojos soy consciente de que no he vuelto a casa. El brazo proyecta pequeños pinchazos en todo el lado derecho de mi cuerpo, pero es un hormigueo casi agradable y lo prefiero al duro contacto con el suelo. El ventanuco del techo me avisa de que la noche ya ha llegado y antes de que mi pensamiento pueda digerirlo, se escucha un alarido desgarrador en la distancia que me estremece de arriba abajo.

Esta vez no pienso levantarme y ponerme nerviosa. No sé quién es toda esta gente, pero conseguiré irme a casa. Llevo la testarudez en las venas y poco pueden hacer ellos para cambiarme ahora.

Alguien tose a los pies del jergón donde estoy tumbada y me incorporo rápidamente asustada. Hay un chico con una terrible cicatriz en la cara que fija su mirada en mí y yo no puedo apartarla. Mil sentimientos me corren por dentro sin entender ninguno de ellos. No lo conozco y sin embargo, mi cuerpo reacciona a él como si quisiera acariciarlo. Alargo mi mano hacia su rostro y

luego la dejo caer a medio camino, sin comprender los caprichos de ese confuso destino.

—Lesya... —pronuncia mi nombre con tanta dulzura que apenas puedo resistir la tentación de lanzarme a su cuello y dejarme arrastrar por la marea de sus tentaciones. Pero trago saliva y suspiro—. Todo está bien. No te asustes —me explica despacio en un intento de tranquilizarme. Parecen buenas personas, aunque me retengan aquí en contra de mi voluntad.

—¿Por qué estoy aquí? —reclamo y siento que al fin he hecho la pregunta adecuada. Él se lleva la mano al corazón y se besa los dedos en un gesto que despierta mil alertas dentro de mí, pero que no puedo llegar a entender. Sé que significa algo, pero no lo recuerdo.

—Te confesé un día —comienza a explicarme, coge mi mano izquierda y busca mi palma. Yo me presto porque su contacto es rudo y sensible y sus dedos rubrican un símbolo sobre mi piel que me hace cosquillas y me genera mil sensaciones—, que cuando la diosa loba aúlla a la solitaria luna, el corazón de un *kharos* se vuelve de plata líquida. Que estamos unidos por un fino hilo argénteo que nunca se rompe y que juntos siempre somos más fuertes porque somos la suma de un millar de olas embistiendo la arena.

—Qué... bonito —consigo balbucear ante aquellas bellas palabras y él sonrío.

—Tú y yo somos lo mismo, somos *kharos* —me explica con una paciencia extenuante. Finalmente, deja de dibujar ese extraño símbolo en la palma de mi mano y la besa antes de devolvérmela. Me siento arder en ese momento y me pregunto qué me está pasando y quién es él.

—*Kharos* —pronuncio aunque la palabra no me dice nada—. Te equivocas, yo estaba en mi casa hasta hace pocas horas y algo pasó, la tierra tembló y había gritos y... —enmudezco porque se me ha hecho un nudo en la garganta. ¿Qué pasó realmente esa noche? Él se levanta y con un suspiro se

encamina a la puerta, yo lo sigo, incapaz de quedarme sola de nuevo.

—Tengo que marcharme ahora, Lesya, pero volveré a por ti. Volveré todos los días, te lo prometo —afirma y sé que dice la verdad. Yo asiento en un tímido y mudo adiós y él aguanta mi mirada que es como un beso, tan dulce y profunda que parpadeo varias veces mientras se aleja sin comprender que las lágrimas se arrastran por mis mejillas con una triste calma.

Me siento tan vacía y tan frágil en ese momento, que no me importa que otras manos me arrastren hacia el fuego que lame unos raquíuticos troncos en el suelo. Tomo asiento sobre una improvisada caja de madera y no quiero levantar mi mirada de las llamas que danzan feroces luchando contra la corriente de aire de la estancia.

—Toma esto, te sentará bien —me aconseja Nathania a la que no he olvidado desde su última presentación. Me ofrece un té y lo engullo en silencio para tener algo en la boca que me impida decir estupideces—. Sé que no te acuerdas de nada, pero pasará. Un demonio, un drakko, te rozó con su aguijón y una pequeña cantidad de veneno tomó tu cuerpo. No has muerto porque no era tu momento —sentencia y un escalofrío se aloja bajo el brazo vendado. No recuerdo nada, pero su narración trae una serie de imágenes confusas a mi mente que me aceleran el corazón de nuevo.

—¿Cómo puede ser que no recuerde nada? Estaba hablando con Lud y luego vino el temblor y en la calle había algo... —Callo cuando los ojos de Nathania me buscan y me sonrío compasiva. Tengo que estar muy mal para que todos me dirijan esas miradas complacientes. Entonces me vuelvo y busco al hombre grande como un armario que me había derribado antes. Él enarca una ceja intrigado—. Cuéntame tú qué es lo que está pasando.

—Unas jodidas bestias del infierno y sus malnacidos dueños están diezmando la población de esta ciudad. Vivimos atrapados y nos escondemos de ellos. Matan a discreción y no podemos derrotarlos. Pero tú has nacido con

una estrella en el culo y tienes un don. Siempre encuentras el corazón de esos monstruos, porque no les tienes miedo...

—Solo compasión —termino por él y nuestras miradas se cruzan con un deje de locura que supera cualquier ficción. No tengo ni idea de lo que han querido decir mis palabras, pero la sala se ha llenado de un silencio extraño. Me levanto y señalo la puerta por donde ha salido el chico de la cicatriz, de repente la estancia me parece abarrotada y falta de aire.

—No puedes ir con Otto, no estás preparada ni física ni mentalmente — sentencia Nathania rompiéndome la maravillosa idea de escapar de allí. Necesito respirar aire puro y no aquel humo rancio que cubre la estancia. Pero sus miradas me dan a entender que no puedo seguir al tal Otto al exterior y entonces comprendo que no es solo la sensación de estar encarcelada, es la marcha de éste la que me atenaza el corazón.

Vuelvo al viejo jergón y me acurruco bajo la manta que calienta mi cuerpo dolorido. El té ha resultado ser un maravilloso calmante y noto como el dolor se aleja lentamente para convertirse en un vago recuerdo.



No sé cuantas horas llevo ahí tumbada, cuando escucho un cántico proveniente del salón. De rodillas, me arrastro hasta la puerta y la entreabro en silencio. Esta vez pongo cuidado para que no gruña y alerte al resto. Las llamas han crecido hasta casi tocar el techo. Nathania lleva un vestido largo que se difumina con los colores pálidos de las paredes a medida que baila alrededor de la hoguera. Su cabello largo es como la estela de un cometa y su voz resuena como una dulce magia llenando el aire de luces de colores.

Trago saliva en un intento de aclarar algo más que mi garganta, sin embargo no encuentro explicación para lo que ven mis ojos. Estoy asustada y

temo que me haya metido en un lío del que no pueda salir airosa. Reculo, mientras la imagen de Nathania se me graba a fuego en las pupilas y me levanto una vez he llegado hasta el jergón. Alzo mi mirada al techo, como si pudiera vislumbrar a través de esa pequeña ventana el lugar exacto en el que me encuentro. Pero lo cierto es que la opacidad del cielo no me da muchas referencias.

Observo con detenimiento la pared, hay una vieja estantería en la que aún se guardan algunos libros polvorientos. Escalo por ella con esa pericia que me han dado los muchos años de trepar por el mobiliario urbano y con un brinco, me cuelgo de la tubería del gas que atraviesa la habitación a un metro escaso de la ventana. No sé cuánto tiempo aguantará mi peso, así que forcejeo con el cerrojo hasta que cede y el aire frío de la noche penetra con su aliento siniestro.

Saco la cabeza y apenas descubro un tejado que ha visto mejores tiempos y el rastro apagado de otros edificios no muy lejanos. Hay algo que no encaja. Todo está a oscuras, ni una triste farola ilumina las calles y un alarido terrorífico se oye a lo lejos helándome la sangre. Sin embargo, no me siento más segura allí abajo, así que intento sacar mi desvencijado cuerpo por la ventana no sin esfuerzo. El brazo comienza a latirme de nuevo en una advertencia sutil de que es el comienzo de un dolor más profundo, pero lo ignoro. Tengo que salir de allí y comprobar de primera mano que es lo que ha ocurrido.

Me deslizo entre las tejas moribundas e intento no hacer demasiado ruido, no quiero que sepan tan pronto que me he escapado, aunque deben estar muy entretenidos con la sesión espiritista que Nathania les está preparando. Observo en la distancia, pero no consigo ver más que sombras difuminadas y algunas ruinas cercanas. ¿Qué diablos le ha ocurrido a la ciudad? No tiene ningún sentido y al mismo tiempo, una punzada de dolor me hace girar la

cabeza hacia la vieja Catedral. No se observa muy bien a esa distancia, pero juraría que el campanario ha desaparecido.

Con un temblor que no logro controlar, mis ojos se desvían hacia mi casa que no está más que a algunas calles de ésta. Encuentro una cañería y me descuelgo dolorida hasta llegar al suelo. Una teja resbala de su cobijo en las alturas y cae estrepitosamente justo a mi lado. Me pego contra el muro de la casa y espero algún ruido, pero nada se mueve a mi alrededor.

Me deslizo como una gata en la noche, sigilosa y recelosa de todo cuanto se mueve. No hay centinelas, ni guardas apostados en las inmediaciones de aquella fortaleza y observo impasible los muros de escombros que circundan ésta y otras cuantas casas. Hay unas largas vallas metálicas recorriendo el perímetro y a la luz de las estrellas, brillan como si despidieran luz natural. Me cuelgo del muro y toco el metal con miedo a que esté electrificado, pero no es así. Su tacto es frío y casi agradable para mi piel ardiente, pero nada hace pensar que sea dañino. Me arrastro por debajo con cierta dificultad y caigo al otro lado como una piedra. Mis huesos se estampan contra el suelo provocándome un dolor conocido, pero me libero de la tentación de gritar y respiro varias veces para alejar el dolor.

Me levanto, el sufrimiento solo puede significar que sigo viva. Me oriento vagamente en el laberíntico y retorcido nudo de calles que se difuminan unas con otras por doquier, atravesadas por las ruinas de los edificios caídos. Busco a tientas el rumbo que me lleve de nuevo a mi hogar. Tengo que saberlo.

Los rugidos de unos monstruos desconocidos se oyen cada vez más cerca y temo que no pueda llegar hasta mi casa. Corro sin detenerme y los pulmones me queman. Trago el aire mortecino de la noche como si no hubiera un mañana y una intuición extraña me alarma recordándome que tal vez sea así. Tuerzo en una esquina al detectar un movimiento extraño y tengo que dar un largo rodeo penetrando en interminables montones de escombros. Finalmente, me zambullo

en la que ha sido mi calle durante toda mi vida y me planto con estupefacción delante de lo que queda de mi hogar.

Solo la fachada queda indemne de lo que sea que la ha derribado por la parte trasera. Los árboles de la entrada, no son más que tocones y raíces muertas. Ahogo un grito y me llevo las manos a la cara, las lágrimas corren salpicando mis pies. Tan absorta estoy que tardo en escuchar un sonido siseante que reptaba hacia a mí a toda velocidad. Por el rabillo del ojo observo una forma alargada y escamosa con la cabeza parecida a los dragones de cuento, que abre sus fauces para mostrarme un oscuro vacío, cárcel de muchas penas.

Justo en ese momento, una bola de fuego sale a través de ella en mi dirección y me tiro al suelo por puro instinto. Las llamas derriban el aire sobre mí y me ciegan sin ver nada. El fin está cerca.

Un sonido metálico y unos pasos provocan un nuevo alarido de la bestia que esta vez recula ante lo que tiene delante. Levanto la cabeza y observo una nube de pequeños destellos que nublan mi visión y una figura que me da la espalda, espada en mano. Se lanza entonces a por el monstruo y lo atraviesa hasta que solo queda fuera la empuñadura brillante. Luego el aire se torna de un color escarlata y el olor de la sangre me impacta hasta desmayarme.



Abro los ojos despacio y observo el espacio a mi alrededor. Hay un amplio ventanal que filtra la luz del sol a pesar de que una cortina de polvo se ha solidificado encima y la difumina creando sombras extrañas por la habitación. Estoy tumbada en el suelo, encima de un improvisado colchón fabricado con pedazos de esponja y largas telas dobladas. Me duele la cabeza y me siento extraña, como si de nuevo no estuviera en mi piel.

No sé cómo he llegado allí, pero recuerdo al monstruo cerniéndose sobre mí; el fuego batiendo sus alas sobre la noche y mi casa, como un pedazo de piedra mal puesta sobre la tierra calcinada. Un túmulo para los que ya no están. Y un escalofrío me sume en una tristeza rara, a medio camino entre el llanto y la desesperación por huir de esa pesadilla que nunca acaba.

Un leve sonido llama mi atención desde alguna otra parte y me levanto para resolver el misterio. Otto está desnudo de cintura para arriba y se cura una herida en el brazo. Su torso está cubierto de cicatrices que dibujan un mapa de difícil descripción. Al verme me mira fijamente antes de volver a su tarea y aprieta los labios.

—Nunca debí dejar que Nathania te dejara escapar pensando que ibas a recordar. “Lucha o muere” es su lema. Fue un pésimo plan —me explica sintiéndose culpable. Mi memoria encaja aquellas palabras y comprende entonces por qué me fue tan fácil salir de allí.

—Lo siento. Solo quería... resolver el caos que había en mi mente. No podía creerlo sin más —espeto consternada.

Tengo un nudo en la garganta que no acaba de pasar. Él suspira y termina de curarse la herida colocando una fina venda alrededor de su brazo. Deja atrás la caja de madera sobre la que quedan desperdigadas varias vendas y unas tijeras, y se acerca a mí con una mezcla de cariño y seriedad en su rostro herido por siempre y a la vez, hermoso como pocos. El cabello largo y oscuro, se acomoda en sus hombros y me escruta como si pudiera llegar a mis entrañas.

—Te lo contaré todo. ¿Qué quieres saber? —me pregunta con sinceridad y siento que con él no hay barreras, que sus ojos son dos faros en los que quiero perderme más de una vez y cualquiera de sus palabras es un bálsamo. No recuerdo apenas nada desde hace un par de días, pero lo que siento es tan auténtico que no importan los recuerdos. Solo el aquí y ahora, un presente que

se difumina como la luz que nos baña, tan llena de sombras y de recovecos oscuros que asusta, y sin embargo, me llena de esperanza.

—¿Quiénes son los Mala Sombra? ¿Y qué son esos monstruos? ¿Cómo hemos llegado a esto? —inquiero soltando toda la angustia que me atenaza por dentro. Él se aparta de la ventana y se sienta donde antes había estado tumbada, luego me hace un gesto para que me reúna con él. Dudo un instante porque su cercanía perturba mis sentidos, pero ya no me importa, tengo tanta necesidad de él que no comprendo cómo he podido estar tan sola el resto de mi vida.

—Así los llaman aquí, Mala Sombra, pero en realidad su nombre es más antiguo. Descubrieron hace mucho cómo viajar entre mundos usando portales interdimensionales y han estado viajando por muchos lugares, buscando uno en concreto que les permitiera derrotar a su archienemiga, la Diosa Luna. —Me quedo un instante saboreando aquellos secretos como si pudieran desvanecerse en el aire y olvidarlos como el resto del tiempo que se ha desgarrado de mi memoria.

—¿Magia? —pregunto sin estar segura de que esa sea la palabra correcta.

—Es algo mucho más profundo y arraigado en la tierra. Siempre ha estado ahí desde el principio de los tiempos, no se crea ni se destruye, permanece mientras el paisaje cambia y los hombres mueren —sentencia, pero esto no hace más que añadir ignorancia a lo poco que sé de la vida.

—¿Y esos monstruos les obedecen? —pregunto en un intento de comprender una mínima parte de lo que está pasando. Él asiente lentamente.

—Los crearon para amedrentarnos y atemorizarnos. Son casi invencibles, se han instalado en el río por lo que es imposible cruzarlo, aunque a la ciudad solo se acercan de noche —me cuenta con el rostro tan serio que duele.

—Casi invencibles... ¡Pero tú mataste a uno esta noche pasada! —le recuerdo y él tuerce el gesto con desagrado.

—Solo los kharos podemos matarlos, porque aunque es la plata la que obra el milagro, somos los únicos capaces de acertarles en el corazón. —Su mirada ahora se pierde con el mía y siento unas ganas locas de fundirme con él, de abrazarlo, besarlo y dejar que el mundo se desmorone sobre nuestras cabezas si quiere.

—¿Por qué nunca nos habíamos visto antes de que comenzara esta locura? —le pregunto porque aunque no recuerdo nada, soy consciente de que lo conocí a raíz de este desastre.

—Yo era el último kharos de mi mundo, un idiota que se atrevió a enfrentarse a ellos solo... y perdió. Me capturaron y decidieron llevarme con ellos para sacrificarme ante el templo que la diosa Luna tiene en tu mundo. — Sus ojos brillan con una intensidad cegadora y sé que ha vivido episodios horribles, lo lleva marcado por todo el cuerpo y a fuego en la mirada—. Pero me libré de ellos y te encontré a ti, la última kharos, mi otra mitad. Si creía haberlo perdido todo cuando me encadenaron, lo recuperé contigo e incluso gané más.

—Otto... —pronuncio su nombre y tiemblo—. ¿Cuánto hace que dura esta guerra?

—Tres años —pronuncia sin vacilación. Han borrado tres años de mi vida con un agujonazo y me tapo la cara con las manos para que no me vea llorar. Sin embargo, mis sollozos son audibles y me atrapa en la cárcel de sus brazos pétreos y me besa en la cabeza, sintiendo al fin un poco de calor en mi alma hecha jirones.

## 6. BRILLANTE COMO EL SOL

Ha elegido la piedra más alta que se asoma sobre el montón de escombros como un saliente natural. Las piernas le cuelgan espigadas y flacas hacia el pequeño abismo que se abre a sus pies. Las gafas de sol ocultan su mirada que no es mucho más feliz que hace unos días cuando oteaba a través de la alta verja. Aquí no puede disfrutar de las ventajas de la prisión, roer el pan duro o dormir tranquilo por la noche sin temor a que los drakko lo maten.

Una mueca se aviva en su rostro al recordar aquel conformismo pasivo con el que se había topado todos aquellos años. Huir de la boca del lobo para meterse en la del dragón. No tiene más sentido que el devenir lento de los días que se muerden las horas los unos a los otros sin cambio aparente en ellos, como si todos fueran iguales. Vislumbrar el camino entre tanta maleza es como adivinar el sueño de otra persona, tan ajeno y lejano como cualquier estrella.

Está convencido de que permanecer en la cripta de la vieja Catedral no va a contribuir a su salvación y otea con detenimiento y desidia, la ciudad en ruinas que se halla a sus pies. Desde esta pequeña colina, se atisban retazos de algunos edificios que aún poseen cierta altura, las ruinas que se escampan por doquier y la maleza exuberante que crece ajena al dolor que circundan sus calles. Las aguas del anciano Sorna brillan como una serpiente marina enroscada alrededor de la urbe y condenándola a su aislamiento.

Más allá de éste, en la otra orilla, un enorme bosque se aferra al río como una barrera infranqueable donde ahora se percibe una luz que se intensifica. Apenas parece la luz reflejada en un espejo, hasta que su brillo se hace cegador y Lion comprende que hay alguien o algo allí en la espesura que les manda un mensaje. No es un código Morse, ni ningún otro mensaje descifrable,

es más bien una luz que crece en intensidad hasta convertirse en una verdadera estrella diurna. Justo cuando cree que no puede aguantar más la mirada ni llevando las gafas de sol puestas, el resplandor se apaga y el bosque se aprecia más oscuro, como si las ramas de los árboles hubieran absorbido hasta el último de rayo de luz y se encontraran llenas.

El río palidece bajo aquel rastro fallido, como si el mismo sol se hubiera tambaleado y ahogara una maldición. El joven se queda inmóvil unos segundos esperando a que tal vez ocurra algo más, pero los minutos pasan y comprende que ha sido un resplandor fugaz. Sea lo que sea, lo que se encuentra allí, está fuera de su alcance. Decepcionado, vuelve la mirada hasta los árboles que protegen la Catedral de miradas externas y atisba, incrédulo, a una mujer de larga cabellera negra que se aleja. Se levanta, pierde el equilibrio y a punto está de caer al vacío.

Se incorpora lentamente y al mirar de nuevo, la mujer ya no está. Salta sin pensar hacia el vacío que le queda debajo y no se clava más que unas piedras en las palmas de las manos que han parado la caída. Trota encima de las ruinas, vigilando al saltar. Va dejando tras de sí, pequeños barrancos y avalanchas de piedras que nada tienen que envidiar al feroz paso de los demonios de la noche. Se ha convertido en otro ente que no teme a masacrar lo que pisa si consigue su objetivo. Alcanza finalmente la arboleda y las zarzas le arañan la piel con deliciosa maldad.

No gruñe, ni protesta, a sabiendas de que la dama de la explanada ha venido a buscarlo o, ¿es pura casualidad? Sabedor de que no son tiempos para creer en la suerte, está convencido de que la mujer lo sigue con algún fin desconocido y quiere llegar al final, pero para eso tiene que encontrarla y no sabe ni por dónde empezar. No hay rastro de ella y la calzada polvorienta no muestra huellas ni de persona, ni de animal. No quiere alejarse de la zona porque no tiene rumbo que seguir y las calles están infestadas de Mala Sombra

en aquellas horas diurnas que cazan prisioneros despistados para volver a FireCross.

Nada tiene sentido y se pregunta interiormente cuánto tiempo más van a jugar. Se sienta finalmente sobre una roca entre los árboles centinelas y observa un rosal que ha crecido salvaje entre las zarzas. Todo cuánto tiene que hacer es estirar la mano y cortar el tallo de la exquisita flor de un rosa fucsia que se abre lozana al sol de la mañana. Sin embargo, hay muchos peligros que acechan a su captura y a veces uno solo puede dedicarse a admirar su belleza en la distancia. Tal vez eso le ocurría con la dama misteriosa, su largo vestido como la espuma blanca, incapaz él de sortear las olas o las afiladas espinas que lo aguardan.

Una mano se posa en su hombro y June se sienta a su lado muda y cabizbaja. Odia aquel lugar igual que el resto de sus compañeros que han abandonado la prisión. Observa la calle, inspeccionando cada hueco para confirmar qué es lo que a él le parece tan interesante, pero tras algunos minutos ceja en su tarea y lo encara.

—No sé qué hacemos aquí, a ver si me lo explicas. Creo que estaba mejor en la cárcel si te soy sincera —le recrimina como si hubiera sido culpa suya. Lleva una pata del pantalón remangada hasta la rodilla y una venda asoma envolviéndole una herida.

—¿Y dónde quieres que vayamos? —pregunta resignado. Más le gustaría a él encontrar un lugar con algo más de vida y no el agujero mortecino donde unos pobres desdichados ahogan sus últimos momentos.

—Tiene que haber otros lugares mejores que este. He oído por ahí dentro que existe algo llamado *Nebulose* y que está más o menos por ahí. —June señala unos altos edificios que aún permanecen en pie y que a buen seguro han sido oficinas en tiempos pasados. Sus innumerables ventanas aún conservan los cristales y el sol los hace brillar revelando su ubicación como un faro. No

está seguro de si es una señal, pero Lion está tan harto como ella de aquella desolación y aunque la muerte parece rondar como una vagabunda más por las esquinas, no piensa dejar que lo atrape sin luchar.

—Parece lo suficientemente alejado de este sitio, avisa al resto por si quieren venir —le pide a su amiga, que se levanta como un resorte con aquella buena noticia.

—¿Y cuándo partimos? —le pregunta esperanzada.

—Ahora mismo —contesta ilusionado. No quiere perder ni un minuto más allí, quiere salir al encuentro de la dama y también de cualquier otra oportunidad que en aquel lugar no posee ni tendrá.

Oliver ha seguido a los antiguos presos y no trae buena cara. No cree que deban marcharse y mucho menos a plena luz del día. Agarra a Lion de la manga de su cazadora y le frena el paso, provocando el nerviosismo del chico que no quiere problemas; solo libertad, la que le han robado durante tres años y la que desea en esos momentos.

—No sé qué diablos te pasa amigo, pero solo hay dos opciones: o vienes o te quedas, porque nosotros ya hemos elegido y tu mano me molesta. —Acto seguido, Oliver suelta al joven y su rostro muestra la desolación más absoluta.

—No puedo marcharme, mi padre es uno de los ancianos de la cripta —sentencia el hombre con acritud.

—Entonces, ¿qué quieres que te diga? No me gusta este lugar, tengo la sensación de que estamos vigilados todo el puñetero día. Necesito aire, no puedo meterme en un agujero a esperar a que se me acabe la vida. Ya he estado en uno y paso de repetir experiencia. Te recomiendo que si tienes dos dedos de frente te marches tú también, pero si no puedes... te deseo la mejor de las suertes —le espeta y Oliver se muerde el labio inferior reprimiendo una queja. No tiene motivos para enfadarse y si la soledad o que comparte sus pensamientos son lo que le da rabia, no lo confirma verbalmente.

—¿Hacia dónde vais? —Lion y June se miran en silencio sopesando decirle la verdad. Sin embargo, no tienen motivos para ocultarle nada a aquel hombre que les ha salvado la vida.

—A Nebulose —explica June haciendo un gesto de cabeza en dirección a los altos edificios que se ven a lo lejos. Oliver bufra como toda respuesta.

—No dejan entrar a cualquiera, espero que no le tengáis miedo a las alturas —zanja el hombre consternado.

—Nos las apañaremos —responde Lion que solo tiene ganas de emprender la marcha. Oliver le estrecha la mano y el joven le devuelve el saludo antes de verlo partir hacia la cripta. Valer suspira y las gemelas lo rodean para inspeccionar la calle desierta con curiosidad. Hace apenas un par de días que han escapado y aquel lugar estaba plagado de sombras la última vez que lo atravesaron. Nada saben de lo que tendrán que pasar hasta llegar a los altos edificios, ni de lo que les espera en la puerta.

Unas calles más abajo, el corazón se les para al recordar el lugar. Lion se detiene y aunque sabe que sus compañeros no se acuerdan, él se mantuvo impasible ante las bestias. Es el único que puso a resguardo sus ojos de las enormes bolas de fuego que surcaban el aire enrarecido de la noche y que pudo ver su exterminio. Tiene la sensación de que la oscura mancha del suelo que impregna buena parte de la calle es como un tatuaje que no se limpiará jamás. Que el agua resbalará sobre ella sin ni siquiera tocarla, como una advertencia muda de los peligros de la noche.

Tan absorto se queda contemplando su relieve que atisba algo brillar contra la acera. Receloso se acerca mientras indica a sus compañeros que lo esperen. Es un puñal con la empuñadura oscura. Lo recoge con cierto miedo y lo examina, lo recuerda. Todas las veces que la joven lo utilizó para atravesar a la bestia, como un ritual siniestro hasta ensartarle el corazón. Lo sopesa entre las manos y finalmente lo introduce bajo su cinturón, esperando no

clavárselo él mismo ni tener que usarlo. El día parece tranquilo y eso es lo que más odia, que sabe que nada es lo que parece ser.

Han transcurrido varias horas y el avance se hace más lento de lo que creían en un principio. Tienen que rodear muchos edificios que se han venido abajo y la sed y el cansancio hacen mella en ellos. Se detienen bajo la sombra de un monumento que permanece sombríamente torcido y unos sonidos les alertan.

Una docena de Mala Sombra penetra en la pequeña plazuela, la mitad de ellos a caballo. Tienen la apariencia humana, pero son más altos y sus ojos despiden destellos escarlata. Ninguno tiene un solo cabello, sino centenares de diminutos tatuajes que rellenan cada centímetro de su cuero cabelludo semejando la raíz de una cabellera naciente. Visten ropas holgadas y oscuras y se semejan tanto entre ellos que parecen hermanos. No se observa ninguna figura femenina, si es que aquellos seres andróginos tienen siquiera sexo. Sus voces neutras, sus rostros pétreos, pero su sangre tan roja y espesa como la suya propia.

Escondidos en la barricada del monumento que anteriormente debió ser un obelisco, sus cuerpos están apretados los unos contra los otros, sufriendo. June se tapa la boca con las manos evitando siquiera respirar y las gemelas tienen las manos cogidas como si de una cadena se tratara. Valer mira de reojo a Lion y espera una señal que le conceda el honor de luchar, pero el joven no quiere correr riesgos y sabe que están en minoría. Los Mala Sombra recorren el perímetro con mucha calma, entreteniéndose en los pequeños rincones sombríos y en empujar piedras con los pies desnudos. Hubieran parecido monjes si tuvieran santuario al que rendirle homenaje, pero su rastro de sangre es el único sacrificio que ofrecen a las oscuras sombras de la noche.

De repente, una mariposa blanca se para majestuosa sobre el cabello de June que está oculta a escasos centímetros del borde del monumento. Bate las

alas, ansiosa por recorrer los extraños pétalos de aquella flor exótica que se abre a sus pies y la joven cierra los ojos con fuerza. La mariposa sigue revoloteando, marcando con su ritmo aquel descubrimiento de belleza entre tanta ruina.

Un Mala Sombra se acerca, desciende de su caballo y observa con detenimiento aquel ejemplar de alas blancas como la luz de la luna. Lion lo observa de reojo, recostado un poco más arriba sobre la fría piedra y espera que no mire en su dirección. Pero el recién llegado solo tiene ojos para la mariposa que encierra en la cárcel de sus manos con un movimiento rápido y sin pestañear, abre la boca y unos oscuros dientes le dan muerte certera.

La deglución ha sido rápida y el Mala Sombra vuelve de nuevo a su caballo y se aleja buscando tal vez, algún otro manjar que le sustente, esperando que no sea la tierna carne humana lo que los lleva a mantenerlos encerrados de por vida en la prisión. Lion escupe al suelo en cuanto se han alejado lo suficiente y observa malhumorado como June se enjuaga una lágrima. Han estado cerca de nuevo y Valer respira nervioso. Las gemelas no se mueven de su sitio, cogidas aún de las manos, como si nada pudiera separarlas, preparadas para la huida.

—Esto es insoportable —murmura June con los ojos brillantes por las lágrimas. Y el joven no puede estar más de acuerdo. Espera secretamente que el destino les devuelva cada golpe que han dado y que en la rueda de la vida, se conviertan en polvo a la deriva. Se derrumba junto a June y la abraza con fuerza. Que sean solo las marcas de su abrazo lo que la joven mantenga sobre su piel, le agrada. No más látigos, no más golpes; solo las heridas del corazón que sanan más lentamente y que nublan la razón de venganza para los que no tienen perdón...

## 7. ENCERRADA

*«Admirar la luz del sol es como dejarse guiar por las estrellas, puede que el fulgor sea más tenue y difuso en estas últimas, pero son exactamente lo mismo. A veces es solo un punto de vista, pues todas las estrellas navegan en el mismo ancho universo como islas. Su luz es tan extraordinaria como abrasadora, de ahí que solo una esté tan cerca, porque lo bello puede quemar como una bola de fuego en llamas».*

Me cruza ese pensamiento mientras observo a través de una ventana rota la claridad del sol que ilumina otro día aciago. Mi memoria sigue siendo un caos desordenado del que apenas tengo algún pedazo entero de aquellos tres años que he perdido de mi vida. Mirar mi reflejo ha sido toda una experiencia, teniendo en cuenta que he crecido. Tengo el cabello más largo y alborotado y para compensar me he hecho dos trenzas como solía hacerme mi madre antes de ir al colegio. Echo de menos su risa contagiosa y sus ojos brillantes como perlas. Rememorarla es como echar al vuelo una cenicienta herida que sangra.

El día se presenta demasiado hermoso para pasarlo de nuevo encerrada en este viejo almacén. Otto ha salido con su pesada espada al hombro y me ha dicho que estará cerca. Es un joven rebelde y bueno, tan protector y herido que me confunde, nunca sé si abrazarlo o ponerme bajo el resguardo de su propio cuerpo. Así que me he convertido en su luna, un satélite deambulando en su órbita esperando volar libre o permanecer a su lado. Ni siquiera tengo claro qué tengo que hacer.

Decido escaparme a pasear por la vieja fábrica que se ha convertido en mi morada. Otto me ha asegurado que venimos por aquí a menudo y que es como

nuestro refugio. La oficina donde dormimos queda en el piso superior y ahora me detengo tras una barandilla metálica a admirar la nave que queda debajo. Hay un amasijo metálico que antes debieron ser telares inmensos. Enormes conos de hilo se encuentran desperdigados por doquier creando una maraña serpenteante como una trampa esperando engullir a cualquier despistado.

Desciendo las escaleras metálicas que crujen bajo mi escuálido peso, soy consciente ahora de que he abandonado la robustez de la adolescencia para dar paso a una raquítica y joven mujer. Nos alimentamos mal y nuestros cuerpos lo achacan, a veces ni siquiera comprendo cómo estamos vivos.

Intento no tropezar con el concurrido suelo de la fábrica y me paseo como un fantasma, imaginando a los trabajadores que debieron ganarse la vida entre aquellos gigantes metálicos. Un rollo de tela se abre a mitad de camino como una alfombra y lo piso levantando una nube de polvo muy fino. Me río de mí misma al ser tan torpe y esa niebla artificial tarda en sucumbir a la gravedad hasta posarse de nuevo en su sitio.

Justo en ese instante los veo. Tres hombres altos, casi idénticos, parados al otro lado de la nave; observándome. Sus miradas tienen algo de irreal y peligroso, de un color escarlata poco habitual y sus cráneos están envueltos en dibujos imposibles. No puedo discernir a esa distancia si hablan, pero no tengo tiempo de entretenerme.

La sonrisa se me esfuma del rostro cuando emprendo una huida sin freno sorteando cualquier material textil con el que tropiezo. Lo que antes me ha parecido una selva urbana se ha convertido en mi prisión y lianas de tela frenan mi avance mientras a ellos parece que no les cuesta nada su persecución. Caigo en un estrépito que no pretende esconderme ya y los innumerables rollos de tela detienen mi caída. Escucho como se deslizan sobre el tupido suelo e intento levantarme sin éxito, tan cerca y no puedo librarme.

Una mano me aferra con fuerza del brazo y estira de mí liberándome al fin.

Otto me aparta y se coloca delante de mí, espada en mano. Su rostro es fiero y hermoso, con aquella cicatriz surcándolo como un rayo del cielo, pero creo que esta vez lo he arrastrado a una batalla más difícil que cualquier otra. Por lo que sé, los Mala Sombra buscan prisioneros y nosotros por nuestra especial naturaleza no podemos acabar en sus manos sin poner el destino de esta ciudad a sus pies.

—¡Corre! —me apremia, pero soy incapaz de moverme, paralizada y rígida. Sé que he luchado contra ellos antes, me lo han contado, pero no recuerdo cómo y la necesidad crea en mí un agujero tan profundo que engulle la realidad a mi alrededor.

—Otto... —susurra uno de ellos con su voz neutra y extraña, tan fría como el hielo—. Debiste morir frente al templo de Anandyra como estaba previsto. Podíamos haber evitado todo esto, la ciudad sería nuestra, los humanos nuestros esclavos y la diosa loba estaría muerta.

—Ya me sacrificué dejándome destrozar la piel mil veces bajo tu látigo, Yereny. No soy de los que se sacrifican tantas veces... —concluye el joven escupiendo en el suelo como una advertencia de lo que significan para él. Otto me ha contado que atravesó los portales del tiempo y el espacio junto a ellos cuando era su prisionero y su animadversión es aún más fuerte que la del resto de humanos que los odiamos—. Deja marchar a la chica, esto es entre nosotros.

—Claro, cuando acabe contigo y tus entrañas reluzcan a la luz de la luna sobre los escalones del templo, ya no tendrá quién la defienda y caerá en mi poder. Todos lo harán —sentencia el Mala Sombra con una maldad fría y calculadora.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal como si me fueran a salir púas de la piel, pero siento un temblor interior que hace sujetarme a un pilar desquebrajado que tengo al lado. Otto empuña su espada y grita antes de

lanzarse sobre el que acaba de hablar. El Mala Sombra es rápido y para sus golpes con las manos desnudas, no parece herirse con el filo de su espada, pero unas marcas rojas como quemaduras empiezan a llenar las palmas de sus manos.

—¡Maldito kharos, esta será tu muerte! —exclama su enemigo que se lanza sobre él con una luz incandescente naciendo de la punta de sus dedos.

Un fulgor cegador inunda la nave en penumbra y al mismo tiempo noto un empujón que me aleja por la puerta que tengo detrás. Otto me ha apartado rápidamente y ahora se ha quedado bajo el baño de aquella extraña e intensa luz. Dudo un instante y comprendo que solo puedo huir e intentar vivir o quedarme a morir. Ninguna opción me gusta, pero emprendo la huida con lágrimas en los ojos.

La calle está repleta de pájaros que han colonizado los montones de escombros buscando alimento. No estoy muy segura de que no corran peligro también y los espanto al pasar en mi alocada huida. Corro despavorida sin rumbo, ni orientación. No sé en qué lado de la ciudad estoy y no logro encontrar una salida a la ratonera en que se han convertido las calles. Tengo la sensación de dar vueltas en círculos cuando me topo de lleno con tres Mala Sombra a caballo.

Sus miradas escarlata me traspasan y azuzan a sus animales tras de mí. Reculo sobre mis pasos y me adentro en un callejón que aparentemente no tiene salida. Los caballos enfilan la misma entrada que yo y miro hacia atrás buscando una escapatoria, desesperada. El muro tras de mí tiene pequeñas muescas y grietas que mis pies deciden sortear con cierto esfuerzo. Los jinetes corren en mi busca para impedirme escapar, pero soy más rápida y consigo trepar hasta lo alto del muro donde los miro una última vez antes de descender por el otro lado.

Sé que no tardarán en dar conmigo y no puedo detenerme ahora. Salgo de

una sombría calleja para abrimme paso por una avenida plagada de árboles que entrecruzan sus ramas, al otro lado de sus largos troncos el río brilla. Serpenteo entre ellos y me acerco al borde del agua que se me antoja apetecible. Parece normal, como siempre y el recuerdo de las miles de veces que me he zambullido en él me aprieta el corazón pensando que la vuelta atrás es posible.

Los caballos han conseguido vencer la arboleda y zigzaguean buscando mi rastro. Me acerco al agua que seguramente aún estará muy fría, noto los cascos de los caballos prácticamente encima de mí. Me lanzo al río que no es demasiado profundo en aquel tramo. El frío es un latigazo que me hiela de la cabeza a los pies y braceo para poner rumbo al otro lado. Sin embargo, una sombra bajo el agua me frena y permanezco aún muy cerca de la orilla.

Observo incrédula como uno de aquellos demonios de la noche se sumerge para volver a la superficie y exhalar bocanadas de humo que llenan el aire de nubes fantasma. Reculo pataleando el agua y la bestia se percata de mi existencia. Tiene la cabeza jaleando el aire y se gira en mi dirección. Escupe una bola de fuego que sobrepasa mi cabeza y se apaga en las frías aguas, haciendo que grandes burbujas humeantes llenen la superficie del río.

Grito cuando se cierne sobre mí con las fauces abiertas. Entonces una mano me agarra con fuerza y me saca del agua. Me aferro a aquella tierra maldita como si fuera sagrada y entonces levanto la cabeza y me topo con los ojos de mi salvador. Un profundo rojo sangre me devuelve la mirada y aunque no sonrío, percibo el triunfo y el desafío que ha convertido mi rostro en una mueca de terror.

—¡Suéltame! —protesto, pero eso solo consigue que refuerce su agarre sobre mí.

—¿Y volver a capturarte? Sería divertido porque no puedes escapar de mí —espeta enseñándome los dientes en una sonrisa de suficiencia.

Me ata con una cuerda las manos como si fuera a escapar, a pesar de que empiezan a rodearnos más de los suyos y el corazón me martillea con tanta fuerza que parece que vaya a estallarme. Luego me carga como un fardo en el lomo del caballo y galopa sin mucho cuidado sobre los montones de ruinas que ellos mismos han dejado a su paso. Son como pastores de un rebaño diezmado que no se molestan en cuidar. Desordenados, los supervivientes se esconden de aquellos desalmados que no conocen dignidad alguna.

Me ha salvado del drakko, pero intuyo que mi futuro no va a ser más halagüeño. Solo espero en mi fuero interno que no sepan qué soy en realidad y que mi condición de kharos sea un secreto que nadie conozca. Mi cabeza se bambolea con el trajín del animal y mi corazón empieza a sentir miedo por Otto. ¿Habrá sobrevivido al ataque del tal Yereny? Casi como si me leyera el pensamiento, el aludido aparece, o eso me parece teniendo en cuenta lo mucho que se parecen todos los de su calaña, y una gruesa brecha sangrante le atraviesa el pecho formando una cruz. Parece tan mal herido que apenas el caballo que lo transporta lo aparta de una caída segura y deseo para mis adentros que se estampe contra el suelo y se abra la cabeza.

Los Mala Sombra parecen seguir un sendero que los lleva hacia algún lugar y mientras, las lágrimas me recorren la frente y se mezclan con mis cabellos que apuntan a ninguna parte.

Y entonces atisbo el filo brillante de una espada sangrante en la mano de su dueño. Lo veo plantado sobre la azotea de la vieja fábrica y no atisbo si está herido, pero está de pie; con la brillante hoja mirando hacia abajo y en su figura percibo más que un adiós, una determinación inquebrantable y una fe en mí misma de la que yo carezco. Volverá a por mí, volveremos a ser libres.



El maltrecho viaje hacia alguna parte resulta un martirio, me doy golpes con todo y al jinete le importa muy poco con qué me dañe. Mis quejidos son música para sus oídos y empiezo a odiarlo con esa marea profunda y destructora con la que se odia aquello que es malo y ruin. Las cuerdas hace rato que me han interrumpido el flujo sanguíneo y no me noto ni las manos, ni los pies, aunque no los echo de menos; lo que no se siente no duele.

Pero este ajado viaje llega a su fin cuando se detienen ante una alta verja metálica. No consigo reconocer el lugar hasta que esas mismas manos que me han depositado sobre el caballo me devuelven al suelo y la cabeza vuelve a su lugar habitual. La sangre vuelve a fluir entonces en la dirección correcta y me desatan todos los miembros que parecen volver a la vida con quejidos de dolor. Camino a trompicones hacia lo que parece la plaza del antiguo ayuntamiento y alguien me sonrío dándome la bienvenida.

No es un rostro amable, sino lleno de extraños tatuajes que le nacen de la base del cráneo y engullen su cuero cabelludo como una enredadera de filigranas hasta alcanzar la comisura de su boca. Su túnica está empapada de sangre reseca. Los ojos escarlata se burlan conscientes de que no ha podido con Otto, pero soy su pequeño triunfo. Lo ignoro y le giro la cara mientras repaso con la mirada el lugar al que me han llevado. Algunos rostros curiosos se asoman detrás de la verja y sus miradas se ven hundidas y perdidas en una distancia lejana.

Es entonces cuando comprendo que aquello no es más que una prisión y que aquellos desalmados no han acabado con todos los vecinos de la ciudad. Sin embargo, aquellas miradas vacías no indican nada bueno y un temor que no quiero reflejar en mi rostro, me atenaza por dentro mientras renqueo y tropiezo varias veces hasta que me engulle la verja. Y aquella simple separación de aquellos ojos rojos que braman fuego, me devuelve una fuerza que he creído extinta por momentos. Me envalentono y me lanzo contra el frío y duro metal

mientras grito.

—*Nimah fhagel edke surë!* —espeto sin ser consciente de su significado ni de por qué tengo ganas de gritar aquellas palabras con tanta rabia. El desconcierto en la cara de Yereny es más que evidente y en el de todos los Mala Sombra que me observan muy serios.

Reculo instintivamente de la verja y topo con una mujer que me sujeta para que no caiga al pavimento desquebrajado. Los desalmados siguen prendados de mi visión como si fuera un fantasma, yo trago saliva en silencio y contengo la respiración porque tal vez mi arranque de locura me haya puesto en un aprieto. Mi secreto quiere desvelarse solo o es que reacciona ante ellos como el dolor al fuego que abrasa.

Pasan segundos desgarradores en los que atisbo miles de torturas en mi imaginación hasta que les grito a la cara lo que soy. Estoy tan cerca de sucumbir que mi rostro debe ser ya la caricatura de la muerte, cuando Yereny niega con la cabeza y se aleja, haciendo que el resto pierda el interés en mí. No ha creído ninguna de mis palabras y doy gracias al cielo por ello. Ni siquiera sé qué le he dicho, pero su mirada salvaje me ha dado a entender que aquel galimatías tiene significado y temo interiormente que algún día me haga comer esas palabras ahora que por desgracia, estoy en sus manos.

Una brisa tardía aleja cualquier rastro de sus siluetas en la explanada que circunda la prisión. Un remolino polvoriento barre la basura que se acumula tras la verja que como un colador, lo atrapa todo en su telaraña. La mujer que me ha sujetado se aleja sin dejar de mirarme de refilón y yo le devuelvo la mirada, entre agradecida y enojada. No con ella que no tiene la culpa, sino con el mundo que no para de darme leñazos.

—Gritarles que vas a acabar con toda su raza no ha sido muy inteligente... —me asegura la mujer mientras desaparece por una esquina. Tampoco es que yo supiera lo que le estaba diciendo.

Aprieto los puños y las uñas se me clavan produciendo un dolor casi agradable en las manos que vuelven a la vida para afrontar sus desgracias. Entonces vislumbro, casi como una ensoñación, a una mujer de cabellera oscura que me escruta en la distancia. No estoy segura de quién es, aunque me resulte familiar, pues es demasiada la tierra que nos separa. Nuestras miradas se cruzan un instante, como un cañonazo revirtiendo el embrujo de un bosque encantado y en apenas segundos, desaparece, creando en mí grandes expectativas sobre lo que quiere o de sí estoy alucinando y este es un oasis aún por descubrir...

## 8. NEBULOSE

Hay un cruce de calles que llama al destierro. En mitad de éste, una destartada glorieta que ha visto mejores tiempos se presenta como una isla a medio camino entre el continente de edificios y los mares de escombros que recorren como un océano la despoblada Sapphire.

Los cinco jóvenes atraviesan despavoridos el cementerio de ruinas aprovechando que los Mala Sombra han huido hacia el río en busca de algo. El conjunto de altos edificios que buscan no puede quedar muy lejos y sin embargo, Lion teme que si no los cobijan allí van a quedar expuestos y volverán a FireCross de la peor manera posible.

De repente, una rudimentaria flecha cruza su camino y pasa silbando muy cerca de la cabeza de June que recula asustada. El resto se ha detenido y el mutismo que arrastraban se ha convertido en un aguante de respiración. Ni un murmullo. Lion devuelve la mirada al edificio medio en ruinas que tienen delante, justo después de comprobar que la chica no está malherida. Aparentemente no aprecia ningún movimiento, pero es difícil de cerciorar entre aquel cúmulo de grietas y socavones.

De nuevo, una segunda flecha cruza el cielo y esta vez, observan el largo recorrido en el cielo que forma un arco hasta perderse más allá de Valer que avanza el último. Éste se gira entre molesto y curioso y la recoge del suelo para examinarla. Es un aviso, alguien no quiere que sigan ese camino, pero no pueden darse por vencidos tan fácilmente. No pueden volver estando la ciudad atestada de Mala Sombra. Lion da un paso al frente y pide con la mirada a sus compañeros que lo esperen. Nadie dice una palabra al respecto y lo miran con expectación.

—Huimos de los Mala Sombra, necesitamos pasar —exclama el joven en voz alta, sabedor de que en algún lugar alguien los estará oyendo.

Hay unos instantes de silencio y finalmente, un joven saca la cabeza de detrás de lo que queda de una ventana. Lleva el rostro tiznado de negro y viste ropa oscura. De su hombro cuelga un carcaj improvisado y en una de sus manos porta un gran arco que baja y deja de apuntarlos.

—Lo siento. No tengo permiso para dejar pasar a nadie más —confiesa el desconocido y los jóvenes se miran entre ellos desilusionados.

—No podemos irnos ahora, nos capturarán seguro y...ya hemos estado en FireCross y no queremos volver —reconoce un fatigado Lion al que le cuesta suplicar. Lo hace más por sus compañeros a los que no quiere arrastrar de nuevo por las condiciones inhumanas de la urbe. La noche se acerca y peligros más oscuros poblarán las derruidas calles como las sombras reptantes de los señores del día.

—¿Dices que habéis huido de FireCross? Eso no es posible... —repite el otro muchacho con asombro. De repente, una segunda figura se acerca al joven de la ventana e intercambian palabras que no llegan hasta la calle. Hay tensión en el aire.

—¡Podéis subir! —grita un joven con la cara tiznada del mismo color oscuro y el cabello castaño desparramado en suaves ondas sobre sus hombros.

El grupo avanza temeroso y cansado hasta lo que debía ser la puerta principal del edificio que ahora se abre roto y maltrecho como las fauces de un lobo. Dentro apenas se vislumbra algún rayo de luz que penetra a través de las grietas de la fachada. Puede ser una trampa, pero a ninguno de ellos le importa ya. La vida ha quedado relegada a sobrevivir un día más.

Se zambullen con cautela en la densa oscuridad que pende del aire como una advertencia, podrían salir corriendo y sin embargo, cualquier agujero a esas alturas es más deseable que la más dulce de las torturas. Hay un joven

esperándoles al final de una escalera que ha perdido varios peldaños. Su rostro tiznado es serio y su cabello la revela como la chica de la ventana que ha llegado en último lugar.

—No hemos encontrado a nadie que se haya fugado de FireCross. Laryon quiere veros —explica la joven y les hace un gesto para que la sigan.

Lion pasa delante y se asegura de que Valer lo haga el último para dejar a las chicas en medio. No considera que tenga que protegerlas de nada porque las ha visto pelear y sabe que son capaces de cualquier cosa. Pero el hombre es un tipo calmado y menos proclive a atacar antes de preguntar y lo que en la prisión le parecía un contratiempo, fuera de ella se ha convertido en un valioso don. Cuando uno no sabe dónde pisa, la cautela es una verdadera maestra.

Siguen en fila india a la joven desconocida y las escaleras parece que han vivido una guerra. Lion se estremece al recordar que en los primeros días de asedio fue eso exactamente lo que vivieron. Todo el mundo había salido a la calle impotente, él mismo había huido despavorido ante lo que ocurría, pero no todos habían corrido la misma suerte. Acabar en FireCross fue un castigo, pero podía contarlo. Todos los que conocía habían desaparecido de la faz de la tierra para siempre.

La primera planta es un laberinto de habitaciones vacías donde se acumulan todo tipo de armas caseras, arcos, flechas, piedras de grandes dimensiones, e incluso lo que parecen bombas incendiarias. El joven no está seguro de que todo aquello funcione bien con los Mala Sombra o con sus demonios, puesto que su poder devastador es inmenso, así que comprende ya cuando ascienden a la segunda planta que aquellas armas son para disuadir a otras personas como ellos. Aquello es una selva de cemento y destrucción y se han formado clanes en los que cada cual sobrevive cómo puede.

La otra planta de aquel maltrecho edificio tiene mejor cara y encuentra

diversas personas con sus quehaceres diarios. Afilan cuchillos y preparan sus bombas caseras junto a los que pelan patatas. Lion se pregunta de dónde las sacarán. Hace mucho tiempo que no ve ninguna verdura y le llama más la atención que cualquier barra de hierro predispuesta a la lucha o que cualquier arco bien tensado. Dónde hay vida, hay esperanza.

Les llevan a una sala sin ventanas que inmediatamente se queda vacía y una vela prende en mitad de una solitaria mesa. Esperan de pie puesto que no hay ninguna silla y se miran entre ellos sin hacer preguntas. Todo lugar tiene a su líder y éstos ya lo esperan. Una mujer joven y menuda entra y cierra la puerta dejándolos encerrados en aquella cárcel de piedra, las gemelas rebullen nerviosas por la sensación de claustrofobia y porque hay muchos recuerdos que se despiertan cada vez que se cierra una puerta.

—Soy Elena, pero todos me llaman Laryon que en la antigua lengua *zeteca* significa *estrella*. Dirijo este lugar y tengo que saber qué podéis aportar antes de permitirnos que os quedéis aquí —suelta la mujer y June emite un bufido que no pasa desapercibido para nadie.

Lion observa a sus compañeros porque él sí sabe de lo que son capaces. Ha visto a las gemelas subirse a la espalda de su contrincante y arrancarle un manojo de cabellos de cuajo, aunque ahora sus rostros parecen tan inocentes que nadie lo diría. En cambio, Valer es un tipo raro y solitario al que no le gusta meterse en líos, pero cuando tiene que defender a los suyos no hay quien lo tumbe. June era una niña sensible antes de entrar en FireCross y la cárcel la ha cambiado, se ha hecho una coraza fuerte alrededor para que nadie la dañe, pero por dentro sigue siendo tan tierna y vulnerable como siempre. Lion lo sabe y la protege lo mejor que puede. Y así están las cosas, en ese mundo de locos que les ha tocado vivir, todos han desarrollado talentos ocultos que en una vida normal nunca hubieran salido a la luz.

—Pues no sé qué necesitáis aquí, pero hemos conseguido escapar de

FireCross. Tenemos información del interior, quizás eso os pueda ser útil — explica Lion, aunque sigue sin gustarle tener que mencionar tanto de dónde vienen. Tiene la sensación de que les está contando sus vacaciones, en lugar de relatarles el maldito infierno que han vivido. Claro que visto desde su perspectiva aquí las cosas tampoco han ido bien. Nadie está a salvo ya de esta miserable vida.

La mujer recapacita y los repasa con la mirada. Si hay algo que no le gusta, no lo dice. Finalmente, detiene su vista sobre el joven que tiene delante y su rostro se torna indescifrable.

—Aguardad aquí —les pide y la menuda mujer desaparece cerrando de nuevo la puerta.

En aquella oscuridad, la habitación semeja más una cueva y la luz de la vela deja regueros de un mortecino humo que va calando en ellos como una droga. Si estar con más personas debería tranquilizarlos, no obtienen el resultado esperado y el nerviosismo comienza a hacer mella en ellos.

—¡Y nos quejábamos de la iglesia...! —explota Lily malhumorada—. Por lo menos la cripta era compartida y no hacían distinciones. ¡Aquí nos van a dejar los desconfiados estos! ¿Qué creen que les vamos a robar, las piedras?

—Tranquilízate, solo tenemos que esperar un poco más —intenta suavizar el ambiente su hermana gemela Anne.

—Estoy harta de huir, de esconderme y de luchar. ¡Estoy harta de todo! — exclama cansada. Anne le coloca una mano en el hombro para que recuerde que no está sola. Su hermana hace ademán de quitársela y entonces es June la que se gira hacia ella.

—¡Basta ya Lily! Todos estamos fatal. Pero, ¿preferirías estar allí dentro? Esperando cada día a ser la siguiente...

El silencio rellena los espacios vacíos que aún quedan en aquella habitación estanca, aunque en realidad está llena de sus propios fantasmas. De

todos aquellos recuerdos que ahora flotan bajo la tenue luz, navegando en esa espesa niebla que el humo impulsa sin descanso.

La puerta se abre entonces permitiendo que la humareda salga siguiendo una alegre corriente que refresca el aire enrarecido del interior. Un joven les indica con la mano que lo sigan y salen en tropel como si aquella estancia estuviera repleta de demonios de la noche o una claustrofobia aguda se hubiera apoderado de ellos. Pero para aquellos que han probado los límites de la libertad, cualquier pared sin ventanas puede llegar a ser más alta que una verja. No hay peor sensación que saber que aunque quieras no puedes avanzar, que están sellados tus caminos, que no tienes futuro ni pasado al que volver. Que todo cuanto tienes lo llevas encima y que incluso el aire que exhalas ya no te pertenece, porque es mucho más libre que cualquiera de tus pensamientos, agazapados en el alma como delincuentes. Pensar por dentro y fingir por fuera que ya nada te importa.

Suben tantas escaleras que han perdido la cuenta de los pisos que han dejado atrás. El edificio es alto y es ahora cuando se dan cuenta. Valer jadea el último en la fila y le guiña un ojo a Anne cuando lo mira. Finalmente, el trayecto se detiene en una amplia y diáfana estancia que nada tiene que ver con la que han abandonado abajo. Aquí la luz del sol mortecino de la tarde entra a raudales y tiñe las paredes de un anaranjado ocaso. Parece vacío a excepción de un joven de cabello rizado y rubio que está sentado en una silla de despacho giratoria y los observa impassible.

—Me llaman *Konbach*, que en lengua zeteca significa *rayo*. Soy el hermano de Laryon a la que habéis conocido antes.

—¿Habláis zeteca? —pregunta Lily que no ha tenido suficiente con el desahogo anterior y envía miradas furibundas por doquier.

—Es la lengua de la civilización perdida que habitaba estas tierras hace siglos —le explica June con suficiencia. Lily no responde, sumiéndose en un

mutismo sepulcral.

—Cerca de dos milenios —concreta Konbach con una sonrisa—. Me alegra saber que no todo conocimiento está perdido. ¿Sabes algo más de los zetecas?

—Que existe un templo en ruinas al otro lado del río, pero la última vez que pasé por allí era pasto de la maleza, ni siquiera te podías acercar sin lastimarte —aclara la joven. Konbach afirma con la cabeza y sonrío a desgana. Los examina de nuevo, posando sus ojos con detenimiento sobre la daga que Lion lleva aún atada a su cinturón.

—¿Puedo verla? —se dirige al joven y le señala la empuñadura oscura que sobresale de su pantalón. Lion recuerda entonces que aún la conserva y se la ofrece sin especial reticencia. Konbach la manipula durante algunos segundos y la hace rodar entre sus dedos con gran agilidad. Roza suavemente con las yemas la inscripción que hay grabada en la hoja y su expresión se vuelve sombría—. ¿De dónde la has sacado?

—La encontré... —afirma Lion sin faltar gravemente a la verdad. Konbach lo agujerea con la mirada.

—¿Así, sin más? ¿No viste a quién pertenecía?

—¿Importa? —inquire el joven cada vez más nervioso.

—¡Por supuesto que sí! —exclama el joven de cabello rizado haciendo que todos rebullan y se miren ansiosos.

—Era de una chica. Ella y otro tipo nos salvaron de los demonios de la noche cuando conseguimos escapar de FireCross, pero desaparecieron. Cuando volvimos a pasar por allí, encontré el puñal en el suelo —explica Lion con toda la paciencia del mundo.

—¿Por qué desaparecieron?

—Ella estaba herida. Uno de aquellos monstruos la alcanzó y su compañero se la llevó de inmediato. No sé más, te lo juro. —Un silencio

engulle la sala que cada vez se va haciendo más oscura. Afuera el atardecer va dando paso a un cielo violáceo que preludia la tormenta.

—Esto que me cuentas es muy mala noticia. Si ella muere... —Konbach aprieta un puño y lo sostiene en el aire con frustración.

—¿Por qué? ¿Quién es ella? —se atreve a preguntar el joven que echa de menos un cigarrillo para desquitarse de ese momento tenso.

—Esta inscripción dice: *Conocerás a la hija de la luna y en sus manos perecerás*. Es una advertencia para los drakko. Y yo conozco a su dueña. Se llama Lesya y es una kharos, un alma de plata, la última que nos queda...



La noche cae como una pesada losa en los altos edificios de Nebulose. Les han dado unas mantas y duermen en el suelo raso contra una pared desconchada y polvorienta. Las gemelas rodean a June como una extraña fortaleza inexpugnable y Lion sonrío mientras observa sus rostros dormidos. Ya en la asfixiante prisión solía contemplar sus expresiones cansadas mientras vigilaba que nadie se acercara a su abarrotado cuarto. Aquí la ubicación ha cambiado, pero siguen durmiendo apiñados junto a un montón de gente desconocida. Puede que en algunos lugares existan altas verjas y en otros solo paredes mugrientas, pero siguen siendo las mismas cárceles con diferentes cadenas.

Se levanta despacio y Valer abre un ojo que enfoca en su dirección. Duerme pegado al hombro de Anne como siempre le ha gustado hacer, aunque es el único momento del día en que ella se presta a tan extrema cercanía. Quiere pensar que en el fondo Valer le ha demostrado ser un hombre fiel y considerado y que en la noche ella necesita sentirse protegida, o puede que sea simple necesidad de calor humano, o que le conceda una tregua cuando no está

despierta. Es difícil saberlo con la joven que habla tan poco.

Finalmente, le hace un gesto con la mano para que su compañero permanezca tumbado y el hombre asiente y cierra el único ojo que mantenía abierto solo para él. Se desliza lentamente intentando no pisar a ninguno de los durmientes que yacen en el suelo en formas desordenadas. Sale al desvencijado pasillo que está atestado de cajas llenas de utensilios varios que se van reciclando y llega hasta un lado del edificio en que falta media pared. Hay un enorme agujero de varios metros de ancho desde el que se puede observar la adormecida ciudad como en un balcón.

Antaño las luces lo hubieran cubierto todo y el sonido de la música de los bares llegaría como un eco insoportable creando ondas expansivas de rock and roll y olor a cerveza turbia. Pudo vivir todo eso poco tiempo antes de que estallara todo. Recuerda esas noches locas y una sonrisa se dibuja en sus labios como si todo fuera parte de un sueño horroroso. Nada más lejos de engañarse, lleva su vista al cielo y descubre un manto de nubes que lo cubre como si fuera ceniza. Y es precisamente esa prisión infranqueable de vaporosos cúmulos de lluvia, que lo devuelven a la cruda realidad.

Casi como si pudiera leerle la mente, el cielo comienza su cántico funesto y una fina capa de lluvia se vierte sobre la urbe mientras un rayo la ilumina. Desea con todas sus fuerzas que la descarga se haya llevado a alguno de aquellos demonios que a buen seguro inundan ahora las calles y no puede dejar de tensarse al descubrir las ganas que tiene de saber cómo aniquilarlos para siempre. Siente un ciego veneno subirle por la garganta que lo hace trastabillar ligeramente hasta que una mano lo retira hacia adentro.

—Es peligroso. No te acerques tanto al borde —le recuerda Konbach con el rostro sombrío. Tiene como él la mirada fija en el cielo y sus ojos refulgen a la luz de los relámpagos haciendo honor a su nombre.

—¿Has localizado a la chica? —demanda un compungido Lion que se

siente en deuda con ella. No solo le salvó la vida, también tiene su puñal, sabedor de que es un arma mágica y especialmente creada para ella. Siente que, en su poder, ella pierde la oportunidad de defenderse y de seguir matando demonios y la culpa lo atenaza hasta el punto en el que se encuentra, incapaz de dormir.

—Era ya muy tarde hoy para salir hacia Los Portales, allí suelen tener todo tipo de información y en especial de los kharos.

—Dijiste que ella era la última... —se sorprendió el joven recordando sus palabras.

—Y lo es, de nuestro mundo. Pero hay uno más, un prisionero que consiguió escapar al poder de los Mala Sombra. Ambos son nuestra primera línea defensiva y la más fuerte. Solo la plata destruye a esas bestias, pero solo los matas si les atraviesas el corazón con ella. Y no es fácil...

Su argumentación deja a Lion cabizbajo y meditabundo, hasta que percibe una luz titilante colgando de las alturas. Se asoma de nuevo al abismo de oscuridad que pende sobre ellos y escruta con la mirada el punto exacto donde una tímida luz parpadea.

—¿Qué diablos es eso? —inquire el joven repasando la oscuridad.

—Es Börn. Uno de mis hombres. Hace vida prácticamente ahí, en la vieja grúa. Cuando la ciudad era nuestra estaban construyendo otro bloque de pisos aquí al lado. Es alta y no ha caído, lo que nos da una interesante perspectiva de Sapphire. Es como nuestra torre de vigilancia.

Un relámpago ilumina en aquel momento la imponente estructura de acero en forma de T y su impresionante viga señala hacia algún punto perdido del río. Cree vislumbrar fugazmente un bulto oscuro sobre una especie de improvisada cabaña, como un parapeto para la lluvia que no arrecia.

—Y si ve algo anormal, ¿cómo os informa? —pregunta sorprendido el joven sin dejar de escrutar las sombras.

—Es el mejor arquero que tengo. Envía una flecha justo ahí —afirma y le señala una pared llena de marcas junto al agujero por el que ellos miran—. Si tiene tiempo incluye una nota con algunas abreviaciones que hemos creado: D para demonios/drakko, MS para Mala Sombra, F para incendios... en fin, tenemos un poco de todo y si es muy urgente porque atacan el edificio, envía una flecha en llamas. Es un poco rudimentario, pero no tenemos nada más con lo que defendernos.

—No está mal, pero ¿solo los Mala Sombra y los demonios atacan el edificio? —demanda temiendo la respuesta. Ha visto muchas armas que no podrían acabar con ninguno de los anteriormente mencionados y un cosquilleo nervioso le hace pasarse una mano por la nuca.

—Eres muy observador, supongo que en FireCross se aprenden muchas cosas. Tienes razón al preguntar. No, nos atacan nuestros propios vecinos. Tienen pequeños refugios no muy lejos de aquí, dispersos, pero de vez en cuando se unen para intentar sacarnos de Nebulose. Sé que el hambre y la necesidad apremian, pero no cabemos todos, ni tenemos reservas para tanta gente. Acabáramos comiéndonos los unos a los otros o algo peor —se excusa Konbach con deje triste y Lion arruga la nariz pensando en la posibilidad del canibalismo como remedio a la falta de alimento.

No quiere pensar en que algo tan horrible pueda siquiera llegar a pasar y se frota las manos frías para devolverles su calor más humano en aquella inmensa jauría de locos.

—Así que viven dispersos, la mayoría que hemos conocido viven apiñados como aquí —afirma el joven interesado por aquella noticia.

—Sí, los llamamos los *bosques de piedra*. Y créeme no te gustará pasearte por ahí. No tienen escrúpulos, ni miramientos porque seas humano como ellos. Te matarán, se quedarán tu ropa y si a alguno le gusta tu pellejo, te devorarán para darse un festín con tus restos. —Ambos se miran con expresión sombría

mientras un nuevo rayo cruza el cielo iluminando el angosto pasillo que queda a sus espaldas. Entonces una flecha silba y se inserta en el muro externo, sus llamas crepitando bajo el murmullo hiriente de la lluvia, iluminando con un fulgor extraño la densa oscuridad de sus pupilas.

## 9. RECUERDOS DE HUMO

El frío me cala hasta los huesos y sigo empapada. No puedo parar de temblar y me aovillo junto a una pared desierta en busca de algo de calor. He conseguido un maltrecho cartón que va absorbiendo poco a poco la humedad de mi ropa, aunque no consigo de ninguna forma calentarme un poco. Allí todo es frío. El suelo es un cúmulo de moho y polvo y en los pasillos se acumula el barro traído del exterior. Los prisioneros se apiñan en grupos con viejos jergones que apenas los separan del suelo. Todo está demacrado y abandonado de la peor manera posible. Parecemos poco más que ganado.

Tiemblo y la mandíbula repiquetea en un sonido que empieza a parecerme casi embriagador. Estoy tan cansada que incluso dormiría a pesar del entumecimiento que recorre cada uno de mis huesos. Este silencio helado es un bálsamo para este corazón que se desangra por dentro, pero no se derrama lo suficiente como para hacerme hervir la sangre y cierro los ojos en el enésimo intento por recuperar las fuerzas.

Un sueño denso y delirante me lastima como cualquiera de aquellas bestias hirientes que se mueven de noche y escucho a lo lejos un alarido desgarrador. Mi mente se sumerge lentamente en la neblina de un sueño inesperado y menos reparador de lo que quisiera, serpenteando a través de mi consciencia y arrebatándome la libertad de seguir alerta...



Otto sonrío y deposita un beso en mis labios antes de incorporarse del todo. Es algo frugal y me cuelgo de su cuello antes de besarlo

apasionadamente, como si nunca más nos fuéramos a ver. Esta vez su sonrisa se ensancha y se aparta finalmente sin dejar de sonreír. Sujeta la funda de su espada de la que sobresale la empuñadura oscura y dibuja un *te quiero* en el aire con sus labios. Luego recupera una vieja sudadera llena de agujeros y se viste sin dejar de mirarme. Suspiro como lo hago cada vez que sé que se marcha de mi lado para ir en busca de esas bestias. En unos minutos yo haré lo mismo, y sin embargo, solo me preocupa su seguridad, la mía hace mucho que me importa más bien poco.

Trepa por una valla que parece querer caerse de un momento a otro. No hay rastro de Otto. Un alarido me avisa de que en la retaguardia me persigue uno de aquellos malditos demonios. Está cerca. Su sonido reptante choca contra el metal y salto instintivamente al otro lado con la intención de que no pueda seguirme. Siempre soy demasiado optimista y les atribuyo muy poco conocimiento a estas marionetas de los Mala Sombra.

Comprendo lo ciega que he estado cuando un sonido desalentador me hace girarme bruscamente y observo la temible criatura con sus fauces abiertas, su boca es un calco de la noche que nos circunda, pero no me aterra en absoluto. He visto demasiados de ellos explotar entre mis manos como para sentirme inquieta ahora. Una bola de fuego comienza a formarse en la negrura de aquella espesa cueva y la luz de las llamas ilumina los ojos del monstruo. Y un brillo nuevo, inteligente, casi humano, se ve reflejado en ellos.

Solo es un instante y reculo temiendo haber visto una visión, un espejismo en mitad de aquel desamparado desierto en que se han convertido las calles. Pero la esperanza o la curiosidad, me atenaza el corazón y no puedo sacar el puñal. Salto y me cuelgo de una cornisa cercana, balanceo mi cuerpo mientras el fuego lame mis pies. Me dejo caer hacia un muro maltrecho que asoma tras una farola doblegada y finalmente, abandono a la criatura a su suerte, incapaz una vez más de darle muerte.



Me despierto jadeando cuando una mano me zarandea. Me aparto instintivamente hasta comprender que es una persona quien tengo delante. Una mujer de cabello rojizo me muestra un jersey raído, pero seco. Reconozco finalmente que es la misma que me ha hablado en la verja y que me está proporcionando con aquella pieza de ropa, un descanso seco y placentero. Se lo agradezco mientras me cambio allí mismo sin ningún reparo, hace mucho que la timidez ha dejado de importarme. Entro en calor tan deprisa que siento una simpatía instantánea por la mujer y se lo agradezco acompañándola al pasillo.

No hay luna en la negrura funesta que se extiende fuera de unos barrotes plateados que encierran la prisión. La desconocida se acerca a ellos y echa un vistazo al patio que permanece en una penumbra insondable. Pero no hay nada fuera que llame su atención y enseguida vuelve la vista a mí con una sonrisa desconcertante en los labios.

—Te enfrentaste a ellos de una forma... que tal vez quieras ayudarme en algo —susurra la mujer.

—Tú dirás —le correspondo con un amago de sonrisa que nunca llega a mi rostro.

—A escapar —sentencia con el aplomo de varios días meditando una respuesta.

—¿Es eso posible? —pregunto sin un ápice de esperanza, entiendo que la desesperación deba haber hecho mella en ella y puede proponerme cualquier locura.

—Hace unos días algunos lo consiguieron. Al parecer no han vuelto y eso es que su aventura ha tenido un buen final —me explica y doy por supuesto que

ella misma pudo haber escapado y no lo hizo esa primera vez.

—También pueden estar muertos. Que no estén aquí no garantiza nada —le confieso tristemente acordándome de todo lo que hay fuera.

—Cuando escaparon pude ir con ellos y me entró el pánico, pensaba que no íbamos a durar ni dos minutos fuera, pero ninguno ha vuelto. Puede que hayan alimentado nuestro miedo y que lo que haya ahí no sea tan malo — insiste la mujer con un halo de esperanza que no quiero romper.

—Siento decirte que lo que hay fuera difícilmente puede explicarse con palabras. Si están vivos habrá sido fruto del azar, más que de una posibilidad real. —Me sorprende a mí misma hablando con aquella confianza.

No acabo de recordar los últimos tres años de mi vida, pero desde hace unas horas siento que hay una niebla envolviendo mis recuerdos y de vez en cuando parezco vislumbrar un camino por el que discurrir a través de ellos. No sé con exactitud qué es lo que he comenzado a recordar, pero intuyo que es algo más que mi íntima relación con Otto.

Sin embargo, la mujer esboza una sonrisa de suficiencia y me desafía con una navaja en la mano. Me aparto ligeramente dudando de las intenciones de la desconocida, pero un instante después los barrotes gruñen y dos Mala Sombra encapuchados penetran raudos en el angosto pasillo y me miran de lleno con su brillo escarlata salpicando la noche. La mujer entonces salta sobre ellos y hunde su cuchillo en la espalda del que tiene más cerca. Éste la tira al suelo sin esfuerzo y arroja su arma lejos, a través de los barrotes. Luego me inspecciona con esa mirada mezcla de odio y salvaje poder y yo lo ensarto en la mía en un baile de fuerzas que siento que no puede terminar bien para mí. Finalmente, ambos se ponen en movimiento y me ignoran al pasar junto a mi paralizada figura. Los observo mientras se adentran en una de las estancias y buscan a dos personas.

Me afano por comprobar el estado de la mujer que yace despatarrada

contra la pared. Una brecha se abre en su cráneo y un reguero de sangre le perla la frente. No tiene pulso. Nada de lo que pueda hacer ahora le devolverá la vida y me pregunto interiormente si su incursión ha sido la idea más brillante que ha podido tener. Luego recuerdo que el valor es lo único que sobrevive a la barbarie y que tatúa la libertad en la piel de quien lo esgrime hasta el final.

Unos sollozos rompen los latidos de mi corazón que aún sostienen a la mujer muerta. Dos chicas avanzan delante de los Mala Sombra con el rostro descompuesto y me fijo en sus facciones. Una solo es una niña que llora desconsoladamente sabedora de que probablemente va a morir. Pero la otra fija su mirada en mí y me corta la respiración. Ella da un respingo y abre mucho los ojos por la sorpresa. Sus negros rizos están encrespados y sin vida, languideciendo largos por su espalda. Pero apenas ha cambiado desde la última vez, si acaso la delgadez es un cambio a destacar en esta vida desprovista de alimento. Extiende la mano hacia mí y yo la aferro con fuerza estirando de ella cuando el Mala Sombra que la custodia quiere arrebatármela.

—¡Lud! —grito ya sin importarme si despierto a toda la jodida prisión. El carcelero tropieza con el cuerpo desvencijado de la otra mujer que yace en el suelo y aprovecho para tirar de mi amiga con más fuerza. Consigo liberarla de su agarre y me coloco delante para protegerla. Él se recompone de su traspié y levanta un dedo acusador hacia mí que no me da ningún miedo.

—¡Dámela! —gruñe con una voz gutural y neutra. Una rabia contenida me apremia a partirle el espinazo, pero me mantengo a la espera de que dé el primer paso.

—Ya te has llevado una vida hoy, tu cupo está completo. ¿Quieres vaciar esta cárcel en menos tiempo del que deseas? —No sé cómo se me ha ocurrido ese argumento, pero aquel ser malvado recapacita y mira a su compañero que asiente en silencio. Baja su dedo y deja de señalarme, pero hay un atisbo de

triunfo en sus ojos que no predice nada bueno.

—Mañana vendrás tú que tantas ganas tienes de proteger FireCross — sentencia y un escalofrío me recorre la piel mientras su anuncio me quema por dentro.

Ya está hecho, he cambiado una vida por la mía y no me arrepiento. Lentamente, los Mala Sombra abandonan la prisión con la pobre niña vencida por las lágrimas y un sentimiento de reprimida ira hace galopar mi corazón. Sigo prendada de su partida como si pudieran volver en cualquier momento, pero los minutos agotan esa posibilidad y me vuelvo hacia Lud que permanece clavada al suelo como una estatua.

—¡Estás viva! —exclama al encontrarse con mi mirada. Asiento aunque soy consciente de que acabo de ponerle fecha de caducidad.

—Lud... —recito con lágrimas de felicidad y nos envolvemos en un furioso abrazo.

Cuando nos separamos y contemplamos nuestros sendos rostros húmedos, también capto la mirada de algunos curiosos que han salido al pasillo a contemplar el escándalo. La mayoría me miran recelosos y cuchichean cómo si pudiera importarme cualquier comentario a estas alturas. He salvado a mi amiga y nada puede quitarme ese momento de felicidad.

—¿Por qué lo has hecho? Mañana... —comienza Lud, pero la detengo con un siseo que invita al silencio.

—No te preocupes por mí, sé arreglármelas —le explico y ella niega con la mandíbula temblorosa. Sé lo que pasa por su cabeza porque es exactamente lo mismo que atemoriza la mía, pero no hay tiempo para lamentarse. Si es un día lo que tengo, hay que aprovecharlo.

La aparto del tumulto que nos rodea y me la llevo a la esquina desconchada que lleva mi nombre invisiblemente impreso. Nadie se acerca.

—No puedo creer que estés aquí —susurra con un hilo de voz.

—Ni yo. Pero dime, ¿dónde están todos? Tu familia, la mía, nuestros amigos del instituto... —pregunto con poca cautela, la esperanza es la última en resignarse a partir. Ella coloca su mano sobre la mía y detiene mi verborrea nerviosa.

—Muertos —afirma tajante y la emoción se esfuma de mi cuerpo como la ilusión que acaba por escaparse en busca de libertad.



Ha sido una de esas noches que claman al olvido. Lud se ha deslizado por la destartalada prisión en busca de algo de pan. Ni siquiera siento apetito a sabiendas que hace muchas horas que no engullo nada. Los barrotes que encierran el patio hace rato que han sido retirados y el sol brilla agradablemente sobre mi piel pálida. Observo las innumerables columnas de un desvanecido blanco que yacen demolidas sobre el suelo, excepto una. Se alza como un puño hacia el cielo y contiene las suficientes laceraciones en su superficie como para que me deslice por ella y trepe hasta la cúspide. Poco me importan las supuestas represalias que Lud me grita que me harán si me ven allí arriba, puesto que solo tengo un día más para soportar esa agónica captura.

Me alzo cuán larga soy y oteo la urbe que se despierta bajo el sol templado que asoma de vez en cuando entre un grotesco panorama de nubes desoladoras. El río serpentea a lo lejos con su eterna parsimonia y la piel se me eriza al recordar mi última aventura en él. El agua está maldita. Así como las calles, los edificios y sus gentes. No queda nada puro e inmaculado en aquel lugar arrasado que ha perdido la inocencia. Contemplar aquella escena dantesca me atenaza el corazón de nuevo como tantas veces lo ha hecho desde que he despertado malherida en casa de la hechicera. Mis recuerdos van y

vienen y no sé discernir aún realidad de ficción. Puede que esté viviendo un sueño y ni siquiera sea consciente.

Un grito lejano me hace darme la vuelta sobre el lastrado pilar que aguanta mi peso sin problemas. Las montañas Cannes se recortan contra la línea del horizonte y esconden cualquier detalle que exista detrás. Contemplo meditabunda las largas hileras de árboles chamuscados y consumidos hasta sus raíces que llenan el devastado paisaje que antaño fue un remanso de paz. Recuerdo aquel verde pulmón que inundaba de vida las escapadas de fin de semana y los cientos de animales que se guarecían en él. Nada queda más allá de rescoldos humeantes y espectros de hogueras diseminadas por doquier. La barrera infranqueable de aquellas montañas se ha convertido en los muros de una cárcel más altos que las propias verjas que nos mantienen cautivos en FireCross.

Me pregunto por qué no huir a través de las desiertas montañas cuando un grupo de jinetes a caballo recorren las escarpadas colinas. Los Mala Sombra baten la zona para asegurar el perímetro amorfo que los circunda y se esparcen por el terreno llenando de sombras la vieja tierra calcinada. Nada crecerá bajo los cascos de los caballos que avanzan a paso vivo, ni la maleza querrá adueñarse de una tierra tan mancillada que deje de adorar la vida, por muy imperfecta que sea.

Los gritos despavoridos de Lud bajan mi pensamiento de nuevo hasta mi cuerpo que sigue asomado a la antigua y solitaria columna que aguanta las embestidas del tiempo con estoicismo. La miro sin comprender cuando observo a un grupo de Mala Sombra que se acercan directos hacia mí. La represalia es como una mano abierta que me da en la cara. Quiero bajar y ahora no me atrevo a descender rápidamente a sabiendas de lo que me espera. Aguardo hasta que llegan a la base de mi peculiar refugio y me miran airados. Hay cinco individuos extraños que me perforan con el semblante serio. Puedo

obligarles a que suban a buscarme, pero algo me dice que si lo hacen besaré el suelo por última vez para bajarme.

Desciendo con toda la calma de la que soy capaz de retener y en cuanto toco el pavimento enmohecido, uno de ellos me asesta un bofetón y me tumba en el suelo. Aturdida me toco el rostro allí donde su marca rojiza a buen seguro ha dejado un feo tatuaje en mi piel. Uno de ellos se acerca entonces y me levanta arrastrando el jersey desvencijado que aún llevo puesto y me arroja en mitad del patio que comienza a llenarse de gente. El tercero de ellos, imposible discernir cualquier diferencia entre ellos, saca un látigo del interior de su larga túnica negra y me lo enseña con una sonrisa triunfal. Trago saliva en un intento de que no se me note que tengo la garganta completamente seca.

Mis pensamientos en cambio, están anegados de aquella ciénaga pantanosa en que se han convertido mis súplicas mudas a cualquier divinidad que esté escuchando. El cuarto se acerca y de malas maneras me da la vuelta y me sujeta contra la columna, mucho me temo que no necesito una gran imaginación para saber lo que viene a continuación. Escucho el grito desgarrador de Lud y un quinto Mala Sombra descarga el látigo frenéticamente sobre mí desgarrándome la piel y clavándose en mis huesos. La primera embestida siempre es la peor dicen, una lágrima furtiva escapa junto a los gritos de dolor que rellenan el espacio en silencio de FireCross. Los rostros que me rodean se convierten en una amalgama de colores difusos rodando en círculos a mi alrededor.

Hasta que la ruleta funesta se detiene y dejo de ver y de sentir. La sombra en el suelo me relata que aquella bestia sigue rasgándome la carne, pero el alma inmortal consiente solo el placer celestial de la derrota a quién no tiene el alma forjada con la más pura de toda la plata.

## 11. ASALTO

Un rayo cruza el cielo, amenazante, como si un dios despiadado quisiera amedrentarlos y desafiar a la tierra. Pero los humanos a esas alturas de la historia ya están acostumbrados a los desplantes del cielo y ninguna fuerza sobrenatural puede sumirlos. El poder y la fuerza que doblegan el cuerpo no son rivales para la magia que hace falta para conquistar el alma.

Esta madrugada lluviosa es tan buena para asaltar el complejo submundo de Nebulose, como lo sería cualquier otra. La flecha aún llamea resistiendo las embestidas del tiempo, iluminando una pequeña parcela de pared, por dónde desciende el guardia de la gran grúa.

Salta con una tirolina y se planta en apenas minutos junto a un sorprendido Lion que lo sigue mirando con la boca abierta. Ha visto de todo en FireCross, aunque reconoce que los habitantes de Sapphire se han espabilado bastante.

Börn se sacude el agua que lleva encima, pero tiene el cabello negro empapado. Lo mira enfurruñado y luego observa el estrecho pasillo que comienza a llenarse con el bullicio de sus habitantes preparándose para soportar el ataque. Konbach ha desaparecido a la misma velocidad que la saeta se clavaba en el muro y el joven permanece a la espera, ya no de una instrucción sino de conocer cuál será el lugar al que acabarán exiliándose.

No sabe cómo, pero siente que es lo único que han hecho desde que salieran de la prisión. Como si una especie de mala suerte los persiguiera y acaba frunciendo el ceño como el vigía, que lleva escrita en el rostro la intención de perderse pasillo a través.



—¿Y ahora qué? ¿Otra vez a huir? —se pregunta June malhumorada. Tiene unas oscuras ojeras debajo de sus ojos y bosteza por tercera vez consecutiva.

—Creo que esto les ocurre a menudo, tienen experiencia en defenderse —concluye Lion intentando darles un voto de confianza.

—Pues no sé qué decirte... a mí me parece una condena. No tienen bastante con defenderse de los monstruos de la noche, que también tienen que hacerlo de sus congéneres —reflexiona la joven y resopla hastiada.

En ese preciso momento, las gemelas y Valer se acercan a ellos con las mismas caras de cansancio y la frustración asomando por encima de sus ojos aún dormidos.

—¿Es verdad lo que dicen, que otras personas nos están atacando? —demanda Lily sujetándose el cabello oscuro y lacio en una coleta alta.

—Eso parece. Konbach me contó que hay pequeños grupos esparcidos por todo el territorio colindante, al que llaman Los Bosques de Piedra. De vez en cuando intentan echarlos de aquí —explica Lion sin necesidad de entrar en detalles.

—¡Uff! A mí ya puede venir incluso el rey de los Mala Sangre estos. ¡Qué harta estoy de huir! —confiesa Lily cuyas esperanzas de una libertad tranquila y esperanzadora se ven mermadas con el paso de los días. Su hermana se apoya en su hombro y la reconforta, aunque ella apenas dé muestras de notarlo siquiera.

Valer, que parece más lúcido con cada día que pasa, se acerca al agujero de la pared y mira absorto durante algunos segundos interminables en los que ninguno de ellos sabe exactamente qué se propone. Después levanta su mirada hacia la cima del edificio en el que se encuentran. Escruta la oscuridad con aquella mirada felina y sonríe ante la expectación de los demás.

—Naranjas —dice escuetamente y sus compañeros se miran alarmados,

pensando que ha vuelto a beber o que se le ha ido la cabeza para siempre.

Una explosión los sobresalta y una nube de humo asciende por las desvencijadas escaleras. Se escuchan gritos y lamentos en todas direcciones y algunos huyen en dirección al piso superior. No hay escapatoria posible, o la grúa o la azotea. Lion observa de nuevo el hueco por el que Valer sigue asomado con cara de contento, pero comprende finalmente que salir por allí con tan poco tiempo para prepararse es un riesgo seguro a caer el vacío.

Konbach llega en aquel preciso instante, su rostro tiznado de hollín. Sus miradas se encuentran en el frenesí de aquella batalla inusitada en las entrañas de un edificio en ruinas y la gravedad del señor del rayo hace temerse lo peor al chico. Están atrapados.

—Dime que tenéis una salida de emergencia —le ruega Lion aún sabiendo la respuesta.

—La azotea es lo único que nos queda, de ahí podemos saltar al edificio contiguo —le asegura Konbach con gesto grave.

—Pensaba que no os habían vencido nunca, ¿qué ha ido mal esta vez?

—No estamos vencidos... aún —reconoce el hombre de mala gana—. Están utilizando bombas incendiarias.

—¿Cómo las vuestras? —pregunta un sorprendido Lion que no tenía la sensación de que aquella gente dispersa pudiera almacenar también semejantes armas.

—Son las nuestras... —susurra el hombre ligeramente indignado—. Se hicieron con la planta donde las guardábamos. Nos han pillado desprevenidos y sobre todo cansados.

—No lo entiendo. ¿Por qué esa obsesión con vosotros? ¿Por qué no utilizar esa fuerza bélica contra los drakko?

—Porque nosotros tenemos algo de lo que ellos carecen y no es solo comida almacenada. Subid conmigo a la azotea, os lo enseñaré —afirma

Konbach dejando a Börn al mando.

La azotea se abre paso cuando las escaleras se terminan abruptamente faltando la mitad del techo. Konbach parece divertido ante sus expresiones de asombro, pero solo Valer lo imita.

Al otro lado del umbral de un marco sin puerta, se abre ante ellos un enorme jardín. Hay árboles frutales, hortalizas e incluso flores, recreando un auténtico bosque. Es tan bonito que ninguno de ellos se atreve siquiera a entrar, agolpados en las inmediaciones como si observaran una obra de arte.

—Hemos invertido mucho tiempo en esto. Recolectamos semillas y trasladamos algunos árboles. Los cuidamos con esmero con los recursos de los que disponemos. Fue como un experimento. Pero la realidad es que nos abastece de comida fresca.

—Es un tesoro... —musita June incapaz de apartar su mirada de aquellos árboles.

—Por el que matar —termina la frase Lion.

Es muy consciente de lo que supone tener aquello en esa azotea. Los del Bosque de Piedra lo saben y desean quedárselo para ellos mismos. En aquella urbe asolada, la comida fresca es un manjar. El joven observa una hinchada naranja y se le hace la boca agua. Hace mucho tiempo que no siente en su paladar el delicioso sabor de una fruta.

Una avalancha de gente entra en tropel en la azotea y los empuja al pasar. Quedan todos a merced de la corriente de personas que los alejan del umbral y se pierden en aquel bosque improvisado que huele a vida.

La marea de Nebulose se detiene en el borde norte del edificio y se apiñan contra lo que parece una tirolina. Uno a uno, se descuelgan por ella y salvan la escasa distancia que los separa del edificio contiguo. Konbach aparece de nuevo y los invita a saltar también para escapar de lo que sea que asciende en una destrucción imparable a través de las escaleras.

—¿Vais a abandonar esto? —June no da crédito. Ojalá lo hubiera descubierto antes.

—Nos va la vida en ello —sentencia con amargura mientras sigue invitándoles a usar la tirolina.

—¡Pero tenéis que luchar por esto! —le recrimina Lion que no quiere marcharse de allí. Quizás los paraísos sean efímeros, pero no tienen ningún valor si nadie lucha por ellos antes.

—Y lo hemos hecho, pero ya no podemos resistir más —se defiende Konbach con voz apagada.

—¿Qué decimos siempre en FireCross? —pregunta Lion a sus compañeros que lo miran con los ojos brillantes bajo una luna que navega impaciente por el cielo nocturno.

—¡La vida es lucha! —repiten al unísono.

Se vuelven contra la entrada de la azotea que empieza a llenarse de sombras que se mueven con cautela. Tal vez esta gente se haya entrenado en la desolación de las calles sin vida, pero ellos han recibido clases magistrales de los mismos señores del infierno.

Forman un semicírculo alrededor del marco sin puerta y aguardan en la oscuridad a que se atrevan a penetrar en aquellos dominios sagrados.

Un grito les alerta de que se van a echar en tropel sobre el bosquecillo, pero lejos de amedrentarlos comienzan a golpearlos al amparo de la noche. Ni siquiera pueden ver desde donde les llegan los golpes, pero son un equipo que ha luchado muchas veces juntos y están perfectamente sincronizados. June los empuja, las gemelas los embisten, Valer les atesta un golpe y Lion los remata con la misma daga con la que Lesya se ha deshecho de docenas de demonios de la noche. Es un bucle de mágica muerte en la que ni siquiera piensan.

De repente, un grito les hiela la sangre y les demanda que paren la matanza. Los jóvenes se detienen y observan a Laryon cuya frente sangra

ligeramente. Un hombre con barba la tiene agarrada del cuello.

—Vosotros mismos... —escupe el hombre mientras observa horrorizado el reguero de cuerpos diseminados como minas en un campo de guerra.

Konbach, que ha permanecido apartado al ver la escabechina, se acerca ahora preocupado por su hermana.

—¡No le hagas daño! —grita desesperadamente.

—Un poco tarde para pedir clemencia, ¿no te parece? —corresponde el hombre sin dejar de sujetar a la menuda mujer.

—¿Qué es lo que queréis?

—Lo sabes muy bien —insinúa el desconocido con una sonrisa en sus labios.

Los jóvenes sienten que han luchado para nada y que finalmente han perdido el preciado bosquecillo, sin embargo, Konbach baja la cremallera de su chaqueta y saca un pequeño fardo. Desenvuelve la tela y unas oscuras semillas brillan con luz propia.

—¿Qué diablos es eso? —pregunta desconcertado Lion.

—Semillas del árbol *ziva*. Era el árbol sagrado de los zetecas, su árbol de la vida y solo crece en las inmediaciones del Templo de Anandrya —explica con devoción.

—¿Y por qué las tienes tú? —demanda el joven contrariado.

—Las oculté porque los Mala Sombra se han encargado de esparcir el rumor de que hasta que no se hayan extinguido todas estas semillas, no se marcharán de aquí —confiesa tristemente—, pero es una vil mentira.

—No tenemos nada que perder intentándolo —rezonga el hombre de la barba.

—¡Pues claro que sí! ¿Es que no lo entiendes aún? Quieren despojarnos de cualquier oportunidad de salvación. Los zetecas sabían que este árbol y en especial su fruto, es capaz de sanar cualquier enfermedad —todos lo miran

desconcertados—. ¿Os imagináis resolver este conflicto con un antídoto en lugar de con más veneno?



Abandonan el bosquecillo de la azotea en un mutismo sepulcral. Los invasores no han tenido bastante con el botín y amenazan con tomar represalias contra los muchachos que han defendido Nebulose. No hay miedo en sus rostros, sino un leve hastío que amenaza con torturarlos mucho más que cualquier otra condena.

Las escaleras están llenas de escombros y el edificio apenas se mantiene en pie después de aquel salvaje ataque. Poco les importa a los intrusos acabar con el hogar de aquellas personas que con tanto ahínco han cuidado y mejorado aquellas ruinas.

Después del caos que se ha generado escaleras abajo, los acaban encerrando en la temida habitación sin ventanas de la que no tienen un especial recuerdo. Esta vez la oscuridad los envuelve con un halo de muerte menos sutil que la vez anterior.

—Esto no se va a acabar nunca —rezonga Lily con su habitual mal humor. Anne la abraza en la oscuridad para hacerle saber que no está sola.

—Se desharán de las semillas, estamos perdidos —asegura la voz de Konbach al que no pueden ver, pero que ahora sitúan en algún lugar de la estancia.

—¿Las tenías todas tú? —pregunta Lion desconcertado, aún está asimilando el significado de todo aquello.

—Sí —responde al final de un largo silencio.

—¿Y crees realmente que nos salvarían? —demanda un Lion extremadamente incrédulo. Hace mucho que solo se fía de lo que ven sus ojos

y confiar en que un árbol y sus frutos puedan salvarlos de los demonios de la noche invita demasiado a la imaginación.

—Las antiguas leyendas cuentan que Zaranya, la diosa-sol, regaló estas semillas a su hermana Fangadah, la diosa-tierra; y que de ellas creció un árbol de hojas plateadas. Su fruto, del tamaño y forma de un huevo de oca, también del color de sus hojas; curaba cualquier enfermedad y las diosas lo otorgaban a aquellos humanos valientes que se hubieran dedicado en algún momento de su vida a alejar la oscuridad.

»Con el paso del tiempo, los aldeanos de la desaparecida ciudad de Zaphireh, lo llamaron el *fruto de la luna* y lo consagraron a la diosa-loba lunar Anandyra, porque era la única capaz de desafiar a la temida noche...

Un silencio incómodo envuelve a los prisioneros que no pueden intercambiar miradas por la falta de luz, pero que se conocen lo suficiente como para saber qué están pensando el resto.

—Mira, no quiero despreciar tus palabras, pero eso es solo una leyenda y esto es la vida real. Curar una enfermedad no es cómo deshacerse de un drakko —confiesa finalmente Lion con cierto tacto. Konbach no le cae del todo mal.

—No es solo una leyenda —replica Laryon con un hilo de voz, como si aún llevara las manos de aquel tipo impresas en su garganta.

—Descendemos directamente del pueblo zeteca, nuestros antepasados se aseguraron de que toda la familia conociera las viejas leyendas. No es solo mitología. Los drakko eran monstruos que aterrorizaban al mundo hace milenios y los kharos, los héroes que acababan con ellos. Y son reales. ¿Por qué no iba a ser el resto verdad? —continúa Konbach tras la intervención de su hermana.

De nuevo el silencio los engulle masticando aquella nueva información. Cierto es que nadie hubiera augurado el futuro que les aguardaba y que pocas

personas hubieran creído en demonios más allá de los libros y las películas. Despertar una noche con el miedo sembrando las calles de la urbe había hecho caer viejos mitos y se habían levantado otros increíbles.

—Es arriesgar demasiado —señala Lion sin mucha convicción. Es reticente y sigue sin comprender demasiadas cosas—. Un fruto mágico... ¿a quién tiene que curar?

—A los demonios... —sentencia Laryon tras un prolongado silencio. El resto se hace eco de aquella respuesta, pero sus miradas de estupefacción se pierden en la oscuridad de aquella habitación.

Con un estruendo, la puerta que los mantiene presos se derrumba en el suelo a escasos centímetros de Valer que recula asustado hasta sentarse a los pies de Anne. Un hombre se perfila contra el marco desvencijado de la puerta. Su silueta contrasta contra algún tipo de luz que inunda el pasillo. Un cabello largo y oscuro y la empuñadura de una espada sobresaliendo de su hombro izquierdo, es lo único que vislumbran.

—Otto... —susurra Konbach con estupefacción.

—Vamos amigo, tenemos que liberar a Lesya —le insta el recién llegado mientras todos se ponen de pie para abandonar la asfixiante habitación.

Aquellos nombres se gravan a fuego en sus oídos porque ya los han escuchado antes y Lion siente, mientras camina hacia la puerta, que el puñal que lleva escondido de nuevo en su cintura pesa como nunca. Y la extraña inscripción de la hoja parece quemarle la piel como si reaccionara al kharos, como si lo llamara a gritos, y el joven aprieta los labios conteniendo un inesperado dolor.

## 11. SECRETOS DEL ALMA

Mis ojos atisban una pequeña parcela del enmohecido techo donde unas manchas informes crean mapas imposibles hacia lugares que solo he soñado con alcanzar. Albergo como siempre la esperanza de que todo haya sido una pesadilla horrible y cada vez que abro los ojos creo que he conseguido finalmente despertar. Sin embargo un dolor lacerante en mi espalda me avisa de que el sueño sigue activo y vivo atrapada de nuevo en los terrores nocturnos de esta colegiala que mataría por volver a un aula.

Quiero incorporarme, pero no puedo. El dolor es demasiado profundo para apoyarme en mi espalda, así que permanezco boca abajo con los brazos plegados bajo mi cabeza. A mi lado hay una sombra que se apoya sobre la pared.

Lud asoma su liviana cabellera oscura y le sonrío sin ganas. Tiene los ojos hinchados de llorar, pero consigue sacar una medio sonrisa de algún lugar secreto y recóndito en sus adentros y se lo agradezco con una paz infinita.

—¿Cómo estás? —le pregunto con voz ronca. Su sonrisa se amplía y dibuja una extraña mueca en su rostro enrojecido por las lágrimas.

—Eso debería preguntártelo yo... —dice con voz seria.

—Estoy bien, un poco magullada —miento lo mejor que sé. Ella asiente y desvía su mirada hacia mi espalda que a buen seguro es una carnicería. Ni siquiera sé cómo estoy viva.

—Ya es de noche, Lesya... —me avisa reprimiendo la emoción. Sé exactamente lo que quiere decirme y suspiro sintiendo que el dolor recorre de nuevo mi cuerpo en una oleada salvaje.

—No te preocupes —le resto importancia, aunque sé lo que viene después.

Los Mala Sombra van a arrastrarme con ellos y... sorprendentemente recuerdo lo que me harán después. El velo que tenía atrapados mis recuerdos se disipa y fogonazos de esa historia rara acaecida durante esos tres años olvidados de mi vida, me invaden con la furia de un huracán.

—No quiero que mueras, Lesya, por favor... pero algunos... algunos hablan de acallar el sufrimiento antes de que lo hagan ellos —murmura Lud a mi lado rompiendo la cadena de mis pensamientos.

—Gracias por la preocupación, preciosa, pero sé apañármelas. Sin riesgo no hay victoria —su rostro es ahora la viva imagen de la desolación y denota una conmoción a la que seguramente ni siquiera ella pueda ponerle nombre.

No importa demasiado el grado de desesperación de aquellos presos, los entiendo. Ninguno de los que se han llevado ha vuelto para explicarles qué les han hecho los Mala Sombra y han deducido que los matan. Pero yo sé la verdad y sobre todo comprendo nerviosa que a mí no van a poderme hacer lo que al resto, me descubrirán. Soy una kharos y querrán sacrificarme a la diosa-loba.

Mi vida no es más importante que la de ninguna persona que se encuentra allí, sin embargo mi muerte puede ser el fin de una esperanza. Tengo que evitar a toda costa que me descubran y no tengo ni idea de cómo hacerlo aún.



No han pasado ni dos horas desde que la noche se haya convertido en mi enemiga. Amparada en las sombras del concurrido recinto deseo hacerme invisible, aunque unas marcas en mi espalda llaman poderosamente la atención. Mimetizarme con la pared ha dejado de ser un juego al que pueda optar y permanezco en la misma posición guardando mis últimas energías y pensando.

Se me acaban las ideas en el momento en que escucho el sonido chirriante de la verja de entrada y el crujido de los barrotes de plata que nos alejan del exterior. Un mutismo sepulcral recorre los desiertos pasillos y probablemente el espectáculo del día anterior no se repetirá porque mi espalda es suficiente reclamo para amedrentar a cualquiera.

Lud me ayuda a incorporarme y torpemente me apoyo en la pared. Dos Mala Sombra me encuentran con tanta rapidez que creo que huelen la sangre fresca. Reconozco al más alto de ellos y un escalofrío me recorre la piel, es Yereny.

Esboza una sonrisa socarrona que asoma grotesca en aquel rostro desprovisto de facciones y personalidad. Sus ojos relampaguean en aquella semioscuridad y lo maldigo con todo el peso de mis entrañas.

Renqueo dolorida hasta llegar a ellos, puesto que negarme a ir solo me otorgará un sufrimiento más largo. Un joven es conducido hasta allí por el otro señor del abismo y nos encontramos en el abandonado pasillo.

—¡Lesya! —exclama con voz desgarrada Lud y me vuelvo hacia ella con una sonrisa pintada en la cara.

—Cúidate, Lud —le aconsejo con las lágrimas agolpándose en mis ojos, ella llora desconsoladamente ya. Ha sido como alcanzar una estrella y sentir que su luz se desvanece entre mis manos—. Volveré a por ti... —murmuro y ella asiente lentamente, quizás para no llevarme la contra en un momento como aquel o porque realmente me cree.

Yereny me empuja hacia la salida y los barrotes de plata brillan con sus fauces abiertas a la noche infinita. Un alarido en mitad del silencio clama como un augurio y me estremezco al pensar que tal vez, sea el fin.



La noche es una cobarde huidiza que tiembla. Apenas silba el viento en la explanada que circunda el amplio recinto de FireCross y un remolino de polvo se levanta girando impasible a nuestro alrededor. Desde allí no pueden verse los barrotes que a buen seguro vuelven a encerrar a todas aquellas personas dentro.

Lud. Siento que la abandono en mitad de aquella noche sin tregua, aunque pudo correr peor suerte. Mientras hay vida, hay esperanza y espero que esto se acabe antes de que sea llamada a rendir cuentas como lo hago yo en estos momentos.

Un dolor lacerante me mantiene despierta y la mente activa como una flecha. Quiero saltar sobre ellos y arrancarles el corazón. Un chiquillo a mi lado gime cada vez que el Mala Sombra que lo conduce bajo la amenaza de su látigo, lo roza ligeramente. Quizás aún no ha entendido que si no se calla, lo siguiente que lamentará será una cicatriz en su espalda. Lo miro de reojo, pero no capta mi mirada. Lejos está su mente de encontrarse con la mía y cualquier esperanza de coalición para salir de ese atolladero se desvanece. Estoy sola.

El paseo se detiene justo en el centro de aquella tierra yerma y vislumbro a mi alrededor un enorme círculo de luz que nos rodea. La polvorienta explanada se convierte entonces en un improvisado altar y ambos Mala Sombra levantan sus manos al cielo entonando un mantra desconocido.

Reconozco el idioma zeteca porque también es el idioma de Otto. Recordarlo ahora es más doloroso que cualquier latigazo y aprieto la mandíbula para no gritar. Un vago recuerdo lo plasma en mi mente encaramado a un tejado viéndome partir con aquellos desalmados y comprendo qué debe estar sintiendo. Esto puede ser el fin.

—Parece que es tu día de suerte, bonita. Vas a ser la primera —escupe Yereny con los extraños tatuajes moviéndose por su piel blanquecina.

—En arrancarte el corazón, tal vez —espeto cansada. Ganarme su

enemistad puede acelerar una muerte segura o proporcionarme un valioso momento para escapar.

—¡Estás muerta! —grita en mi dirección a dos pasos de distancia.

No tengo mi daga y las únicas armas que poseo están engarzadas en mi cuerpo. Levanta una mano y una luz incandescente se proyecta en todas direcciones. Entorno los ojos, preparada para la única oportunidad que a buen seguro poseeré.

Sin embargo, el otro Mala Sombra lo detiene y él apaga la luz de su mano a regañadientes, frustrando su diversión y castigo. Nada es suficiente para ellos. Las heridas de mi espalda son un sello personal que nunca caduca.

De repente, un fuego extraño cruza el cielo. Una llamarada navega encima de las nubes cenicientas y un torbellino incandescente desciende hacia el círculo de luz en el que nos hallamos los cuatro. El chico grita de miedo y yo me tapo los ojos en un primer intento reflejo de no quedar cegada y vulnerable ante ellos.

—*¡Zokothol emani degulak!* —exclama un eufórico Yereny y miro a través de mis dedos.

No entiendo lo que dice, aunque *Zokoth* me suena extrañamente familiar. Una de sus manos ha conseguido sujetar el fuego celestial que ha caído sobre nosotros y la otra apunta directamente hacia mí. Estoy perdida.

Si algo he aprendido en esta vida miserable es que hay que vivir hasta el último instante, nunca darme por rendida hasta que no quede ya ni un ápice de sangre por la que luchar. Elevar el alma para que nunca pueda tocar el suelo, besar la llama si es el arma que me aniquilará.

Un fognazo de luz sale disparado finalmente de aquella mano que no me olvida, pero no rebajo la mirada hasta que me derriba. El extraño fulgor se desvanece poco a poco, pero no he sentido ningún dolor. Será que la muerte es rápida y menos fatigosa de lo que cuentan las leyendas.

La noche engulle de nuevo mi vista y observo horrorizada al muchacho comprendiendo que sigo al otro lado de la frontera del paraíso, de nuevo vetado para mí en mi persistente penitencia mundana. Me observo las manos y luego el resto del cuerpo que siguen intactas. Sé lo que ha estado a punto de ocurrir y un escalofrío me lame las entrañas. Sin embargo, ¿a quién quiero engañar? Soy una kharos y mi alma de plata me defiende contra la adversidad.

Una mano me levanta del suelo y me aprieta la garganta. Yereny inyecta su mirada venenosa sobre mí. Su aliento fétido me barre la cara, pero no consigue amedrentarme.

—Una kharos —escupe siseando como la serpiente que es.

Los drakko solo son reflejos de sus creadores. Que no me hayan podido transformar en una les revela lo que realmente soy. Y si bien pierden a un demonio, ganan una posibilidad de ganar esa batalla. El sacrificio de un alma de plata en el Santuario de Anandrya otorga el dominio de aquella tierra sagrada a los Mala Sombra y a su señor, Zokoth, el dios-fuego.

Un silbido en la noche corta el viento y atraviesa el imponente círculo de luz. Con un grito, Yereny me suelta y se lleva la mano al pecho del que sobresale la punta plateada de una flecha. Reculo instintivamente pateando el polvo, pero su mirada se ha desviado ya hacia atrás donde algunas sombras se agolpan alrededor, aguardando.

—¡Me has hecho un regalo muy especial, Otto! —exclama el Mala Sombra que le guarda un gran recelo.

—No vuelvas a tocarla... —lo amenaza Otto desde algún lugar al que mi mirada no puede llegar.

—Los obsequios se disfrutan —continúa malmetiendo Yereny con una sonrisa mientras da un paso en mi dirección.

Una nueva saeta se ensarta en su pecho y grita. Sin embargo, nada de aquello parece frenarlo y avanza tambaleante hacia mí. Consigo levantarme y

renqueante, llego hasta el borde del círculo a través del cual no puedo pasar. Una barrera invisible e infranqueable me mantiene cautiva mientras la visión del Mala Sombra acercándose me inquieta cada vez más.

Su compañero aguarda impassible con el brillo carmesí de sus ojos atravesándome y el muchacho hace rato que ha callado fruto de un horror sin fin. Apenas nos separan cinco pasos y casi diviso el reloj de arena contando hacia atrás. Mi corazón galopa frenético sintiendo que a la poste, todo lo he hecho mal.

Dejé que aquel aguijón me rozara, perdí la memoria, descubrí que los ojos de los drakko podían llorar... No hay peor enemigo que aquel que nunca pensaste que te quisiera matar. Por eso cada demonio de la noche que aniquilo es una condena, por eso solo nosotros los podemos liquidar. Ni siquiera hemos sido elegidos para una misión de héroes, somos verdugos concedores de las vidas que hay detrás de esas temidas máscaras. Pero sin un antídoto solo son sombras vagando por la ciudad. Asesinos con el alma presa en algún lugar. Somos exterminadores de promesas y sabemos que la magia solo funciona cuando empezamos a soñar.

Algo se clava en mitad de aquella pared que me acorrala y escucho cómo se resquebraja en mil pedazos. Lo que la ha roto cae a mis pies. La hoja de mi puñal brilla con luz propia desafiando al círculo que va menguando en intensidad hasta desaparecer. Lo recojo del suelo casi con nostalgia y la empuñadura se adapta a mis dedos como si nunca me hubiera abandonado. Lo beso furtivamente. No va a estar lejos mucho tiempo.

Lo lanzo al corazón de Yereny y como buen demonio de fuego que es, le atravieso el corazón convirtiéndolo en una explosión de llamas y ceniza. Luego me arrodillo vencida y lloro. Unas manos me abrazan por la espalda y me susurran al oído.

—Somos uno... —Y siento que cada cosa que me ha salido mal ya no tiene

sentido y que el único círculo que me importa es el de la vida.

## 12. LA HECHICERA

Apenas quedan algunas horas para que despunte el día y ya llevan un buen rato en las calles. Las viejas farolas encorvadas hacia el suelo los saludan con sus ojos ciegos. No desprenden la luz que deberían y semejan un esqueleto roto rodeando la antigua avenida central de Sapphire.

Lion camina un poco apesadumbrado sin fijarse demasiado en las sombras que los rodean. Entiende que si se acerca un demonio, sus alaridos lo harán bajar de las nubes. Sin embargo, algo lo aterriza. No es la extraña sensación de ser perseguidos, aunque debería asustarle el hecho de que han acabado con dos Mala Sombra y que eso siempre acarrea consecuencias. Es la temible decepción que antecede a la pérdida de la esperanza.

El joven y sus compañeros de prisión han acompañado a Konbach y al propio Otto a rescatar a Lesya. Volver tan cerca del recinto carcelario ha sido demoledor para todos, pero se han permitido su pequeña venganza acabando con el Mala Sombra que ha quedado en pie. A pesar de todo, sigue sintiendo que la recompensa siempre es más sangrienta que la anterior y que está perdiendo su humanidad. Tal vez, al final se conviertan realmente en los monstruos que aquellos desalmados les quieren obligar a ser.

Descubrir qué son en realidad los drakko ha sido un varapalo para Lion que ha llegado a odiar a aquellas bestias. Y comprender finalmente que los otros presos nunca más volverán a ser humanos lo ha sumido en una reflexión profunda.

—Necesitamos encontrar semillas de ziva —confiesa un atormentado Lion en dirección a Konbach.

—Otto me ha asegurado que los interrogaron, él y los guardias de Los

Portales y no las tenían ya —repone el hombre desanimado.

—Tal vez sea la única oportunidad que tenemos de revertir el efecto de Zokoth, tiene que haber más —lamenta el joven.

Ha escuchado atentamente la historia sobre los antiguos dioses que moraban en aquellas tierras hace miles de años y cree comprender que cuando la divinidad crea un veneno envía también el antídoto. En algún lugar de Sapphire tiene que estar la respuesta y tal vez se hallen ante ella. Un fruto sagrado capaz de curar a los drakko, de devolverles su humanidad.

Una fina lluvia empieza a barrer las calles y ambos miran al cielo en señal de protesta. Las ramas de los árboles se agitan con bravura y en el caos de la tormenta se escucha el alarido de un demonio de la noche.

Lion siente que la piel se le eriza y que aquellos molestos sonidos que antes le repugnaban ahora son gritos de desesperación y clemencia de todos aquellos que se han visto abocados a aquella miserable vida. ¿Sentirán que están atrapados en otros cuerpos, que su transformación es irreversible o que no encuentran forma de escapar de aquellos demonios que nublan su voluntad? ¿Recordarán lo que un día fueron...?

June se aferra de su brazo y el joven la mira intrigado. Tiene el largo cabello rubio despeinado y ligeramente mojado, pero a ella no le importa. Sonríe tímidamente y casi puede leerle la mente.

—Encontraremos la manera de devolverlos a su vida... —promete el joven. Ella asiente reconfortada como si ya esperara aquel anuncio.

—No puedo creerlo aún. Estuvimos a punto de convertirnos en uno —le recuerda con una mueca.

—No te preocupes ahora, conmigo siempre estarás a salvo —anuncia Lion protector y ella le envía una mirada indescifrable. Siente que no debe alimentar el romance incipiente que nunca acaba de cuajar en ellos, pero no puede evitar que aquel instinto guardián se apodere de él cada vez que la

joven está cerca.

Los kharos han desaparecido en la noche en cuanto Lesya se ha visto libre y el joven intuye que han ido a que le curen aquellas espantosas heridas que le cubrían la espalda. Ahora, Konbach los conduce a otro lugar diferente, sorteando las calles y evitando algún drakko rezagado volviendo a su oscura ciénaga.

Asegura que Nebulose ya no puede ser su refugio y que sería absurdo continuar allí. Algunos de sus compañeros han ido a recoger semillas, plantas y frutos, para empezar en algún otro lugar.

De momento, aquella noche la pasarán en Los Portales, donde nunca han estado, pero sí han oído hablar. El grupo avanza casi trágicamente después de haber abandonado las inmediaciones de FireCross a toda prisa. Seguramente los Mala Sombra hayan llegado ya y comprobado lo ocurrido. Nada les queda más que una huida a la desesperada por la ratonera de la urbe a aquellas horas, en los laberintos perdidos e infectados de demonios de la noche hambrientos de sus vidas.

Konbach los guía en silencio encerrado en aquellos pensamientos suyos que parecen llevarlo siempre muy lejos. Lion cree que el hombre tiene demasiados secretos y se dispone a averiguarlos todos.

—Camélatelo —susurra Lion mientras no le quita el ojo de encima a su improvisado guía.

—¿Qué? —pregunta incrédula June con una mueca de disgusto.

—A mí me da largas. Necesito que te ganes su confianza —le explica pacientemente el joven.

—Pídeselo a Lily —escupe la muchacha ofendida—. ¿Por qué yo?

—Porque desde que le hablaste de los zetecas te mira diferente. Le gustas. Y eso tiene que jugar en nuestro favor. Y que a Lily no le cae bien nadie, mucho me temo que en lugar de revelarnos nada nos dejaría tirados en

cualquier nido de demonios para deshacerse de nosotros. Sutileza. Es lo único que te pido.

—Me pides un mundo —suspira June que sigue disgustada—. ¿Qué información necesitas?

—Cualquier cosa, pero sobre todo dónde puede haber más semillas de ziva, información sobre esos árboles que no conocemos ya, sobre el templo, los zetecas y...su historia —susurra nervioso—. Algo que nos saque de ésta.

—No prometo nada y si se pone pesado lo dejo, ¿está claro? —amenaza la joven con una medio sonrisa atrapada en la noche.

—Muy claro.

Se desvían de la destartalada avenida y se sumergen en un polvorín de barrios semiderruidos que semejan muros infranqueables. Al amparo de la oscuridad les cuesta comprender que aquellas paredes de escombros no son naturales y que han sido creadas por los supervivientes de la urbe. Se trata de anillos concéntricos con diversos pasillos, de difícil entrada y salida, apostados en los alrededores de una especie de fortaleza. Son un laberinto de piedra y polvo vigilados por hieráticos centinelas camuflados en las sombras.

—¿Los Mala Sombra nunca llegan hasta aquí? —pregunta Lion desconcertado, pues no cree que aquellos rudimentarios muros puedan ahuyentar a los señores del abismo.

—Llegan y se van —responde Konbach secamente, envolviendo la situación en un velo de misterio que no hace más que enfadar al joven.

—¿Por qué? —Lion comienza a ponerse nervioso justo a las puertas de la fortaleza que aparece al final de un largo pasillo entre muros.

—Por la hechicera. En su día fue sacerdotisa de Anandyra, la diosa-loba lunar. Aún posee mucho de aquel antiguo poder que la protegía y ellos temen enfrentarse abiertamente a ella —confiesa Konbach henchido de orgullo, pero al joven le parece una vaga argumentación.

Los Mala Sombra nunca se detienen ante nada ¿Por qué iban a hacerlo ante una hechicera venida a menos? ¿Qué hace allí? ¿De dónde ha salido? Todas aquellas preguntas toman forma en su mente mientras la puerta se abre y aparece una mujer.

Viste con una túnica blanca que de lejos puede semejar a un vestido. Su larga cabellera negra cuelga en suaves ondas más allá de la cintura y su rostro rosado y bello los saluda estratégicamente desde un arco de piedra. Puede parecer un encuentro fortuito, pero ella sabía perfectamente que estaban por llegar. Es una ciudad ajada y triste, pero pocos secretos se ocultan en sus calles.

—Ella es Nathania, nuestra hechicera zeteca. Ellos son los fugados de FireCross —presenta Konbach con rostro cansado. June no se despegaba de su lado desde hace un buen rato.

La hechicera los repasa con la mirada, sopesándolos, intentando averiguar de lo que son capaces y cuán útiles pueden llegar a ser. En un mundo de brutalidad y pura supervivencia, aquellas valoraciones sin tacto están a la orden del día. Luchas o mueres.

Finalmente, la mujer asiente convencida de que puede sacarles algún provecho y se aparta de la puerta para dejarlos pasar. Están cansados y desean que se escurra la noche de una vez por todas para empezar un nuevo día con algo más de dignidad.

El interior tiene grandes salones templados por las chimeneas que descargan sus llamas contra todo tipo de madera que antaño había pertenecido a algún mobiliario. Apenas se divisan algunas mesas y largos bancos de hierro que debían adornar las terrazas. La madera solo sirve para ser quemada, intuyen ante el vacío que se encuentran. Y el calor es un agradable bálsamo penitente en sus cuerpos hastiados de tanto rodar por las endemoniadas calles.

El té pronto les calienta las gargantas desgarradas de tanto callar las penas

y al fin se sienten tan a salvo como aquellas paredes puedan protegerlos. Nada importa realmente, más que sobrevivir un día más. La hechicera se sienta con ellos y atiza las brasas con un largo palo de madera chamuscado en la punta, su mirada permanece pensativa entre las llamas que amenazan con consumirse.

—¿No estás contento? —pregunta un emocionado Valer que se pasa la mano entre la barba desaliñada y mira a Lion con una sonrisa.

—¿De qué hablas? —demanda a su vez el joven que cree que el hombre necesita descanso o algo más fuerte que un té.

—Al fin la has encontrado.

—¿A quién? —Lion no entiende nada y lo mira desconcertado.

—A la dama de la explanada —confirma Valer señalando con la cabeza a Nathania que sigue sumida en las sombras de sus pensamientos. Ambos la observan en silencio recordando sus largos paseos por las inmediaciones de FireCross y preguntándose si había sido una casualidad.

Que aquella extraña mujer se paseara casi diariamente tan cerca de la prisión puede tener algo que ver con que ahora estén sentados a su mesa. Rara vez las coincidencias ocurren en una ciudad devastada como aquella. Pero el joven se pregunta, entre la fascinación y la cautela, qué espera obtener de ellos.

Sin previo aviso, las enojadas llamas de la chimenea crecen hasta superar la piedra que las rodea y comienzan a lamer despiadadamente las manos de la hechicera que las sumerge en el fuego sin ningún temor. El grupo recién llegado contiene el aliento y se levantan casi al unísono antes de recular instintivamente hacia atrás. La propia Nathania se zambulle en la masa de fuego creciente y un fulgor hiriente rellena la estancia.

Una extraña luz los baña en un incansable intento de sumirlos en un vacío existencial al que ninguno de ellos da tregua. Rasgan con sus manos el aire que los aprieta y gritan ahogadamente mientras un torbellino eléctrico hace

convulsionar sus cuerpos vulnerables. Un dolor espeluznante los recorre de la cabeza a los pies mientras se escucha un chirriante canto de mujer.

Sus cuerpos se retuercen en la clandestinidad de aquella habitación cerrada y finalmente, caen desmayados sobre el suelo pelado sin frío alguno, cuando un calor sofocante y extremo los envuelve en un halo perverso.



June despierta con el cuerpo dolorido. No recuerda apenas nada de la noche anterior, pero ahora el brillo del sol se cuela a través de una contraventana mal cerrada. Mira a su alrededor y descubre al resto de sus compañeros esparcidos por el suelo. No hay rastro de Konbach ni de la hechicera y la joven se pregunta qué ha ocurrido.

Cómo si pudiera saber que ya está despierta, el zeteca entra en la estancia y se la queda mirando absorto. Lion se despierta entonces y clava sus oscuros ojos en él, en una rivalidad sin palabras a la que la joven no puede poner nombre.

—¿Qué diablos ha pasado? ¿Nos drogasteis o qué? —pregunta el joven masajeándose las sienas.

—Estabais muy cansados y os quedasteis dormidos —responde Konbach seriamente.

June siente un escalofrío y aquella larga mirada que le ha dedicado antes le pone la piel de gallina. Han estado expuestos a estos desconocidos y se siente terriblemente vulnerable. Valer y las gemelas despiertan tan desconcertados como ellos y se miran en silencio.

Es entonces cuando Konbach decide abandonar la habitación y dejarlos de nuevo a solas. June se levanta rápidamente y se agacha junto a Lion.

—No recuerdo nada de anoche. ¿Qué nos han hecho? —demanda la joven

con temor.

—Nosotras tampoco —reconoce Lily con una mueca.

—Había... ¿llamas? —asegura incómodo Lion mientras se estruja la mente en busca de su último recuerdo.

El grupo entero mira en ese instante hacia la chimenea apagada y el frío de la estancia se hace más incipiente como si gritara a sus perdidos moradores que nunca han visto siquiera fuego allí. Lion suspira con una mirada asesina a la puerta por la que ha desaparecido Konbach y Valer abraza a las gemelas a las que está muy unido.

June decide entonces hacer uso de su pacto con Lion y se abalanza sobre la puerta cerrada. Incomprensiblemente, se abre a un lóbrego pasillo por el que la figura del hombre se pierde. No tiene tiempo para pensar y se zambulle en terreno desconocido con un mal presagio comprimiéndole las entrañas.

—¡Konbach! —exclama la joven con el corazón acelerado. Siempre ha sido una persona tímida y correr riesgos nunca ha entrado en sus planes. Enfrentarse a aquellos miedos es una forma de rebelarse contra sí misma.

—¿Qué ocurre? —pregunta el hombre de cabello rizado mientras se da la vuelta.

—Quería... darte las gracias por habernos conducido a un lugar seguro —comienza June sin saber qué está haciendo realmente—. Hacía tiempo que no nos ayudaba nadie.

—Claro, no hay de qué. Los Portales es más un sitio de paso, pero suelen recibir bien a todo el que lucha en la Resistencia contra los Mala Sombra —confiesa Konbach distraído.

—Es un lugar... muy extraño. Me gustaría saber más sobre él, todo lo de los zetecas me fascina —exagera la joven para ganarse su confianza. Él sonríe complacido y le señala la puerta abierta de una habitación.

—Antiguamente, Sapphireh poseía su propio altar a otra dimensión. Un

conjunto armónico de pórticos de piedra formando una circunferencia, por los que se podía viajar a diferentes dimensiones. Los zetecas los llamaban vulgarmente *Los Portales*, dando nombre al lugar en el que nos encontramos hoy.

»Con el tiempo y la caída del pueblo zeteca, fueron derruidos y sus piedras consagradas a otras edificaciones. Los viejos portales interdimensionales se perdieron, o casi todos lo hicieron.

»Quizás aquí ya no quede ninguno y nos consolemos con el nombre, pero se dice que en algún lugar cerca del Templo de Anandyra aún puede verse el resplandor de la luz del cosmos traspasando el umbral entre mundos — comenta Konbach con un brillo especial en la mirada.

La habitación resulta ser una pequeña biblioteca y ver libros a su alrededor le produce a la joven un sentimiento extraño de nostalgia. Repasa con la mirada los cientos de ejemplares que se hallan esparcidos por toda la estancia y comprende que un saber, quizás muy antiguo, recorre aquellas paredes dotando de poder a la increíble masa ingente de palabras que se desbordan por las estanterías.

—Es increíble. Portales entre dimensiones... Ni siquiera pensaba que eso fuera posible.

—Nathania cree que puede abrir un portal —confiesa el hombre en voz baja—. Si lo consigue podríamos pasar al otro lado y huir de aquí.

—¡Eso es genial! —espeta la joven impresionada—. Pero, ¿a dónde nos llevaría?

—Nadie lo sabe, esa es la pega. Los Mala Sombra consiguieron abrir uno en las montañas, por el que llegaron. Podríamos acabar en sus garras, desprotegidos.

—¿Y qué pensáis hacer entonces si consigue abrirlo? —demanda June confusa.

—Queremos que entréis vosotros.



Llevan todo el día deambulando por aquella extraña fortaleza que posee demasiadas puertas cerradas. Algunos guardias les cierran el paso a diferentes lugares a los que parece que no tienen acceso y Lion comienza a impacientarse.

June ha vuelto nerviosa de su encuentro con Konbach y apenas ha revelado algo sobre unos portales y ser víctimas de aquella maldita vida. Luego se ha sumido en un frágil mutismo y no tiene pensado hablar hasta que resuelva lo que quiera que le ronde por dentro.

Valer y él mismo están sentados sobre un jergón en una de las innumerables habitaciones que posee el refugio. Ahora está casi seguro de que aquello había sido un colegio con anterioridad.

—Celebro que estéis con nosotros —sentencia Nathania penetrando en la misma habitación y plantándose delante de ellos. Ambos levantan la cabeza y la miran con curiosidad.

—Pasan cosas raras en este lugar —espetea Lion condescendiente.

—Son tiempos extraños —razona la mujer con una sonrisa en los labios contra lo que el joven no puede debatir.

—Eres la dama de la explanada, nos venías a ver —revela Valer con inocencia y su compañero se pregunta hasta qué punto se hace el loco.

—Sí, os buscaba —repite la hechicera sin esconderse y Lion siente un leve temblor en sus manos que no sabe discernir entre el miedo, la ira o la admiración.

—¿Por qué? —demanda Lion sabiendo que es la pregunta esperada. Ella sonríe.

—Buscaba hombres valerosos como vosotros —confiesa Nathania justo antes de agacharse y acariciarles el rostro a ambos con cada una de sus manos. Ellos permanecen fascinados por la cadencia de su voz y el embrujo de su mirada, incapaces de moverse o de retirar sus ojos de su belleza mágica.

—¿Para qué? —consigue preguntar el joven con una relajada expresión en su rostro.

—Para que os infiltréis entre los drakko y acabéis con los Mala Sombra —sentencia la mujer como un mal augurio y los rostros de ambos quedan tallados en piedra.

Ninguno osa rebatir aquella confesión, pero no quieren llevar a cabo tal misión. Sin embargo, la magnética presencia de la hechicera mina sus palabras y solo consiguen permanecer callados mientras cientos de pensamientos terroríficos los asaltan.

Un demonio de la noche se perfila con sus fauces abiertas hacia el infierno del que proviene, imaginando cómo deberá sentirse. Lion recrea aquel horrible pensamiento hora tras hora sumido en el mismo mutismo que Valer y June. Han caído en la trampa de una cárcel más oscura o quizás el destino los esté usando para su propio beneficio. «*Luchas o mueres, y a veces por el camino, sufres y padeces*».

### 13. EL SORNA

Las heridas siguen escociéndome la piel como si llevara adheridas brasas encendidas, pero hace rato que el dolor solo es un reflejo mortecino de lo que he sentido antes. Otto tiene el mejor ungüento que conozco y sus besos siempre han sido el mejor bálsamo para cicatrizar la piel. Siento como me reconforta su presencia y su aliento en mi cuello me relaja mientras se queda dormido.

Mis pesadillas en cambio no quieren darme tregua y fijo la mirada en la tenue luz que se filtra a través de los cristales polvorientos de la vieja fábrica. Podríamos haber buscado otro nuevo refugio y sin embargo, volvemos a estar tumbados sobre el mismo colchón raído en nuestra pequeña parcela de ensueño. Sabiendo que los Mala Sombra conocen este lugar, arriesgando nuestras vidas.

La privacidad y las comodidades han quedado atrás hace ya mucho y vivimos cada día pensando que puede ser el último. Cualquier otro deseo que no sea estar juntos es una pérdida de tiempo y fuerza que no merecemos.

Los alaridos han dejado de escucharse hace ya algunas horas y la tranquilidad de la mañana solo alberga otro tipo de terrores aún más crueles y difíciles de entender. ¿Por qué habría un dios de dedicarse a acabar con todos los humanos? Una duda me asalta mientras rebullo intranquila y mi respiración se acelera.

—Estás a salvo —protesta Otto notando mi nerviosismo. Lo miro de refilón, tiene los ojos cerrados, pero no se le escapa una.

—Estaba pensando... tenemos que buscar otra forma de luchar contra ellos —sentencio haciéndole partícipe de mis oscuros pensamientos.

—Sé que es duro, pero no existe otra manera que no sea combatiéndolos.

Nathania dice que hay que mantenerlos a raya y que solo podemos hacerlo nosotros.

—Me da un poco igual lo que diga la hechicera. Ya estoy harta de matar inocentes. Tiene que haber otra forma —me desahogo y Otto guarda silencio recapacitando sobre mis palabras. Su fidelidad a Nathania es inquebrantable, pero sé que el amor que me profesa lo es aún más.

—Han robado las semillas del ziva que guardaba Konbach —sentencia con un hilo de voz, habiéndose reservado la puñalada. Trago saliva en un intento de deshacer el nudo de mi garganta.

—Cruzaremos el río —suelto inconscientemente animada por la idea de llegar hasta el único ziva que se mantiene en pie en las inmediaciones del Templo.

—Eso es imposible —replica mientras se recuesta sobre el colchón y yo me siento—. No podemos cruzar el Sorna. Los demonios viven ahí...

—Tiene que haber una manera, un paso, algo. Necesitamos esos frutos para devolver a los drakko su forma humana.

—La manera más segura sería abriendo un portal, pero es improbable que lo consigamos o que acertemos con el lugar. El cosmos alrededor de esta ciudad está sumido en el caos y los portales no son seguros —confiesa Otto mientras pierde su mirada tras los mismos cristales que yo.

El cabello negro y liso le cae sobre el torso desnudo y pálido, arremolinándose junto al clan de cicatrices que conforman tatuajes imposibles. Siempre siento la necesidad de acariciarlas una por una, pero me detengo a medio camino consciente de su tímida sonrisa. «No hay vida sin dolor», me dice al oído y un agónico lamento de mi alma se apaga con un beso furtivo.



—Repítemelo. ¿Cómo es el mundo de dónde vienes? ¿Por qué llegaste aquí con ellos? —insisto mientras le acaricio el rostro con la palma de la mano.

—Ya lo sabes.

—Mi memoria ha tenido mejores momentos —le comento mientras le presto toda mi atención. Creo que en alguna parte de su pasado puede existir alguna solución para lo que estamos viviendo.

—Helya y Sapphireh eran ciudades hermanas separadas por el río Azzor. Hablábamos la misma lengua, el zeteca, y teníamos las mismas costumbres. Todo cuanto nos separaba era una lengua de agua que serpenteaba entre dos orillas tan distantes y semejantes como pueden serlo dos hermanos.

»Pero en algún momento inexacto del pasado, una parte de los sacerdotes que veneraban a Anandyra, nuestra diosa-loba lunar, sucumbió a los encantos de Zokoth y emprendieron su particular cruzada con el mundo. Destruyeron Helya, mi hogar, desde sus montañas circundantes hasta sus húmedas orillas. No quedaba ni rastro de una de las dos ciudades consagradas a la luna, apenas el Templo se mantiene en pie y ha llegado hasta estos días como una sombra maldita. —Hace una pausa y se mira las manos—. Todos sus habitantes huyeron a Sapphireh y se creían a salvo, pero la amenaza latente de esos desertores del cielo no tiene fin.

»Buscan, arremeten y asesinan sin contemplaciones. Y la sangre le da poder a su dios, Zokoth el dios-fuego. Nada los detiene, excepto los kharos. Dicen de nosotros que estamos henchidos de la esencia de la luna, mágicos, sombras en la oscuridad... somos los guardianes del corazón de Anandyra y hemos derrotado con nuestra fuerza a los temidos *prazier*, los insurrectos.

»Sin embargo, no se han dado por vencidos, conocen la existencia de portales interdimensionales y han encontrado otra dimensión dónde no existen los dioses, ni los sacerdotes, ni guardianes... un futuro libre de magia. Se

llevaron a un preso, un kharos condenado a atravesar los umbrales del tiempo para ser sacrificado a la diosa-loba y obtener finalmente todo el poder que Zokoth anhela.

»Pero me escapé. Evadí mi lúgubre destino y prometí que nunca los dejaría acabar también con esta ciudad. Atrapado entre tiempos vivo al límite, derrotando sus planes y frenándoles el avance mientras me quede un ápice de vida... —acaba con un hilo de voz.

Ya he oído esa historia antes, pero me atenaza el corazón cada vez que la escucho. Porque Otto fue el kharos que querían sacrificar, porque huyó y ahora está conmigo, porque los conoce mejor que cualquiera de nosotros. Porque somos hijos de la luna en un sentido tan especial que ninguna poesía podría narrar lo importante que es para nosotros. Pura plata.

Un escalofrío recorre mi espalda y se ancla en las heridas que ya no sangran, pero que desprenden un calor irritante y palpitante. Es el recuerdo más vivo que tengo de que los Mala Sombra nunca descansan. Podrán variar de nombre según la época, pero siguen siendo la misma escoria de siempre asomados a espejos diferentes.



La noche me despista con los sueños que algún día colgué de las estrellas. Ahora son titilantes fantasmas que alumbran un claroscuro de tinieblas y laberínticas calles desiertas. Un búho alza el vuelo despavorido a nuestro paso y deja un reguero de plumas que me hace encoger la mirada. Hay un punto luminoso en la distancia.

Detenemos nuestro avance hacia Los Portales y examinamos con detenimiento al lobo blanco que se pasea nervioso calle abajo. Finalmente, se detiene sobre un saliente de piedra y nos encara. Hay un cruce de miradas que

llega hasta el cielo, donde las palabras no bastan para decirnos todo lo que queremos. Otto está rígido y aprieta los puños, sin embargo sus ojos brillan con una emoción desmesurada. Hay un diálogo mudo entre ellos que yo solo puedo entender a medias.

De repente, el animal aúlla y cubre cualquier alarido de *drakko* que pueda haber en las inmediaciones. Es un sonido intenso, de desahogo en el alma, de captura de un remanso del cielo venido a la tierra. Dura apenas un par de minutos y cuando termina y el lobo vuelve su vista hacia nosotros, su figura se desvanece y se transforma en centenares de volutas de luz que pueblan el aire de estrellas. Mis ojos navegan en aquella claridad mágica y siento una paz en el alma que solo me proporciona el amor de Otto.

Él pasa un brazo sobre mis hombros y me insta a salir de allí. Tardo unos segundos en responder pues es tal la belleza que admiro que quiero fijarla en mi retina para poder verla cada vez que cierro los ojos. Me rindo finalmente a la huida, sabiendo que el aullido habrá atraído a las bestias de la noche. Nada pasa desapercibido en Sapphire y los nuevos sonidos y luces son como un reclamo para la oscuridad que nunca se da por vencida.

Desaparecemos como dos sombras dejando atrás un enjambre de luces que se disipan lentamente en el mar de la noche. Cada vez con menos fuerza, sin rumbo fijo, luchamos por sobrevivir con la poca esperanza que aún nos queda.



Los Portales siguen en aquel edificio construido encima de las ruinas que ahora podrían darnos la libertad. Todos los intentos de Nathania por crear un portal han sido infructuosos y dudo que recupere nunca su antiguo poder. Cuando la convirtieron en un demonio de la noche le arrebataron su esencia y aunque la luna le haya concedido una segunda oportunidad, dudo que vuelva a

ser como la primera vez. Nunca lo dice, pero soy consciente de que ha perdido su lugar en el reino cósmico de Anandrya y el lobo blanco que hemos visto antes es una evidencia que no podemos pasar por alto.

—Hemos visto al lobo blanco —le espeta Otto sin tacto cuando nos encontramos con la hechicera en su refugio. Es el símbolo de Anandrya. Ella entorna los ojos y aprieta la mandíbula.

—Una nueva elección para dirigir los designios de la luna... —termina diciendo la mujer con cierta melancolía. Hubo un tiempo en que ella misma estaba al frente del Templo y aquel recuerdo fugaz le nubla la mirada de perceptible tristeza. ¿También se transformaba ella en loba?

—¿Qué significa exactamente? —demando con cautela, incapaz de crear hipótesis sobre algo que desconozco totalmente.

—Anandrya tiene sus propias formas de animar la luz en la oscuridad. Su templo debe ser guiado y ha encontrado a alguien que lo haga por mí —sentencia la hechicera con resignación.

—Tiene sentido. Tú eres la sacerdotisa del Templo en nuestra época, pero en ésta, el sagrado edificio no es más que una ruina. Nadie lo guiaba porque nadie creía en él. En el momento en que la diosa-loba ha vuelto, ha necesitado encontrar quién lo conduzca en la oscuridad —razona Otto convencido y con tono esperanzador. Nathania tuerce el gesto como si no le hiciera mucha gracia compartir ese puesto de honor.

—¿Y quién debe ser? —pregunto interesada y ambos me miran con el mismo interrogante en sus rostros. Nadie lo sabe.

—¿Solo habéis venido a informarme de eso? —La hechicera rompe con su pregunta el silencio creado.

—No... La verdad es que Lesya ha tenido una idea y no es descabellada. Imagino que todos la tenemos en mente. —Ella lo mira con suspicacia—. Hay que cruzar el maldito río.

—Creo que puedo crear un portal, pero no estoy segura de a dónde nos llevará —sentencia la mujer envarada por la frustración. Todos confían en ella, pero ya no es capaz de hacer lo que antes hacía y la desazón hace mella en ella lentamente, agujereando su alma.

—Cruzaré yo el portal y veré hasta dónde llega... —afirmo con más firmeza en la voz de la que realmente siento.

—No —repite Nathania al instante—. Tengo a otra candidata para tal fin. No podemos arriesgarnos a perder a un kharos en manos equivocadas. Ya nos hemos arriesgado bastante estos días —sentencia. Y me dedica una mirada voraz que identifico como una reprimenda. No puedo replicar nada en mi favor, pero cuando la memoria es frágil también lo son las decisiones del corazón.



La joven rubia lleva el cabello alborotado y tiene la mirada limpia. Mira hacia las estrellas que se van desdibujando en el velo de la noche y escucha sin emoción los incesantes alaridos que anuncian el regreso de los drakko a sus guaridas de agua. Me repasa con la mirada cuando llego a su altura y me siento junto a ella en un pequeño balcón que a veces sirve de atalaya.

—Soy Lesya —me presento intentando ganarme su confianza y descubrir qué piensa de toda aquella locura.

—June —responde fugazmente mientras le dedica una última mirada al cielo que comienza a clarear.

—¿Te has ofrecido tú para atravesar el portal? —demando con cautela. Es extraño que alguien quiera cometer semejante locura. Niega con la cabeza y la miro confundida—. ¿Entonces por qué quieres hacerlo?

—No lo sé. Siento que... voy a defraudar a la hechicera, a Konbach,

incluso a mis amigos si no lo hago. Tengo la necesidad de hacer algo por ellos más allá de acompañarlos en este peregrinaje. Necesito saber que sirvo para algo más que respirar —confiesa mientras comprendo ese sentimiento limitante que tenemos todos en esta época que nos ha tocado vivir. Quedarse de brazos cruzados es tan frustrante que la más mínima posibilidad de ayudar se brinda como un oasis.

—¿Y si no vuelves? Podrías caer en las manos equivocadas... —insisto porque una parte de mí siente que ese viaje lo tendríamos que hacer Otto y yo. No me gusta arriesgar la vida de personas inocentes. Nosotros matamos, nosotros pagamos.

—Acabo de encomendar mi alma a las estrellas ya que no profeso ninguna otra fe. Que sea de mí lo que tenga que ser. Ya estoy convencida para hacerlo.

—Pongo mi alma a tu servicio entonces. Mi plata es tuya —le ofrezco solemnemente, ella sonrío.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que voy a ser tu amiga para siempre, tu guardiana, tu consejera...

—Acepto tu plata entonces. —Y ambas sonreímos ahora con un nuevo lazo que se afianza entre nosotras. Un cruce de destinos que anuda nuestras almas para siempre.

## 14. DRAKKO

Nada tan invisible como el alma que se contorsiona muy adentro. Por fuera un tatuaje rutilante que guarda fugaces sentimientos. Vivir a la zaga de los secretos que se devoran en el corazón y hablar con la mirada en un extraño lenguaje de sombras. Los demonios de la oscuridad solo son fantasmas, la piel es una sábana que flota en el aire, la vida la condena que se arrastra.

Lion y Valer son incapaces de decidir quién de los dos llevará a cabo el cometido que la hechicera les ha pedido. Imposible resistirse al embrujo de sus ojos de magia. Ambos están dispuestos a sacrificarse por el grupo, intentar derrotar a los Mala Sombra es la única opción que tienen.

—¡June! —grita Lion al verla escabullirse por un pasillo de la fortaleza de Los Portales. Ella intenta ignorarlo, pero la alcanza y la retiene del brazo.

—Lion... —menciona distraída la joven que intenta no mirarlo a los ojos.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué te dijo Konbach? ¿Por qué huyes de mí? —pregunta el joven herido. Ella tarda en responder.

—Voy a cruzar un portal interdimensional para intentar encontrar el Templo de Anandyra —suelta la joven sin convicción alguna.

—¿Por qué suena como si no fueras a volver? —inquire Lion con el corazón en un puño. Está dispuesto a arriesgar su vida por ellos, pero no entra en sus planes que ella lo haga también.

—No saben exactamente a dónde llevará el portal... —explica. Lion recoge el rostro de June entre sus manos para que lo mire a los ojos.

—No tienes que hacerlo. Sé que te pedí que le sacaras información a Konbach, pero tu misión terminaba ahí.

—Quiero hacerlo, necesito sentirme útil. No quiero fallarte más —rezonga

la joven mientras rehúye su mirada.

—¿Pero qué dices? A mí nunca me has fallado. Al contrario, mi estancia en FireCross habría sido un infierno sin ti —sentencia emocionado.

—Pero no soy suficiente. Me miras, pero no me ves. Hubiera matado por verme reflejada en tus ojos, porque me amaras con la misma pasión con la que te atraen las estrellas. —Hace una pausa y el silencio los engulle tragándose las palabras—. En algún momento hay que resignarse y seguir hacia delante.

—Morir no es exactamente seguir hacia delante —replica Lion compungido. No puede corresponder a ese amor sin medidas porque ni él mismo sabe lo que quiere. Abusar de su corazón nunca ha entrado en sus planes, aunque se pregunta hasta qué punto tiene el alma tan sesgada que le dé miedo enamorarse.

—Necesito hacerlo, Lion —suplica la joven con un hilo de voz. Él comprende los motivos y aunque le disgusta que se exponga de esa manera, no puede retraerle nada puesto que él va a hacer lo mismo.

—Si no regresas, volveré a por ti —promete el joven y ella sonrío mientras una lágrima traidora ladea por su mejilla.



Nathania los conduce hasta una extraña sala dónde hay un fuego encendido. Las llamas danzan en un extraño baile elevándose y menguando en bucle. Recoge algunas piezas metálicas que ha estado calentando en la chimenea y con un gesto grácil y rápido, les quema la piel de un brazo a cada uno. Valer ahoga un grito mientras Lion se queja abiertamente fulminándola con la mirada. Ella sonrío traviesa como si acabara de marcarlos con un rotulador. Su rostro es de una inocencia cruel que ahoga su dolor en una mueca.

Lion se frota el brazo cerca del nuevo tatuaje que es apenas perceptible.

Una pequeña estrella de cinco puntas roja como la sangre. Cada vez está más convencido de que allí ya no queda nadie cuerdo y que esta nueva aventura en la que se adentran no va a resultar nada fácil. Pensándolo fríamente, tal vez sea la última.

—Esto nos permitirá identificaros frente a los demás demonios. Pensad que por fuera seréis iguales a ellos, pero conservaréis vuestra voluntad y vuestros recuerdos. Tendréis libre albedrío y vuestra misión es observar y recabar información. Cualquier cosa que sospechéis que nos pueda ser útil — explica la hechicera—. Tenéis tres días. Al cabo de ese tiempo volveréis a ser humanos. Os aconsejo que para entonces os hayáis alejado lo suficiente para que no os detecten o caeréis en peores garras que las de la magia.

Su oscuro consejo se alza como una promesa vacía incitándoles a temblar. Tal vez ellos descubran su tatuaje a fuego y los identifiquen, pero otros no lo harán. Los Mala Sombra podrían acabar con ellos si se comportan de manera diferente al resto. Tienen que ser muy cuidadosos.

Lion observa a Valer mientras salen del recinto de piedra y se adentran en una calle oscura. Nathania y Konbach van delante marcando el camino y dos hombres los acompañan en silencio. Ninguna guardia es poca cuando la oscuridad de la noche alberga recónditos y macabros secretos. Un tatuaje es una muesca en la piel que se mantiene al rojo vivo por una eternidad de tiempo imposible. Su compañero ha demostrado su fortaleza dentro y fuera de la prisión de donde salieron, pero no está seguro de que pueda con esta prueba. Es demasiado bueno y en esa vida de miserias, la bondad es tan necesaria como hiriente.

Un silencio impertinente los acoge cuando llegan al final del trayecto y Nathania se da la vuelta para encararlos. Konbach calla y apenas muestra ninguna expresión en su rostro sombrío. Lion desconfía de él y teme haber dejado a June en sus manos. Porque lo que va a hacer la muchacha es una

aventura tan o más intrépida que la suya propia y se culpa por ello. El remordimiento es una cruz que ahoga en silencio.

La hechicera muestra signos de concentración cuando eleva sus manos al cielo y un haz de luz le recorre los brazos. Agitadas chispas recorren sus miembros emitiendo destellos luminosos. Presa de una mágica corriente eléctrica, dos rayos salen disparados de sus manos y se proyectan sobre los dos hombres que la esperan como el verdugo en el cadalso. Y un choque de luces los ciega antes de sentir el dolor quebrando sus huesos.

El asfalto es duro como la piedra. Lion abre los ojos y observa el mundo con total nitidez. Una pila de escombros se mantiene inalterable al final de la calle como un tumulto funerario. Recuerda haberlo visto antes, así que su memoria permanece intacta. Intenta levantarse en vano pues no encuentra los pies y su cuerpo se contorsiona sobre sí mismo rodando por el suelo.

Reptar. Esa es la forma en la que se mueven los demonios de la noche. El joven lo intenta de nuevo y esta vez consigue desplazarse lo suficiente para ver a un drakko recostado en el suelo, inmóvil.

Un vuelco al corazón le advierte del peligro, mientras que su conciencia le recuerda de quién se trata. Valer no se ha movido un ápice desde su transformación y Lion teme que le haya podido ocurrir algo. Repta con dificultad hasta él y lo embiste con la cabeza a falta de manos.

—¡Valer! —Su voz suena distorsionada y rasposa, casi como un gruñido. Así que comprende que aunque la escuche el otro hombre ni siquiera la podrá entender.

Lo embiste de nuevo y esta vez el cuerpo del demonio se mueve lentamente. Valer levanta la cabeza y tose y de aquella oscura caverna en que se ha convertido su boca se desprende una llamarada que a punto está de quemar vivo a su compañero.

Lion se agacha justo a tiempo gracias a la nueva flexibilidad que posee

aquel cuerpo viscoso y fuerte. Se le hace raro no poder usar las manos y teme tener que hablar demasiado con aquella voz que le disgusta.

—Vamos a buscar a otros... —consigue decir sin reconocerse en aquel sonido. Valer boquea y un humillo sospechoso sale de la chimenea de su garganta como toda señal de aprobación.

Lion repta hasta la desembocadura de la calle por donde ha escuchado un alarido cercano. Asoma su cabeza escamosa y observa el cruce que se abre como una señal en el suelo. Otros demonios acuden a la llamada del primero, por lo que el joven interpreta que el alarido es una forma de comunicarse.

Los drakko recién llegados se acercan al que ha emitido el espantoso reclamo y le lanzan llamaradas de advertencia. La sierpe recula y les atiza con el aguijón de su cola intentando espantarlos. Lo acorralan sin amedrentarse siquiera e incluso mientras alguno recibe uno o dos aguijonazos. Nada parece detener a las bestias que se ciernen sobre el drakko y lo devoran. El sonido que llega hasta ellos es espeluznante. Se comen entre ellos, nada podría ser peor.

Lion recuerda lo que son en realidad aquellas serpientes malignas y un peso se aloja en su garganta. Un escozor le descarna la piel por dentro y le quema hasta hacerlo lagrimar. De repente, no puede contener el espasmo que le sube cuello adentro y acaba expulsando una gran bola de fuego que enciende la noche. Después un alarido le acaba de desgarrar las entrañas y se siente confuso durante algunos segundos. Una extraña amnesia se apodera de él y nubla su voluntad en ese corto período de tiempo y teme que al final no pueda recordar ni quién es ni por qué está allí.

Con miedo se gira hacia Valer que lo observa con un mutismo sepulcral. No ha dicho ni una palabra y alberga la sospecha de que se ha olvidado por completo de quién es. Aquella ha sido una temeraria misión desde un principio y nada puede arreglarse ya.

Un sonido lo hace girarse sobre sí mismo y observar a los dos demonios que reptan hacia él con las fauces abiertas al mismísimo infierno. Tal vez fueran personas antes, pero ya han dejado de serlo y duda que en algún lugar de aquellos cuerpos inmundos exista siquiera un rastro de lo que un día fueron.



—Si vas a mentirme prefiero que no me digas nada —rezonga Lily algo enfadada.

—Tengo que hacerlo. Alguien tiene que cruzar los portales y descubrir si hay una posibilidad de escapar de aquí —le explica June con un deje de tristeza.

Abandonar a sus amigos no le hace ninguna ilusión. Han vivido juntos tres años en la destartalada FireCross y se han convertido en un verdadero equipo. Ya ha tenido que ver partir a Lion y Valer y ahora es ella misma la que se enfrenta al momento de decir adiós.

—A más ver, si nos abandonas, hazlo ya —le suelta Lily malhumorada. A nadie se le escapa a estas alturas, que siente algo más por la joven que una simple amistad, aunque sea a ella misma a la que no le importe siquiera pensar en ello.

—No seas cruel, Lily —le reprocha su hermana Anne apretando ligeramente el brazo a June para reconfortarla.

—Lo siento chicas, nos veremos a la vuelta —asegura June con las lágrimas agolpándose en sus ojos.

—¿Lo prometes? —demanda Anne con una sonrisa torcida. La joven asiente y se marcha llorando sin mirar atrás.

Nathania ya la espera en la estancia que alberga la mayor chimenea. Las llamas que ahora danzan en ella le recuerdan al extraño suceso vivido la

primera noche que llegaron allí. Aquel despertar sin sentido después de haber visto un rayo cegador.

No oculta su nerviosismo cuando se para frente a ella y la hechicera apenas esboza una sonrisa, como si le costara horrores ser agradable en un momento tan importante. Quizás la seriedad sea lo mejor dadas las circunstancias, como un respeto maltrecho a los peores resultados que se puedan dar. Que los Mala Sombra estén al otro lado o que se pierda en el caos interdimensional y nunca pueda volver.

Konbach aparece entonces como un centinela fiel y June se pregunta qué deben traerse entre manos. A Laryon no la ha vuelto a ver y no entiende por qué el hombre no vuelve con su hermana. Todo es descorazonador e insufrible y quiere terminar con aquello lo antes posible. Vencer o morir, no hay más.

—¿Estás preparada? —demanda la hechicera como si eso fuera suficiente para alejar todos los males del mundo. Ni en un millón de años estaría preparada y aquella simple pregunta la enerva de tal manera que sería capaz de abrir por sí sola el dichoso portal.

—Abre el maldito portal —gruñe la joven y Konbach tuerce el gesto. Nathania se mantiene impasible, hierática y fría como una estatua de hielo. Nadie diría que alberga tal fuego en su mirada.

Las manos de la hechicera se sumergen en las llamas de la chimenea y June contiene el aliento. Sabe que no se quema, pero la escena es tan grotesca que no puede evitar la tensión que embarga su cuerpo. Aquello solo es el comienzo de algo muy grande.

Nathania sigue canturreando para sí sin que la joven pueda entender ninguna palabra. Tampoco es que domine el zeteca como para ello, pero la espera se le hace eterna. Konbach permanece en un segundo plano, observándola desde un rincón. Su mirada es ópalo puro, tan oscura y misteriosa como el ritual que se está llevando a cabo y June se pregunta qué

más puede querer aquel infeliz.

La estancia se llena de repente de una luz azulada que gira en un remolino vertiginoso. June pierde el equilibrio momentáneamente y apunto está de caer al suelo, cuando unas manos la sujetan de la cintura y la incorporan. Konbach le sostiene la mirada.

Un agujero se forma delante de ellos sin que puedan hacer nada en contra. Es un túnel de una negrura absoluta que los engulle como un imán. No se ve absolutamente nada y la joven solo siente las manos del hombre aferradas a ella, con fuerza. Su contacto es lo único que se lleva. Atraviesan todas las épocas conocidas donde el tiempo es una rutina molesta. Se siente mareada, el estómago le da tantas vueltas que quiere vaciar su contenido con cada nuevo giro. Está desorientada y ya no está segura de si se encuentra del derecho o del revés.

Finalmente, el túnel se extingue con un foganazo deslumbrante y caen sobre un pedazo de tierra húmeda. Las malas hierbas han crecido lo suficiente como para taparlos y apenas ven nada por encima de ellas. La noche, el cielo estrellado y una luna creciente que no parece haber cambiado.

Konbach se levanta despacio y le ofrece su mano para auparla. Ella la recoge en un intento de aclarar sus ideas y se pone en pie con su ayuda. A su alrededor descubren un bosque engullido por las sombras a aquellas horas y mucho más allá se vislumbra una construcción.

June siente que le martillea el corazón en las sienes. Está feliz porque reconoce aquel lugar y sabe qué hay al final del bosque: el Templo de Anandyra. No puede creer que lo hayan conseguido y abraza a un descolocado Konbach que se muestra sorprendido al principio y entregado después. Finalmente, la chica se desprende de su compañero y carraspea. Ha estado tan cerca de la muerte que necesitaba celebrarlo con él, sin embargo ahora no le parece tan gran idea teniendo en cuenta la mirada penetrante que le dedica él

de nuevo. Aquello se está convirtiendo en un juego de miradas peligrosas y la joven ya no sabe qué pensar.

—¿Por qué has venido conmigo? —demanda June con recelo.

—¿Pensabas que iba a dejarte cruzar sola ese portal?

—Pues sí, de lo contrario habrías venido solo —razona ella.

—Nathania quería que vinierais tú y Lion, pero encontró para él otra misión y me ofrecí voluntario. Esta no es una labor fácil y toda la ayuda es poca. No tiene poder suficiente para enviarnos a otra dimensión, así que cabía la posibilidad de acabar en manos enemigas. No hay victoria sin riesgo.

—¿Por qué arriesgarse en una misión suicida? ¿Tantas ganas tienes de morir? —pregunta la joven con suspicacia.

—Aparentemente, las mismas que tú —responde Konbach sin vacilación. La joven no puede argumentar aquello y calla mientras mira distraídamente al suelo—. Ambos queremos hacer algo para acabar con esta locura de una vez por todas.

June quiere reconocer que tiene razón, que eso fue precisamente lo que la impulsó a aceptar este inusitado viaje, pero algo llama su atención y su cuerpo se tensa. Konbach observa la crispación de su rostro y se gira rápidamente. Un coro de criaturas de ojos rojos como la sangre los circunda. Sus formas humanas ocultan su verdadera naturaleza, unos extraños tatuajes les comen la piel.

Por un momento, la joven se asusta y recula. El hombre que la acompaña enseña las manos para advertirles de que van desarmados. Sin embargo, aquellos seres no van a dejarlos marchar. Lentamente, van estrechando el cerco sobre ellos salvando la distancia que los separa. June piensa en huir, pero a su espalda solo tiene el maldito río repleto de demonios rezagados. Lanzarse al agua es una temeridad.

—¡Dejadnos en paz! —ruge June y una espada se clava justo delante de

ellos como caída del cielo. La joven la mira horrorizada y calla mientras Konbach sonríe helándole la sangre en las venas.

## 15. BENDECIDA POR LA LUNA

En mi sueño el templo está dotado de una luz fantasmagórica. Gruesas raíces han envuelto la base de piedra y largas y espesas enredaderas cubren sus paredes. Mis padres me han llevado de excursión con siete años y hemos acabado a los pies de la antigua escalinata.

A mi humilde parecer, la majestuosa construcción es imponente y tétrica. Entre el poder y el miedo, me embarga una extraña sensación de inferioridad. Mi corta estatura no me permite atisbar lo que hay dentro, aunque mucho me temo que solo escombros. Mi padre, que conoce lo terca que soy y mi afán explorador, niega con la cabeza cuando me encuentro con su mirada. Nada de subir las escaleras.

Merendamos unos metros apartados, con la visión del templo dándonos su sombra. Observo las desconchadas inscripciones de las columnas de piedra que se extienden como una enredadera más y me pregunto qué es ese lugar.

—Es el Templo de Anandrya, hija —me explica mi madre pacientemente—. La diosa que aúlla a la luna.

No puedo evitar mirar al firmamento en busca de la luna que aparece extrañamente opaca a esas horas, sin brillo, casi como una nube lejana. ¿Los dioses no moran en las estrellas?

—¿Es una loba? —demando consciente de que los lobos aúllan.

—Así es. La loba que protege a Sapphire de todos los peligros del universo. Es nuestra guardiana.

—¿Entonces es una loba buena? —pregunto con interés. En los cuentos, los lobos son temidos y peligrosos.

—Por supuesto. Nosotros tenemos sangre de lobo —confiesa mi madre y

yo la observo incrédula.

—Por eso nunca nos rendimos y luchamos hasta el final —añade mi padre con vehemencia. Lo miro embelesada y sus palabras se me graban a fuego en el alma. No sé quién soy, pero soy una loba y cuando lucho me dejo la vida.



Nuestro recorrido nos lleva continuamente al mismo lugar. Los alaridos se desparraman por las calles y han dejado de afectarme. Las grotescas formas de los drakko esconden suplicantes almas humanas que nada pueden hacer por evitar su nueva naturaleza. Aprieto los puños en un intento de extirpar ese dolor corrosivo que me atenaza por dentro. Me siento inservible y frustrada por no poder hacer nada por ellos. Matarlos es tan necesario para preservar a otros como una eutanasia autoadministrada con cada alarido.

Otto llega a mi altura y me sujeta la cara con una de sus manos obligándome a mirarlo.

—¿Qué dejaste aquí? —demanda con preocupación. Hemos vuelto a FireCross casi cada noche, sabiendo el peligro que entraña.

—A Lud. No puedo sentirme bien mientras ella esté dentro. Mientras este lugar horrendo siga existiendo —me desahogo atropelladamente y él asiente comprensivo.

—Será complicado entrar ahí.

—Lo haremos y los llevaremos al Clan Magno, allí nadie hace preguntas y todo el mundo es bienvenido.

—Hay más de cien personas allí dentro... los drakko acudirán a nosotros como abejas a la miel, seremos un blanco fácil —comenta Otto muy serio—. Nos perseguirán y los Mala Sombra acabarán con los túneles.

—FireCross es un mal necesario... —sentencio rompiendo mis

esperanzas.

Ya hemos hablado de esto antes. Los Mala Sombra necesitan personas que aumenten sus hordas de drakko y si se los arrebatamos, levantarán cielo y tierra para encontrar otros. La cárcel mantiene el frágil equilibrio que se ha formado en la ciudad, es un mal necesario y terrible, de esos que te revientan por dentro y acaban con la esperanza del mundo.

—Necesito a Lud, no puedo dejarla ahí —sostengo con el corazón en un puño.

—Si la señalan para el cambio, podemos evitarlo, pero mientras permanezca en el interior es imposible. Vendremos aquí cada noche —me asegura y encuentro en sus palabras un poco de consuelo. Me trago el aire perlado de lluvia como si fuera un veneno amargo y escupo a los pies de la cárcel que se alza como un cerrojo blindado a la libertad.



Despierto al despuntar la noche sobre el cielo. A los extraños alaridos que llegan a la vieja fábrica se une hoy el aullido de un lobo. Abro los ojos consciente de que aquel sonido es diferente. La diosa loba recorre las calles de su ciudad, es una loba solitaria que hace guardia cuando el mal no duerme jamás.

Oteo a través del cristal en busca de algún movimiento que me advierta de lo cerca que puede estar. Nada se mueve ahí fuera, es una escombrera de la que solo las ratas se benefician.

Otto entra en ese momento cargado ya con sus espadas y se acerca a mí. Su aliento rebota en mi cuello cuando me besa lentamente hasta llegar a mi mejilla. Cierro los ojos un instante mientras dejo que su embriagador olor desentume mis alocados pensamientos. Su amor es siempre un bálsamo que desata pasiones más profundas que perseguir la muerte.

—Ha vuelto —confieso refiriéndome al lobo.

—Nunca se ha marchado. Esta es su ciudad.

—¿Y qué busca? ¿La salida? —demando torpemente presa del nerviosismo.

—Creo que a nosotros... —me explica Otto que suele estar de mejor humor que yo. El pelo le cuelga lacio y oscuro a ambos lados de su rostro como una coraza, dándole un halo salvaje y duro a sus finas facciones.

—¿Y por qué no vamos a su encuentro? —demando inocentemente. Él suspira contra el mismo cristal contra el que me apoyo.

—¿Qué crees que quiere de nosotros, Lesya? —pregunta a su vez y me hace romperme la cabeza buscando la respuesta.

—Que salvemos la ciudad —respondo sin mucha convicción.

—Quiere llevarnos al Templo de Anandyra porque es nuestro lugar. Los kharos siempre hemos defendido el templo con nuestra vida. Si está aquí es porque está siendo amenazado. La diosa nos viene a buscar...

—¿Entonces debemos acudir a su llamada, no? —pregunto sin comprender nada. ¿Por qué nos escondemos de la diosa?

—Si nos marchamos, dejamos a los drakko solos. Para Anandyra no son más que monstruos y su antigua condición ya no le importa a nadie. ¿Estás dispuesta a dejarlos a su suerte? —La pregunta rompe todos mis esquemas y me hace temblar.

Abandonarlos es como aceptar la derrota, no puedo rendirme aún. Otto tiene razón, los drakko no importan a nadie más que a nosotros. Si nos vamos de la ciudad, los Mala Sombra los hostigarán. Esto solo puede acabar mal, presiento mientras presiono la frente contra la ventana. Otto me pasa un brazo por mis hombros y me arropa conociendo mis más secretos sentimientos.



El lobo nos persigue, pero Otto insiste en que no es la diosa. No sé cómo puede saberlo, pero lo sabe. Dice que es el nuevo sacerdote de Anandyra que ha venido a buscarnos y me pregunto en silencio cuánto tiempo podremos huir de nuestro destino.

La calle es un barullo de demonios que reptan sin sentido. Se llaman entre alaridos y gritos de protesta y finalmente, se devoran entre ellos cuando el hambre es poderosa. Otto blande sus espadas en el aire y cruza sus hojas provocando un chirrido metálico que alerta a las bestias. Se detienen a medio camino de devorar a otros dos demonios que se acurrucan contra el destartado muro de un edificio a medio caerse.

Los drakko sisean y escupen lenguas de fuego iluminando la noche, pero Otto no se deja amedrentar y enarbola sus espadas con maestría. Alguno de ellos no va a superar esa noche, reconozco para mis adentros y me acerco al par que se mantienen acurrucados contra el muro de piedra. Algo en su cola me llama la atención y me detengo con la daga empuñada por mi mano. Una estrella. El símbolo es inequívoco. Son los presos que han accedido a este despropósito. Nathania cada vez está más loca, y mi paciencia se debilita cada vez más. Es imposible que estos dos aguanten una noche más y les indico con la mano que no se muevan de dónde están.

Un drakko se dirige rápidamente hacia nosotros, me vuelvo y un escalofrío me recorre el espinazo. Abre sus fauces para aniquilarme con sus llamas, no obstante las esquivo y un gran surco negro se graba en la tierra bajo mis pies. El humo sale de su boca incandescente aún y se prepara para una nueva bocanada. No le doy tregua.

Giro sobre mí misma y salto sobre su cuello, me aferro con las manos sobre su lomo escamoso y me resbalan. Le clavo las uñas sintiendo que se desprenden de mis dedos. El dolor me quema en las manos, pero aprieto los labios para no gritar y alertar a más demonios. Suelto una de mis manos y

aferro mi daga con fuerza. Siento su corazón latir muy cerca. Sus palpitaciones son tan humanas que me recuerdan lo que fue en un pasado no muy lejano. Es un mártir de las atrocidades de los Mala Sombra. Esto solo va a mitigar un poco su sufrimiento aunque alargue el mío hasta la eternidad.

Gruño cuando la bestia intenta zafarse de mí y me levanta por los aires. Me dejo las uñas en su dura piel para no salir volando y finalmente, le clavo la daga en el corazón. Ese centro de poder y magia que se desquebraja como una hoja seca. Cruje entre mis manos como un guijarro y se convierte en arena. Salto al suelo a tiempo para darme la vuelta y proteger mi cuerpo de la explosión que llena la calle de sangre y vísceras. He vuelto a matar y mis manos están manchadas. Nunca me desharé del olor de la sangre rancia de aquellas criaturas que un día caminaron como yo. Del terror en sus ojos cuando hundo mi daga en su corazón. ¿No somos más monstruos nosotros que aquellos que no tienen oportunidad de ser otra cosa?

Me escurro del baño de sangre y ambos drakko impostores me miran aterrados. No puedo culparlos al pensar que puedo hacerles lo mismo. Otto ha conseguido espantar a la mayoría de los demonios que se devoraban entre ellos y lo escucho acercarse mientras rodea la balsa escarlata que queda a mi espalda.

—Buen trabajo —musita muy cerca de mí. No digo nada.

Un sonido nos hace girarnos y observar con incredulidad la figura de un lobo blanco que se acerca temeroso. Olisquea los restos del drakko que tenemos más cerca y sus ojos nos escrutan antes de recaer sobre los dos demonios embrujados que nos repasan con la mirada tétrica y oscura.

El animal saca los dientes y se los muestra para ahuyentarlos, pero ellos solo rebullen nerviosos. ¿Adónde van a ir?

—Son amigos... —le digo al lobo que cada vez parece más dispuesto a dejarse la dentadura en ellos.

—¡Detente! —me grita Otto antes de que le corte el paso al lobo que no duda en lanzarse sobre mí y tirarme al suelo.

Siento su aliento muy cerca de mi cara y gruñe con nerviosismo. Estiro una de mis manos que aún sangra allí dónde las uñas se han desprendido de la carne y le acaricio el pelaje blanco. No soy consciente del peligro hasta que observo a Otto agacharse a mi lado y sostener la cabeza del lobo entre sus fuertes manos. Sé lo que está dispuesto a hacer por mí, pero no quiero que mate al emisario de nuestra diosa. Miro a los ojos del animal y dejo de escuchar sus gruñidos de protesta. Jadea y finalmente llora. Sus lágrimas se derraman sobre mi piel y lloro con él. Imposible de evitar la tristeza que me embarga, tan antigua y oscura como el alma.



El lobo ha huido en cuanto Otto le ha soltado la cabeza y me ha costado un infierno volverme a poner en pie. Aquella extraña situación solo me ha dejado más tocada de lo que ya estaba y convencida de que en algún lugar hay una diosa que sufre por nosotros. Nada tiene que ver con la frialdad con la que Nathania mueve sus hilos, con esa esperanza apagada que desprenden sus ojos esquivos. Soy consciente de que la hechicera lo ha pasado mal en los últimos tiempos y que muchas cosas han cambiado en su mundo, pero sus reacciones temerarias hacen un balance de la desesperación que no me agrada. Enviar a esos jóvenes a misiones tan delicadas y casi suicidas ha sido demasiado cruel incluso para ella. Tal vez, saber que otro ocupa su lugar en el Templo no la ha beneficiado en absoluto y siente que va a perder todo su poder. Que Anandyra le ha retirado su apoyo, quizás esté más perdida que todos nosotros, puesto que aún sabemos a dónde pertenecemos y ella no.

Otto observa impassible a los dos drakko impostores y se niega a guardar

ambas espadas. Mantiene una bien aferrada a su mano izquierda y me mira de reojo buscando mi respuesta.

—Son los chicos de la prisión —le explico ante su estupor y los repasa de arriba abajo.

—Esto es una locura —sentencia mirando al suelo.

—¿Cuánto dura el hechizo? —pregunto mirándolos.

Uno de ellos eleva su vista hacia mí y noto cierta inteligencia en aquella serpiente monstruosa.

—Tres... noches —pronuncia con dificultad y Otto me mira indignado.

Sabe que no aguantarán en las calles hasta entonces. Los drakko suelen comerse a los individuos más débiles del clan. Los que no matan, los que no embisten, los que no lo destruyen todo a su paso; son sacrificados como alimento para la supervivencia de los demás. Si permanecen en las calles, morirán. Y si sobreviven se volverán tan locos que apreciarán el que no los vuelvan a convertir.

—Tenemos que refugiarlos en algún lugar hasta entonces —le propongo a Otto y él sacude su espada con determinación mostrándome su frustración.

—No se me ocurre ningún lugar —me espeta muy serio acabando con todos mis benevolentes planes.

—En los túneles. Quizás en alguna ruta fantasma. Es un lugar laberíntico y oscuro, perfecto para guardar secretos.

—Tendremos que pedirle un favor a Magnus —me recuerda y tuerzo el gesto al pensar en ese maldito gilipollas. Ni idea de cómo podríamos pagarle esto.

—Lo que haga falta. No podemos dejar que les pase nada, a ellos no, por favor —le suplico y él asiente compasivo. Cómo lo pagaremos es un enigma, aunque estoy segura de que nos saldrá muy caro.



Otto vuelve corriendo de su encuentro con Magnus y su semblante es una máscara. Lo miro a los ojos y evita mi mirada por lo que presagio que la reunión ha ido mal o le ha pedido algo desmesurado. Observo a los dos demonios que me han seguido como perritos falderos y reconozco que ese primer plan era más bueno en caliente que ahora.

Nadie los va a querer refugiar porque son el vívido recuerdo de lo que más detestan. Yo puedo ver más allá de la piel, pero no puedo pedirle al resto que haga lo mismo. Mi rubia trenza se agita en el aire mientras me coloco en jarras frente a Otto esperando su explicación.

—Hay un lugar... una ruta prohibida donde se retiene a los drakko en espera de encontrar el antídoto y devolverlos a su verdadera naturaleza — espeta Otto dejándome sin aliento. Alguien los caza.

—¿Y crees que allí estarán a salvo? —pregunto con desconfianza. Cualquier información que provenga de Magnus está manchada de mentiras para mí.

—Nadie garantiza su seguridad, pero estarán aislados y eso es más de lo que tienen ahora.

—Podríamos llevárnoslos a la fábrica... —suplico en un último intento.

—De eso nada. No sabes hasta qué punto su memoria está intacta. Es posible que sus instintos sean más fuertes que su voluntad. No podemos correr ese riesgo. Si intentasen algo tendríamos que matarlos. Lo siento —asegura finalmente rompiendo todos mis esquemas.

—De acuerdo. Vayamos a ese lugar horrible —acepto mientras emprendemos la marcha hacia otra entrada al metro más desconocida—. ¿Qué te ha pedido a cambio?

—Un beso tuyo —espeta sonriendo.

—¿No habrás aceptado?

—¿Tú qué crees? Le he recordado que si se acerca a ti tendré que degollarlo como a un demonio y que no correrá la suerte de morir tan deprisa —confiesa y un escalofrío me recorre la espalda. Tal vez la advertencia haya sonado dura, pero yo la hubiera incrementado mil veces más.

—¿Y qué le has ofrecido entonces?

—Quedarse con todo lo que aún hay en Nebulose. Es un comerciante, lo que otros dejan atrás son tesoros para él —razona y doy gracias por que haya encontrado algo con lo que lucrarse y se olvide de mí.

La abandonada entrada al metro es un agujero gigante que se abre al infierno oscuro del interior de la tierra. A pocos metros bajo sus fauces abiertas apenas se ve nada. Los demonios reptan con sigilo llevándose parte de la estructura que aún queda en pie haciendo la entrada más grande.

Da miedo pensar qué podemos encontrar allí abajo, pero es una situación especial y el riesgo es nuestro segundo nombre. El último demonio en pasar por la obertura sisea en la oscuridad avisándonos de su posición y lo seguimos muy de cerca saltando por las escaleras derruidas y las columnas partidas en dos. De piedra en piedra. Conformando un rudimentario mundo de traiciones donde el pie nunca encuentra el camino, con esa mala fortuna a costas que otorgan los viajes desconocidos. Con la luz de la luna cenicienta velando nuestros pasos perdidos.

## 16. EL TEMPLO DE ANANDYRA

La luna serpentea entre las nubes jugando con las sombras. June siente un mareo repentino a causa de los nervios, pero Konbach no parece dejarse intimidar por aquellos hombres de ojos escarlata.

Un haz de luz se postra contra la decrepita fachada del templo que tienen a unos metros y su piedra se ilumina como una tea. Miles de destellos resplandecientes se desprenden de sus paredes y flotan en el aire como luciérnagas. Las tímidas volutas de luz se arrastran por medio de una corriente invisible creando la sensación de que son un banco de peces a la deriva de un cielo encriptado. Se mueven en círculos sobrevolando el pequeño claro en la orilla del río donde se encuentran los recién llegados e incluso los hombres de ojos rojos levantan su vista al cielo.

Todos siguen con la mirada la nube de puntos luminosos que se despiden del templo rumbo a Sapphire. El río se ilumina a medida que el banco de luces sobrevuela el agua haciendo que las criaturas que moran en él, se retuerzan y se adentren en las profundidades.

—¿De dónde habéis salido? —pregunta uno de aquellos hombres. A simple vista parecen Mala Sombra, pero algo en su actitud menos robotizada y más humana, provocan el asombro en la joven que ya no sabe qué creer.

—De un portal —responde Konbach que deja atrás a la nube de luces para encararse con el hombre.

—¿No me digas? ¿Pero de dónde venía ese portal? —ruge el desconocido y June se envara temiendo lo peor. ¿Deben contarles de dónde vienen o mentir? Ni siquiera sabe quiénes son.

—De Sapphire —confiesa el hombre sin atisbo de miedo en su mirada.

June se pregunta si los conoce de algo.

—Eso no puede ser. Nada entra ni sale de la ciudad. Así que decid la verdad —insiste el hombre con sus amenazantes ojos rojos comiéndose a Konbach.

Están rodeados de hombres armados, pero a su acompañante no le intimidan. June se sorprende recordándose que apenas lo conoce. Pero ahora es tarde para echarse atrás. Traga saliva en un intento de aclararse la garganta que siente súbitamente reseca y dolorida y repasa con la mirada al grupo de hombres que los rodea.

—Hay... una antigua sacerdotisa de Anandrya que llevaba tiempo intentando crear un portal, no sabíamos a dónde nos llevaría... pero ha sido al lugar correcto —revela June atropelladamente y el grupo se sume en un silencio deliberadamente solemne y extraño.

La joven se impacienta pensando que van a acabar con ellos y mira a Konbach de reojo. Éste hace rato que la observa con sus labios convertidos en una fina línea. Tal vez ha revelado demasiado, pero siente que la situación merece una aclaración a la altura de las circunstancias y que una mentira no les deparará nada bueno. Su acompañante la escruta con la mirada y siente todos los ojos allí presentes clavados en ella. Tal vez debería haberse quedado callada. Pero ya es tarde y no le importa lo que piensen.

—Creíamos que estaba muerta —explica el hombre de ojos rojos que ha hablado anteriormente, el resto permanece sumido en un mutismo sepulcral.

—Nathania es una luchadora, no puede sucumbir ante los Mala Sombra, nunca lo hará —replica Konbach solemne y su interlocutor asiente muy despacio, pensativo.

Definitivamente aquellos hombres son otro tipo de criaturas, pero la joven no alcanza a distinguir de qué tipo. Tienen un parecido extraño a los magos que pueblan la urbe, pero algo en su actitud, incluso en sus palabras, los

convierte en seres totalmente distintos.

—¿Quiénes sois? —demanda finalmente la joven incapaz de esperar para saberlo. Algunos de ellos se miran en la noche y bajan sus armas.

—Somos los *Moradores de las Estrellas*, el ejército de Anandyra, la diosa-loba lunar, aunque los Mala Sombra nos conocen como el Círculo de la Muerte —explica su emisario y Konbach asiente como si ya supiera la respuesta. Es posible que la hechicera lo haya puesto al día de lo que podría encontrarse al otro lado del río, aunque nadie se ha molestado en compartir aquella información con ella.

—Sed bienvenidos a la tierra donde la sombra nunca se extiende, el otro lado del río, a la libertad —sentencia una voz detrás del grupo de soldados que se abren para mostrar la figura de un joven delgado vestido con una larga túnica negra—. Soy Jimmy, sacerdote de Anandyra.

June lo observa asombrada y lo repasa de arriba abajo. No parece mucho más mayor que ella misma y algo en su porte rebelde le anuncia que no es una marioneta de aquel ejército desafiante. Levanta la mano para saludarlos y un extraño tatuaje en forma de ojo se observa en su palma. Incluso a esa distancia, la joven puede ver como la cicatriz se ilumina levemente y se convierte en un ojo incandescente como los que poseen los *Moradores de las Estrellas*.

—Soy June —anuncia la joven que se siente incapaz de quedarse callada ni un minuto más mientras una ráfaga de miradas carmesíes la escruta hasta el tuétano.

—Yo, Konbach. Hemos venido buscando ayuda. Necesitamos una ruta para escapar de la ciudad —explica el hombre, pero ella no está de acuerdo.

—¿Pretendes que todos los supervivientes escapen a través de un portal que ni siquiera sabemos a dónde lleva? —pregunta incrédula. Un silencio incómodo se levanta entre ambos, a sabiendas de que el resto los observa.

—No hay ninguna vía de escape, tu hechicera ya debería saberlo —repite Jimmy muy serio. Se acerca lentamente cruzando a través del grupo de soldados y los mira directamente a los ojos. Un escalofrío atraviesa el cuerpo de la joven como un presentimiento terrible—. No podéis volver.

—¡Tengo que volver! ¡Lo prometí! —ruge June con el corazón en un puño. Ha dejado al otro lado del río a personas a las que ama y no puede dejarlos a su suerte—. Solo queríamos encontrar los frutos del *ziva*...

—¿Con qué propósito? —demanda el sacerdote con curiosidad.

—Para curar a los demonios de la noche —sentencia Konbach con un hilo de voz.

—Ellos ya no son humanos, han sido tocados por Zokoth y su alma está corrupta. Imposible limpiar esa mancha del todo. El fruto de la luna solo curaría su cuerpo, pero mucho me temo que la oscuridad se aferra al alma echando raíces en ella. La única manera de exterminarla del todo es arrancando el alma de raíz y eso conlleva una muerte eterna.

June abre y cierra la boca varias veces sin saber qué decir. En esos tres años de asedio a la ciudad ha visto muchas atrocidades y ha aprendido a odiar a los drakko, sin saber hasta hace relativamente poco lo que eran en realidad. Conocer el destino de todos aquellos desgraciados que han salido de FireCross para no volver ha sido un mazazo en el alma y saber que aquello no tiene vuelta atrás, es una pesada losa.

La joven se sienta en el suelo, exhausta y perdida. Nunca tendría que haberse adentrado en aquella misión sin sentido y ahora se arrepiente ligeramente mientras busca a su alrededor algún motivo que le dé esperanza. Konbach permanece hierático, pero la observa quizás ahuyentando sus propios temores. Seguramente, él no había contado con aquella situación que se les presenta, desolada y caótica. Finalmente, se agacha a su lado y le acaricia una mejilla para reconfortarla.

—Los sacaremos de allí —asegura con convicción y una media sonrisa que se tuerce a medida que se levanta del suelo y otea en derredor. June no sabe si creer en su palabra, pero comprende que Laryon también está al otro lado del río y que es motivo suficiente para que su compañero de viaje desee encontrar la manera de volver con su hermana.

Una mano alza a la joven del suelo y ella tarda unos segundos en comprender que el sacerdote la mantiene sujeta. Hay afabilidad en su rostro y cierta tristeza, pero se siente extrañamente a salvo en su compañía. Como si cientos de terrores nocturnos y pesadillas amargas hubieran quedado atrás y él pudiera leer en su alma el peso de todos aquellos momentos en los que ha sufrido enormemente. Ojalá pudiera trasladar esa sensación a todos los que aún están cautivos en FireCross y a todos sus compañeros que andan perdidos por la ciudad. El consuelo es un arma poderosa que dota de esperanza y calor a un corazón desierto.

Juntos emprenden la marcha hacia el templo que se divisa entre los árboles, majestuoso y hermoso como pocas veces antes se ha visto. Quizás las paredes estén agrietadas y viejas, pero su sólida estructura aguanta los embistes del tiempo con la resistencia de la diosa, que se niega a huir de los cielos aunque el fuego del sol intente eclipsarla continuamente.

Justo en el umbral, donde un arco de piedra se abre como un túnel hacia el misterioso interior, se detienen y contemplan el enlosado suelo. Miles de grietas perpetradas durante años, ahora están cubiertas por un líquido escarlata que se ha fusionado con la piedra. Las enredaderas que han ido comiéndose el espacio interior, se han echado a un lado y pequeñas flores blancas cuelgan de ellas como guirnaldas. Hay un agujero en el techo por donde la luna se pasea iluminando el anciano templo por dentro. Puede que la diosa esté muy lejos, pero allí se siente tan cercana que los empequeñece.

Sin previo aviso, una ráfaga de volutas de luz recorre el templo en un

remolino brillante y los recién llegados lo admiran fascinados. Las diminutas luces parecen perseguirse unas a otras, dibujando un rastro en el aire que queda impregnado en sus pupilas. Porque la luz siempre destaca por encima de la sombra, aunque sea una triste e insignificante esfera. Luego salen del templo por la rotura del techo y desaparecen rumbo seguramente a Sapphire. Un ejército de luces contra la inmensidad oscura.

—Creíamos que la sacerdotisa estaba muerta —comenta de nuevo Jimmy paseando sobre la sangre reseca del suelo.

—Fue convertida en drakko, pero su gran energía vital y sus conocimientos de magia la devolvieron a su forma anterior —le explica Konbach con ese deje de admiración que siente hacia Nathania. El sacerdote se gira hacia él en ese momento y lo escruta en silencio algunos segundos interminables.

—Nada vuelve de la sombra. Está contaminada y los que están a su alrededor, en peligro —sentencia como una condena a muerte y el templo se sume en un silencio angustioso. Ella es la única salvación a la que se aferran los supervivientes y los propios kharos, sin saber que pueden ser traicionados en cualquier momento. Sus vidas están en sus manos.



Cuando rompe el día, June se sienta en la desvencijada escalinata del templo y coloca la cabeza entre sus piernas. Quiere gritar de frustración y se siente una inútil. Hacerse la heroína le ha costado conocer una verdad que hubiera preferido ignorar. Ahora tiene que vivir sabiendo que ha abandonado a sus amigos a su suerte.

Alguien se sienta a su lado y la joven levanta el rostro que tenía encajado entre las rodillas. Jimmy le sonríe con su rostro apuntando a una rebeldía inconformista. Lleva el cabello revuelto como si se hubiera pasado la mano

varias veces para estirarse los mechones que le crecen dispersos en aquella mata de pelo salvaje. Un cigarrillo pende de sus labios con aire descuidado y aquel gesto le recuerda a Lion. Echa de menos su aire ausente y despistado, su forma de echarle el brazo sobre los hombros para arroparla, las veces que se ha dormido en su regazo...

El joven parece captar su halo de tristeza y da una larga calada antes de llenar el aire de humo. La nubecilla blanca desprende un agradable aroma que nada tiene que ver con el tabaco.

—No sé cómo habéis sobrevivido en Sapphire, es horrible lo que hay en sus calles —sentencia Jimmy mientras otea el otro lado del río.

—No se puede explicar con palabras —confiesa June preguntándose a dónde quiere ir a parar el peculiar sacerdote de la diosa.

—¿Cómo pensabais volver a la ciudad? —pregunta con renovado interés antes de que sus ojos se claven en los de ella.

—No... no lo sé —se sincera la joven que nunca ha tenido aquella respuesta en sus manos. El sacerdote asiente pensativo mientras devuelve su mirada al horizonte. Más allá del Sorna, las calles de la urbe habrán amanecido repletas de Mala Sombra patrullando en grupos, persiguiendo a la Resistencia, encarcelando inocentes y asesinando sin justicia ni piedad.

—Tengo un plan —espeta el joven con entusiasmo—. Sé que ambos queréis volver porque nunca partisteis con otra idea que no fuera esa, que habéis dejado seres queridos allí y que os habéis acostumbrado a luchar cada día como si fuera el último.

—¿Qué tipo de plan? —demanda la joven más animada. Jimmy ha dado en el clavo.

—No puedo abriros un portal de vuelta porque los Mala Sombra dominan prácticamente todos los canales interdimensionales y podríais acabar en sus manos con facilidad.

—¿Y entonces cómo...? —June no entiende nada y lo escruta con la mirada intentando sonsacarle información. Él distingue su rostro de expectación y amplía su sonrisa, dando otra calada que alarga para guardar el secreto un poco más.

—Tengo mis recursos —añade enigmáticamente y le tiende su cigarro a la joven.

Ella lo mira extrañada, pero le da una larga calada y expulsa el aire tosiendo levemente. Hay un aroma dulce que nada tiene que ver con el tabaco y un ligero mareo le hace temblar las piernas. Sin embargo, la reconforta lo suficiente para alejar el temor que la embarga. Mira más allá del río y parece que su mente quisiera echar el vuelo. Siente que no está tan lejos de los suyos y que puede llegar hasta ellos con solo estirar las manos.

Un suspiro le hace volver la cabeza hacia donde se encuentra Jimmy, pero es Konbach el que ocupa su lugar. El suave viento remueve sus cabellos rizados que ahora semejan lianas en un bosque salvaje. June sigue mareada y confusa y la mirada del hombre se le antoja dos pozos sin fondo en una negrura infinita. Es incapaz de girar su rostro en ninguna otra dirección y observa como el *rayo* se cierne sobre su boca arrasándola por dentro. El corazón le late muy deprisa intentando poner alas a todas las emociones contenidas que se niegan a salir desbocadas. Deja que el hombre la aprisione contra su cuerpo y ella no opone resistencia. Sus labios son un delicado pincel que esculpe versos a la luna dormida que yace en el cielo, mirándolos.

Konbach se separa al fin de ella y la observa en silencio. June no está segura de haberlo soñado todo. Pero hay un brillo en su mirada que no había estado allí antes, anhelante y desafiante a partes iguales.

—June... —pronuncia con la voz ligeramente ronca. Ella aprieta los labios sin saber qué decir. Konbach se levanta despacio ante el silencio de la joven y se aleja hacia el bosque a paso vivo. No mira ni una sola vez atrás.



Cuando cae la noche, el sacerdote reúne a sus hombres y a los dos nuevos visitantes que han conseguido llegar hasta allí. Konbach sigue relativamente serio mientras otea la otra orilla del río donde le gustaría estar ahora. June se mira las manos despistadamente intentando alejar toda esa maraña de pensamientos que la consumen por dentro. Ha estado enganchada a Lion tanto tiempo que no ha contemplado que otro hombre pudiera caber en su vida. El hombre a su lado es más serio de lo que busca, pero reconoce que tiene un aura espiritual que le llama poderosamente la atención y que en el templo se ve improvisadamente más luminosa.

Jimmy sonríe en la orilla del Sorna mientras los últimos rayos de sol inciden sobre su joven rostro. Repasa a los dos individuos que tiene que enviar a Sapphire y se rasca la sien distraídamente, instándoles a acercarse hasta él. Su peculiar ejército lo envuelve como un particular bosque de robustas sombras.

June no sabe qué pretende el sacerdote, pero no tiene ninguna otra forma de volver a la urbe. Su compañero se mantiene estratégicamente alejado de ella, como si tan siquiera rozarla pudiera provocar alguna inevitable reacción en él. La joven se muerde el labio, nerviosa.

Inesperadamente, Jimmy se gira en dirección oeste, donde la tímida luna naciente se asoma frágil sobre el agua que fluye mansa por el río. Un movimiento cruza su superficie y la joven recula un paso temiendo lo que pueda llevar la noche. Sin embargo, nada emerge sino que más bien, navega a contracorriente. Un oscuro barco con una vela más negra que la noche, atraca cerca de la orilla y se muestra como un espectro más que rivaliza con los demonios que a buen seguro ya pueblan sus calles.

—Esta será vuestra forma de llegar a la ciudad —observa Jimmy en voz alta.

—¿Y los demonios que viven en el agua? —demanda June con aprehensión.

—Por el día apenas serán un incordio, no os molestarán, o casi —puntualiza divertido.

—Si nos encuentran nos matarán —sentencia Konbach con una mueca de disgusto.

—Es un riesgo controlado. Uno se arriesga a la muerte cuando desafía al destino —expone Jimmy convencido mirando directamente a Konbach que no aparta sus ojos de él.

—De acuerdo. ¿Cuándo zarpamos? —inquire June nerviosa mientras aguanta el peso de su cuerpo sobre un pie y luego en otro. Hay demasiados motivos para largarse aunque la paz que allí se esgrima en el aire se agita como una bandera demasiado ansiada para dejarla en la retaguardia.

—Al alba —sentencia el sacerdote dirigiéndoles una sonrisa enigmática.

Cuando llega la mañana, vuelven a reunirse a los pies del río y les invita con un gesto a que alcancen el navío. Cuando June se acerca, la detiene posando una mano sobre su hombro.

—Tengo un obsequio para ti, dado que tu compañero ya ha obtenido su propio regalo.

—Claro —responde la joven sin convicción. Jimmy alarga una mano hasta un bolsillo interior de su túnica negra y extrae un cordón oscuro del que pende un colmillo de lobo. Se lo pasa a June por la cabeza y el afilado diente cuelga de su cuello, blanco como la luna.

—Te protegerá —admite el sacerdote y ella le sonrío agradecida—. Nos volveremos a encontrar —le asegura y se despiden en la orilla oscura.

El agua está más fría de lo que pueden recordar, pero apenas tienen que

andar unos pasos hasta llegar al pequeño barco. Suben a la embarcación con los pantalones mojados y se detienen ante la figura de una mujer que los espera con los brazos cruzados sobre el pecho. Lleva el cabello recogido en una larga trenza a su espalda y su mirada desafiante les demuestra que no se amedrenta fácilmente.

—Soy Alpha, *Caminante del Agua*.

## 17. LA CÁRCEL DEL DEMONIO

Hay un abismo que sube desde el mismísimo infierno dotando a los túneles oscuros de gritos de agonía. Los alaridos penden del aire como una melodía siniestra, pero seguimos en un avance imparable hacia el lugar donde se esconden los demonios.

Mi corazón es siempre una estrella oscura que no entiende de luz, capaz como es siempre de sorprenderse con el más pequeño destello. Me sube por la garganta un presentimiento extraño y me lo trago como si fuera veneno, haciéndome creer que hacemos lo correcto. La empuñadura de mi daga emite un fulgor fantasmagórico cada vez que se aleja de la superficie, pues la luna no puede incidir sobre ella y se queja alumbrándome. Más quisiera que la vida fuera tan fácil, poder decidir de nuevo seguir sus pasos. Que el temor fuera una pesadilla y los demonios una tormenta pasajera. Pero aquí ya no hay nada que valga, ni un recuerdo, ni la pena.

Los drakko impostores andan delante serpenteando sobre las piedras de las abandonadas vías. Nuestro avance es un poco más lento, pero los seguimos en la retaguardia escrutando la noche eterna que se cierne sobre nosotros sin piedad alguna.

Otto me coge distraídamente la mano y caminamos juntos con esa cadena invisible que nos une. Siento a través de sus dedos cómo se envara al escuchar un sonido diferente y nos detenemos expectantes. Los demonios reculan y se arrebullan contra una de las paredes del túnel.

Justo en la entrada de éste, una figura humana se perfila inquebrantable. Un hombre sale a su encuentro enarbolando una espada. No puede matar a los drakko puesto que solo pueden morir a manos de los kharos, pero

amedrentarlos y herirlos sí está en su poder.

Otto levanta su mano a modo de saludo y para detener el ataque del desconocido y éste lo saluda con la que lleva libre, pero sigue sosteniendo su arma sin fiarse de las criaturas que nos acompañan.

—Debéis ser los kharos... a nadie se le ocurriría ir de paseo con estas bestias —razona el hombre con una mueca. Lleva el cabello largo y oscuro y parece terriblemente fuerte.

—Lo somos, aunque no solemos pasear con ningún drakko —admite Otto sin soltarme de la mano.

—No son demonios normales, conservan su alma y en unos días volverán a su forma humana. Quisieron infiltrarse para descubrir algún secreto que pudiera ayudarnos, pero casi mueren en el intento —explico atropelladamente intentando salvarles la vida.

—¿Y qué queréis que haga con ellos? —demanda el hombre expectante.

—Que los guardes durante un par de días hasta que vuelvan a ser humanos —le pide Otto con sinceridad.

—Soy Wolf —se presenta el hombre tendiéndonos la mano. Ambos cedemos al saludo y esperamos sus indicaciones. Observa a los demonios con curiosidad, pero su expresión confirma que no ve nada en ellos que no vea en otros. Tan solo nuestra historia los va a salvar—. Por aquí...

Lo seguimos con un cansancio que empieza a hacerse eterno. Los túneles se parecen unos a otros, pero Wolf se orienta con facilidad. Nos conduce por una ruta que debe conocer a la perfección y acabamos en un viaje hacia la estación muerta. Unas enormes jaulas llenan todo el espacio que avistamos y docenas de demonios embisten contra su cárcel de hierro. Llamadas se abren paso entre las diferentes jaulas llenando el aire de fuego y humo.

El carcelero nos muestra una jaula vacía y les indica a los demonios que entren. Le resulta extraño ordenar y que ellos le obedezcan y aunque parece

demasiado fácil, los drakko impostores se arrastran hasta la entrada de su nueva cárcel, pero se detienen con reticencia.

Nadie puede culparlos de su animadversión, pero es tarde para recular. En libertad sufren más peligro que el que puedan tener allí. Finalmente, ambos penetran en el habitáculo y sus alaridos siembran un mensaje en el aire más profundo y cruel que cualquier llanto.

—¿Estarán bien aquí? —pregunto observando al resto de demonios que viven allí encerrados—. ¿Qué haces con ellos?

—Los mantengo cautivos hasta que mueren de inanición. Suelen alimentarse de carne humana o a comerse entre ellos y no puedo darles ninguna de ambas satisfacciones —confiesa Wolf con un deje de tristeza. Comprendo que no siente repulsa por ellos y que eso solo atiende a una única razón: sabe qué eran antes.

—¿Cuánto resisten? —demanda Otto barriendo con su mirada a los pobres infelices que embisten las jaulas.

—Una semana, algunos hasta dos —su respuesta me deja con la piel erizada y un escalofrío se pasea por mi espalda. Es una cárcel y un cementerio. Quizás darles una muerte rápida hasta el corazón no es el peor de los finales, quizás no seamos unos asesinos desalmados después de todo. No puedo criticar al hombre por tener piedad, pero no estoy tan segura de que dejarlos presos sea siquiera ético. Morir en agonía no es mejor que morir luchando.

Otto me apremia para salir de la sofocada estación y ya en el andén, un alarido cruza el aire silenciándolo todo. Me giro despavorida para encontrarme con uno de los demonios impostores embistiendo la jaula en mi dirección. Una palabra sale mal conformada de su boca: «*volved*». Tardo en asentir, aún despistada por el hecho de que puedan hablar. Nuestras miradas se quedan colgando de ese instante, como una promesa muerta que no acaba de

llevar a ninguna parte.



Los túneles se bifurcan y Otto encuentra rápidamente la dirección hacia el Clan Magno. Sigue las torpes señales que los humanos han ido dejando en las paredes sombrías y conseguimos llegar exhaustos hasta el pequeño poblado subterráneo que han creado algunos supervivientes. Me siento a descansar sobre el viejo andén mientras mis piernas cuelgan hacia las vías. El bullicio de la gente es una canción agradable que deleita mis oídos. De repente, algo cae sobre mi regazo y sonrío.

Otto me ha traído una naranja y la observo embelesada. Sus colores, su olor, incluso su peso me advierten de la delicia del interior. Matar por una naranja, a eso llegaría yo si no tuviera a mi lado a este hombre maravilloso que siempre hace trueques por mí. Sabe que me encantan las frutas y es un regalo para decirme sin palabras lo mucho que me quiere. Se sienta a mi lado con una especie de tortita de maíz y me sonrío. Nunca ningún otro manjar me habría sabido mejor si no es a su lado.

Magnus se planta delante de nosotros rompiendo el momento y lo miro ceñuda. Es el tipo más desagradable que conozco y eso que ahora somos pocos en la ciudad.

—Deberíais acabar con todos esos demonios que Wolf conserva en su cárcel. Es un peligro tenerlos tan cerca —rezonga sin emoción alguna, demostrando que debería ser él el que se arrastrara por los suelos. Una vez más la justicia no está de nuestra parte.

—No hay peligro, están encerrados —responde Otto con más paciencia.

—¿Y por qué los retiene? —pregunta Magnus mientras me hago eco de su demanda. Quizás solo intenta retenerlos hasta encontrar una cura. Es otro iluso

como nosotros que cree que puede devolverlos a su forma humana. Porque la esperanza es lo último que se pierde.

—Es una forma de control —le explica de nuevo Otto, beatificado para mí ya en el cielo de los mártires que aguantan a todos los gilipollas del mundo.

—¡Matarlos a todos es la única forma de vivir en paz! —brama colérico y muchos de los presentes se giran en nuestra dirección. Otto se levanta y se acerca a él para calmarlo.

—No entiendes nada, amigo. Ellos... no son los monstruos que parecen ser.

—A mí no me importa lo que sean, si me dan muerte a nadie le va importar lo que piense de ellos. O mueren o morimos, no hay más —finaliza cruzándose de brazos. Ambos *kharos* nos miramos sin emitir palabra alguna. Muy pocos saben, en realidad, lo que realmente son los demonios de la noche y dar lecciones a aquellas horas puede ser peligroso. No todos comparten la misma visión sobre el mundo y quizás algunos sientan la necesidad de protegerlos sin recordar el peligro que corren. Es mejor que sigan creyendo que son simples monstruos porque las consecuencias pueden ser nefastas.

Magnus nos deja sin pronunciar ni una sola palabra más y decidimos mantenernos alejados de él para dormir tranquilos. Buscamos un lugar apartado, pero lo suficientemente cerca como para vigilar el extraño lugar.

El suelo de piedra es extremadamente duro, pero un abrazo a tiempo siempre convierte en suaves a las afiladas piedras de las vías. Otto pasa su brazo bajo mi cabeza para que esté más cómoda y suspira en mi cuello. Su roce es siempre como un beso aunque sus labios aún no me hayan tocado siquiera.

—*Do mara seathern* —repite dos veces contra mi oído, pero no comprendo su significado.

—¿Qué...? —empiezo y él me estrecha contra su pecho con fuerza.

—Que no me dejes nunca... —expresa en mi idioma y el corazón me late tan fuerte que amenaza con salirse del pecho.

—Jamás —confieso con un hilo de voz.

—Hasta la muerte y más allá —recita como tantas veces antes.

—Hasta la muerte y más allá.



Alguien nos zarandea y abro los ojos con premura. Magnus está agazapado sobre nosotros y mi primer instinto es sacarme la daga que llevo en la cintura. En apenas segundos, el filo está a escasos centímetros de su cuello y recula despacio con las manos en alto.

—¿Qué diablos quieres? —pregunto desconfiada mientras Otto se despereza y mira insólito el momento tenso que tiene delante.

—¡Eres una zorra de cuidado! —exclama el hombre con los ojos recomidos por la ira.

—Loba, yo soy una loba —le aclaro mostrándole los dientes.

—Y con los colmillos afilados —apunta Otto colocando una mano en mi hombro para que me relaje.

—¡Eres...!

—¡Magnus! —lo corta Otto sin una pizca de amabilidad en su rostro. El mercader lo observa asustado y recula un paso quedando alejado de la daga —. ¿Qué diablos quieres?

—Los malditos drakko se han escapado y andan sueltos por los túneles —escupe al aire, recordándonos el aviso que nos había dado.

—¿Los has soltado tú? —le pregunto mientras sigo aferrando la daga con fuerza.

—¿Yo? Ni por asomo me acerco a esas repulsivas bestias. Iba a hablar

con Wolf para convencerlo de que abandone esa locura cuando me lo he encontrado tirado en el suelo, muerto —explica.

Otto y yo nos miramos con gravedad, pero mi instinto sigue advirtiéndome de que este tipo tiene algo que ver. Soltarlos ha sido la forma de salirse con la suya. Ahora no nos queda más remedio que salir a su encuentro y derrotarlos y solo espero no errar y deshacerme de aquellos dos pobres que están pasando por ese infierno.



Ni media hora llevamos patrullando los túneles y el primer demonio nos asalta rabioso y herido. Parece que sus compañeros lo han mordido y se arrastra dando largos alaridos. Busco alguna señal que me indique que es uno de los muchachos convertidos por Nathania, pero ninguna estrella aparece en su silueta. Le asiento a Otto, lo rodeamos y le damos muerte.

Su espada es rauda y certera y las vías comienzan a llenarse del olor nauseabundo de las entrañas de esos demonios. Muchos han caído ya bajo nuestra plata, pero aún no hemos encontrado a los dos drakko impostores. Sin nuestra protección están expuestos a las atrocidades de sus falsos compañeros de especie y a estas alturas podrían estar muertos. Ha sido una descabellada manera de poner a prueba innecesariamente a estos dos hombres que se están jugando la vida.

—¿Pero dónde están? —le pregunto a Otto aunque en realidad me lo pregunto a mí misma. Yo los he arrastrado hasta allí y mía es la responsabilidad de su supervivencia. Volverán a ser humanos, y es el único pequeño triunfo que recibo de la vida, aunque nazca de un castigo inmerecido y manipulado por nuestra propia hechicera.

—Creo que tengo una ligera idea —advierde Otto devolviendo mi mirada a

las vías.

Dos drakko rugen a los túneles vacíos mientras embisten a una persona que rueda por el suelo como un muñeco de trapo. Los miro angustiada y descubro la figura inconsciente de Magnus. Por un momento, deseo dejarlo allí a su suerte porque no merece más después de lo que ha causado. Pero una parte de mí mucho más sensata me recuerda qué soy y salgo detrás de Otto para alejar a las bestias del cuerpo humano que se halla entre ellos.

Ambos demonios impostores sueltan una llamarada de fuego nada más vernos y la esquivamos con dificultad. Las estrellas aún están grabadas en su piel aunque prácticamente se hayan olvidado de su existencia anterior. El demonio poco a poco va ganando terreno en sus entrañas y si no se transforman pronto quizás ya no puedan volver.

Contemplo con ansiedad la escena y me pregunto qué podemos hacer. Solo nos queda matarlos y esa opción es la más terrible. Otto me observa con cara de preocupación y comprendo que él ha pensado lo mismo. Están fuera de control, no tenemos opción.

«*Rápido*», leo en sus labios y me zambullo en el drakko que tengo delante de mí. Levanto la daga hacia el cielo en un intento por bendecirla en aquel lugar castigado por la muerte. La luna nunca llegará a besar la plata que está tan adentro de la tierra y sin embargo, una luz brillante se desplaza por la hoja de nuestras armas como si hubiera capturado a las estrellas.

Un salto en el aire rancio del túnel y con una voltereta bajo el cuello del demonio, lo ensarto con mi daga y me echo a un lado esperando la eclosión. Otto hace lo mismo con la otra bestia y ambos caemos desperdigados por los laterales de las vías.

Nada sucede. Ninguna explosión nos llena de vísceras y es entonces al levantar la cabeza cuando un brillo cegador lo invade todo y cuando se disipa, aparecen las figuras de dos muchachos tendidos en el suelo, sin moverse.

Me arrastro de rodillas y me quedo parada, observándolos en silencio. El hechizo se ha roto y han abandonado sus cuerpos de demonio. Sin embargo, ninguno de ellos hace el menor movimiento y la esperanza mengua en mi corazón como la llama de una vela que se consume a sí misma. Cera derretida que me quema las manos manchadas de sangre. Templada la cruda realidad sobre mi rostro donde se han secado ya las lágrimas y han expirado los sueños. Hartos de perseguir estrellas que nunca llegan a puerto...

*«Por la luna matar,  
por la luna luchar,  
por la luna vencer a la muerte.  
Y que si un día tengo que llorar,  
que sea al verte derramar,  
la esperanza sobre este corazón sin suerte»*

## 18. CAMINANTE DEL AGUA

El navío tiene una extraña forma de luna creciente, construido con madera plateada. Una vela negra como la noche ensarta la cubierta con un mástil que Alpha podría usar de pértiga para saltar a la orilla y abandonarlos a su suerte.

June y Konbach se acomodan lo más lejos posible el uno del otro aunque el pequeño espacio no proporciona distancia suficiente para no oír el rumor de los suspiros y del chasquear de la lengua que emiten como sendos satélites de un planeta de emociones.

—No sé qué os pasa a vosotros dos, ni me interesa. Pero no habéis oído decir que *«lo que pasa en el Templo, se queda en el templo»*? —les comunica la capitana del barco con sorna. Sus rostros son dos pergaminos fáciles de leer. El hombre suspira sonoramente dando respuesta a la caminante del agua.

—¿Qué es una caminante del agua? —demanda la joven rompiendo el hielo que se cierne como una barrera sobre los pasajeros taciturnos—. ¿Eres la capitana del barco?

—Obvio. Es un barco zeteca. Ligero, rápido e... invisible. No todo el mundo puede manejar algo como esto. Nos llaman caminantes del agua porque nuestros barcos parecen deslizarse sobre ésta como si caminaran.

—Muy poético, pero me quedo con la parte de la invisibilidad —le suelta el hombre con el rostro pétreo.

—¿Algún problema con la poesía de mi barco? Porque me han dado permiso para arrojaros al agua si os portáis mal, especialmente a ti. —Alpha señala con la cabeza a Konbach y éste tuerce el gesto en una mueca.

—¿Entonces nadie puede vernos a bordo? —pregunta June intentando apartar la atención de Alpha de su compañero de viaje.

—Ni a nosotros ni al barco. Ahora mismo, somos invisibles —confirma Alpha. Un mutismo prudencial sacude la cubierta. June se asoma por la borda y se sorprende al no descubrir su propio reflejo en la superficie del agua.

—¡Pero eso es genial! Ningún drakko nos detectará así —se sincera la joven con renovado entusiasmo. Imagina todo lo que podría hacer por ellos la invisibilidad y la esperanza tiñe de un brillo renovado sus ojos.

—¡Qué más quisiéramos! Los demonios de la noche pueden sentir la vida, se alimentan de ella. Mucho me temo que nos sentirán cuando nos acerquemos, la única baza a nuestro favor es que no nos localizarán fácilmente.

—Pero podrían derribarnos si acertaran, aunque fuera por casualidad —confirma Konbach con el ceño fruncido.

—Exacto. O cargamos con la suerte o la pisamos. Veremos que nos depara el día...

—¿Por qué no hemos cruzado el río de noche? Sería un punto más a nuestro favor —repite June buscando cualquier solución a su inquietante situación. No quiere renunciar a la esperanza, ni desea volver con las manos vacías después de tan alocada aventura.

—Los drakko son más activos de noche, mucho más... —Esta vez contesta Konbach y la justificación es más que comprensible. De noche no hubieran podido siquiera emprender el viaje de vuelta.

El sol incide entonces sobre el barco, sospechando de las aguas en las que no se refleja su luz. La madera brilla con una inusitada gracia y parece que naveguen sobre plata.

—¡Qué hermosura! —exclama la joven encantada con lo que ve. Su compañero se remueve intranquilo en su parte del barco.

—Está hecho con troncos de ziva. Tu compañero podría explicarte muchas cosas sobre nuestro sagrado árbol. —Alpha mira al interpelado y sonríe con suficiencia mientras él agacha ligeramente la cabeza intentando no encontrarse

con su mirada inquisitiva—. A fin de cuentas, le encanta guardar sus semillas y robar sus frutos...

—¿Sus frutos? —June observa a Konbach y comprende que algo esconde—. No puedo creerlo. ¿Has robado el fruto de la luna?

—Solo uno —confiesa el hombre sin mirarla.

—¿Para qué? Jimmy nos dijo que no podíamos curar a los demonios, que solo lo conseguiríamos si extirpábamos...

—¡Ya lo sé! —exclama malhumorado cortando a la joven—. Necesito intentarlo, Nathania es la mejor amiga que tengo. No puedo dejar que se pudra en las sombras. Si el demonio sigue dentro de ella, tengo que rescatarla. Me niego a abandonarla... ¿Lo harías tú con Lion?

Un escalofrío la invade recordando a su mejor amigo y desde esa perspectiva puede entender el robo. Perder la esperanza es arrojarse a un vacío oscuro y siniestro. Pero ni siquiera aquella explicación puede responderse con un beso. Todo parte y vuelve al mismo sorprendente momento como un bucle. Los misterios son la trampa del corazón.

—¿Por qué me besaste? —pregunta June sin apartar la vista de su rostro. Quiere captar cualquier gesto que pueda ser más sincero que cualquier palabra.

—¿Siempre hace falta un motivo para hacer algo que apetece? —demanda a su vez el hombre ligeramente irritado. Alpha silba y niega con la cabeza mientras se voltea para otear la otra orilla y darles cierta intimidad.

—Pensaba... —comienza la joven, pero se detiene sin saber cómo continuar. Tiene la mente echa un lío y el corazón más revuelto que nunca.

—«*Lo que ocurre en el Templo, se queda en el Templo*» —termina Konbach por ella y ambos se funden en una mirada profunda cuya intensidad rivaliza con la brillante madera del casco.



La joven está sentada en una cornisa de la azotea del edificio que se ha convertido en su nueva cárcel. Desde allí puede ver el río que brilla con el sol reflejado en sus aguas. Aún no puede creer que haya dejado a June marcharse sola en aquella ridícula aventura, no sabe qué se le ha pasado por la cabeza, ni qué pretende demostrar. Pero está convencida de que ni con esas va a engatusar a Lion. A esas alturas ya la conocen todos demasiado como para saber que está colgada de él desde el primer día en que se vieron. Tampoco entiende por qué no es correspondida, pues June es un encanto al que ella misma no le ha pasado indiferente. Ha intentado sin éxito llamar su atención, pero la joven no ve nada más en ella que a una buena amiga.

«*Así es la vida*» se dice a sí misma mientras suspira. Un sigiloso sonido a su espalda le recuerda que Anne acaba de llegar y se sienta junto a ella. Nunca ha entrado en sus planes abandonar a su hermana gemela y no piensa hacerlo ahora. Llegaron juntas al mundo y si tienen que partir hacia el otro lado, lo harán unidas.

Se gira hacia ella y ve reflejado su propio rostro en los mismos ojos que ella tiene. Son dos gotas de agua idénticas en un mar embravecido. Fuego y calma en un océano de tormenta.

—Volverá... —confirma Anne leyendo sus pensamientos.

—Lo sé —le asegura con más convicción que esperanza.

—La hechicera está encerrada de nuevo en la sala mágica —le recuerda su hermana haciendo alusión a la habitación donde suceden cosas extrañas. Desconfían plenamente de aquella mujer que esconde más secretos que palabras y que juega con fuego sin quemarse. Solo hay unos seres capaces de manipular así el antiguo elemento y son los seguidores de Zokoth.

—Encomiéndate a la diosa y vamos a ver qué trama esta vez —le propone

Lily y su hermana asiente. Levanta la vista al cielo diurno y saluda al sol con el puño apretado sobre el corazón.

—¡Larga vida a Zaranya, dadora de vida, diosa del sol! Que proteja mi senda y deslumbre a mis enemigos, que nunca me falte su calor. —Ambas hermanas sonrían y hacen chocar sus tatuajes en forma de estrella que llevan en sus rostros. Un leve fulgor se desprende de ellos recorriendo por sus cuerpos una corriente eléctrica. La magia de su diosa las protege. Son soldados *azarantha*, guerreras del sol.



Nathania comienza su baile justo antes de entrar en trance. Su cuerpo es un remolino blanco que serpentea por la estancia. Silencia sus cantos para que nadie en el estrecho pasillo pueda siquiera imaginar lo que hace allí encerrada. Las llamas de la chimenea se avivan y crecen saliendo más allá de su pequeño recinto y se esparcen por el perímetro cercado de la sala. El fuego lame las paredes queriendo calcinar hasta la piedra, fundiendo sus huesos pétreos, deseando convertir todo lo conocido en polvo. Barrer toda luz con las llamas del infierno.

Zokoth inunda aquel pequeño continente que es el cuerpo de la hechicera y la mujer gime en un éxtasis al que no puede igualar ninguna sensación humana. Está más allá de la vida y la muerte, en un limbo desterrado de dolor y angustia. Allí solo sobreviven los elegidos por el dios, los que reciben sus caricias por el dorso y no con la palma abierta. Y Nathania se deja querer. Su diosa la ha abandonado y el dios la ha recibido con los brazos abiertos. Es un amante benevolente y poderoso que quiere compartir con ella su magia y su fuego. La mujer gime de nuevo cuando el dios la inunda hasta el tuétano y la hace irremediamente suya. Cada poro de su piel transpira magia y una luz

hiriente y abrasadora sale de su boca en forma de bola de fuego. Es un demonio más atroz que cualquier drakko. Una *zokothya*, la amante del diablo.

El fuego que la ha consumido llega hasta la cúspide de aquella estancia abrasadora y lentamente mengua retrocediendo en su particular baile de llamas. La luz que envuelve a la mujer desciende en intensidad hasta que finalmente muere en su interior y se disipa. Todo a su alrededor se impregna de una quietud extraña interrumpida apenas por el crepitar del fuego que sigue como si nada, enviando sus débiles quejidos al aire.

Sin embargo, un pequeño grito rompe la calma en la que se ha sumido la sala y la hechicera levanta con pesadez la cabeza hacia la puerta abierta. Una joven menuda la atraviesa con la mirada. Su rostro de estupefacción es una mueca siniestra que no acaba de creer lo que han visto sus ojos. Se queda ahí parada sin poder siquiera moverse mientras Nathania recupera la compostura y se acerca rauda hasta ella.

—Nunca debiste entrar aquí —le reprocha a la muchacha que la mira horrorizada.

—Tú... —comienza, pero se detiene cuando la hechicera aprieta las manos contra su cuello desnudo.

Haciendo uso de una fuerza sobrehumana, apenas le cuesta dejarla inconsciente entre agónicos lamentos. Puede detenerse en ese momento e inventarse alguna historia para que los demás la crean, pero está tan enojada con ella y con aquella pestilente ciudad que no acaba de rendirse, que sus manos siguen apretando e imagina en aquel rostro a docenas de otros a los que ha querido castigar alguna vez. Casi sin darse cuenta, la joven es una muñeca rota que cae a sus pies sin un ápice de vida. La observa un instante para cerciorarse de que está muerta y decide arrastrar el cuerpo del todo hacia dentro de la habitación y cerrar la puerta.

Justo en ese momento en que la mujer la agarra por los hombros y tira de

ella, dos figuras se plantan en el umbral y la observan en silencio. Sus miradas acusadoras la delatan. Ha matado a Laryon y la diosa-loba tiembla de nuevo desde el cielo clamando venganza.

—Acababa de llegar para reencontrarse con su hermano. No sé cómo vas a explicar esto —le suelta Lily con la repulsión plasmada en su rostro.

—Me atacó —se defiende la hechicera llenando su voz de melaza.

—Zokoth no te va a proteger siempre Nathania. Y nosotras estaremos ahí para aprovechar ese momento. Caerás bajo el poder del sol —le confirma la joven con determinación. Su hermana es una estatua que secunda con su silencio todas las advertencias de su hermana.

—No me digas... —comienza a decir la hechicera deteniéndose para observarlas mejor—. Si que he estado ciega. Azarantha repulsivas bajo mi techo.

—Aquí la única que desprende hedor a podrido eres tú —la reprende Lily con ganas de gresca.

—Estáis muertas —confirma la hechicera con una mueca. Ambas hermanas sonrían conociendo ya lo que les aguarda, pero no hay temor en sus corazones. Han sido entrenadas para defender a su diosa, Zaranya. Sus almas son brillantes como el mismísimo sol.

La hechicera salta sobre el cuerpo sin vida de Laryon y se lanza sobre Lily que la espera en primer lugar. Sus manos se convierten en garras y embiste con su cuerpo a la joven que cae encima de su hermana. Ambas se precipitan al suelo y están a punto de levantarse cuando un grupo de guardias se acerca para comprobar qué está pasando.

Nathania no tiene tiempo para detener la transformación que recorre su cuerpo como una compulsión extraña. Cuando se ve rodeada, no es más que un drakko informe con los ojos en llamas. Todos reculan asustados y sorprendidos, pero no tardan en reaccionar y apresan a la bestia como otras

veces lo han hecho a la espera de un kharos que le ensarte el corazón.

—¿Y la hechicera? —pregunta uno de los guardas después de haberla buscado por toda la fortaleza.

—Ha huido por la ventana —le explica Lily ante la estupefacción del hombre. No quiere que nadie sepa que aquel drakko es ella. Con un poco de suerte un kharos la matará para siempre. Si descubren que es ella puede que alguien tenga ganas de sanarla y eso nunca ha sido una vía fiable. El que mancilla su corazón nunca puede volver a la senda de la luz.

## 19. LA LUNA QUE SANGRA

Dos mil quinientos años han pasado desde que la diosa Anandyra consagrara un esplendoroso templo en los márgenes del río Azzor, hoy conocido como Sorna. De piedra negra como la noche, su puerta estaba hecha con madera del Árbol de la Luna y emitía un suave resplandor incrementado cuando el astro nocturno la iluminaba.

El bosque colindante era una maraña de árboles salvajes que clamaban a la libertad que solo los cielos podían darles y no había que subestimar la leyenda, pues los lugareños aseguraban que una vez al año, los troncos cobraban forma humana y salían en procesión hasta el templo para rogarle a la diosa ancestral. Que sus cánticos llegaban hasta el río y una neblina espesa cubría su orilla dotando de intimidad a tan misterioso desfile. Un especial regalo de la diosa Fangadah a su hermana Luna, un ejército de madera, hojas y musgo; que una vez convertido en carne no dudaban en arriesgarlo todo para que la luna saliese de nuevo al firmamento. Entregados y fieles como la madre tierra...

De las montañas también se contaban misteriosas y temidas leyendas. La boca del volcán que anidaba en su cúspide había sido sepultada por años y años de soledad. Una escombrera de cenizas que el tiempo se había encargado de enterrar en el olvido. Los árboles y la frondosa vegetación habían vuelto a dotar de color las laderas de la montaña y escondían secretamente su tierra negra, esa que a veces quemaba y humeaba rivalizando con las nubes, esa que tiznaba las manos y el corazón, que dotaba a las noches del fuego de la tormenta y apagaba con su furia los devaneos de algún dios.

Incluso el río que cercaba Sapphire tenía su propio cuento y algunos

especulaban con que Iridith, la diosa del agua, había trazado con su mano la frontera natural para las dos ciudades gemelas que antaño se levantaban una al lado de la otra. Aguas que ahora estaban infestadas de criaturas terroríficas y que hacían inviable su paso. Sapphire estaba cercada por doquier, contaminada la tierra y el agua, pero solo una mirada al cielo les devolvía la esperanza. La luna y el sol que nunca abandonarían a los habitantes de la ciudad zafiro, la última joya forjada con el fulgor de las estrellas.



Otto me observa aterrado justo al tiempo que mi mirada se escurre entre los tres hombres que yacen en las vías. De Magnus me importa bien poco su estado y su muerte no es algo que vaya a lamentar por muy escasas personas que queden en la ciudad, hay algo maligno en ese malnacido que me hace despreciarlo incluso en la piedad que ejerzo hacia cualquier otra raza. Pero aquellos dos desdichados despiertan en mí una tristeza infinita. No deben morir por los errores de una necia y no es esa mi forma de insultar a la hechicera que tanta oscuridad alberga en los últimos tiempos, es un atributo que me otorgo a mí misma por mi encarecida estupidez. Reverenciar tanto a alguien solo le aporta poder sobre otros, sin cuestionar apenas sus movimientos y sus decisiones que tantos problemas nos han ocasionado. Algo huele a podrido en Nathania y proviene de algún lugar recóndito en su corazón.

Acerco dos dedos al cuello de Lion y apenas percibo el lento latir de su corazón. Ninguna música podría resonar más en aquellos túneles dejados de la mano de algún dios sin alma ni escrúpulos. Otto hace lo propio con Valer y asiente en mi dirección. Ambos están vivos, misión superada. Sin embargo, es Magnus el que despierta en primer lugar y nos fulmina con la mirada.

—¡Casi me matan!

—Yo te veo muy vivo —replico ante su comentario que tiende a la exageración. Frunce el ceño y observa a Otto en busca de ayuda. Él se encoge de hombros y se dispone a despertar a Valer que le queda más cerca. Lo ignoramos deliberadamente y el comerciante bufaba enojado buscando su minuto de atención. Finalmente, se levanta y se da media vuelta para buscar su camino al Clan. No ha recorrido más de diez pasos cuando se gira y nos encara malhumorado.

—¡Los kharos ya no servís bien a esta ciudad! —escupe venenosamente y yo me río en silencio, porque no lo servimos a él, porque no servimos a la ciudad en sí; servimos a la diosa luna, la única que puede liberarnos de la oscuridad.

Otto resopla cuando al fin el hombre desaparece de nuestra vista y niega con la cabeza indignado. No estoy muy segura de que todo ese enfado sea por el desgraciado de Magnus, sino por alguna decisión de Nathania que empieza a cuestionar. Desconfiar de ella es un mazazo para nuestros planes, significa quedarnos sin un arma potente y letal, pero algo está corrupto en la hechicera y mirar para otro lado puede que implique nuestro final.

Lion abre los ojos, de repente, y se inclina sobre las vías a vomitar el contenido de su estómago. Respira con dificultad y nos observa con miedo y con reconocimiento. Se mira las manos, tembloroso, y sonrío sabedor de que ha vuelto a su forma humana.

—¡Dime que no han podido corromper mi alma! —exclama nervioso y solo puedo negar emocionada.

—Dudo mucho que eso sea posible, el ritual de endemoniación es mucho más complejo que insuflar un poco de fuego sagrado en vuestros cuerpos. Estáis a salvo —confirma Otto para tranquilidad del muchacho al que una lágrima furtiva le baña el rostro.

—¡Tenemos que ayudar a las chicas a salir de allí! —nos pide Lion con desesperación, no quiere volver a Los Portales y nadie lo culpa por ello.

—Están a salvo, Los Portales es una fortaleza... —comienza a recitar Otto, pero el joven no lo deja terminar.

—Infectada. Nathania ha sido tocada por la Sombra —asegura el chico con una convicción demoledora.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto antes de que Otto vuelva a rebatirlo.

—Porque soy un *lothion*, hijo de la diosa Fangadah. La tierra ha sido manchada por esa hechicera traidora y ella sabía quiénes éramos desde el principio, por eso nos ha separado. Su verdadero dios se lo reveló y casi nos cuesta la vida, tenemos que salvar a las chicas —resuelve atropelladamente mientras un murmullo se escapa del cuerpo del otro hombre.

—Su verdadero dios... —repite Otto incapaz de juzgar a Nathania sin descifrar todos los entresijos de aquel juicio improvisado.

—Zokoth —pronuncia Lion y Valer se levanta de un salto como si el mismísimo dios en persona estuviera persiguiéndolo. Observa a su alrededor dispuesto a defenderse y cuando al fin se encuentra seguro, fija su mirada en nosotros.

—¿Y tú quién diablos eres? —pregunto al despistado joven que sonrío enigmáticamente.

—Valer. Soldado de Iridith... Siempre supimos que la dama de la explanada tenía algo, era atrayente como un imán y éramos incapaces de dejar de mirarla cuando se nos aparecía.

—Pero cuando la conocimos en Los Portales descubrimos que no nos había estado buscando por casualidad. Quería acabar con los soldados de los otros dioses, quebrantar nuestros sentidos, enloquecernos, despistarnos, matarnos —explica Lion con pesar—. Cuando llegamos a la fortaleza quedamos inconscientes y a su merced durante horas y aquello me hizo pensar,

creo que nos pasó por el filtro del dios para saber qué éramos en realidad y nos descubrió. Supo desde ese primer día lo que éramos y su único objetivo fue deshacerse de nosotros.

Un silencio sepulcral invade las vías en las que estamos plantados como estatuas. Aquellas revelaciones son la peor noticia que podíamos recibir, puesto que implica que la hechicera está más corrompida de lo que imaginábamos.

—¿Cómo podemos ayudarlas? —pregunto aún sabiendo la respuesta. Otto se planta a mi lado, tan cerca de mi cuerpo que puedo sentir el aroma de hierba que escapa de su piel como un perfume. Su presencia me embriaga y me reconforta y él lo sabe. Me dice sin palabras que siempre va a estar conmigo.

—Ni siquiera sé si June volverá... —murmura Lion cabizbajo.

—Quizás esté mejor en otro lugar ahora mismo —lo tranquiliza Valer colocando una pesada mano sobre su hombro. El joven asiente, pero sigue con la preocupación surcándole el rostro como una sombra.

—Hay que rescatar a las gemelas —asegura entonces y Valer sonrío ante el comentario de su amigo.

—A las chicas nunca les ha hecho falta ayuda, estoy seguro de que ya se están encargando de todo —replica Valer con convicción.

—Tienes mucha fe —le digo con determinación.

—Y ellas también —me asegura antes de darse la vuelta y emprender el camino de regreso a la superficie.



Cuando conseguimos dejar atrás los túneles, la salida se abre como una boca abierta al cielo. Es la misma solitaria obertura por la que entramos y que nadie osa pisar a sabiendas de que la frecuentan demonios de la noche y Mala

Sombra. El miedo es una daga que hiere lentamente el alma, pero somos diestros con las armas y su hoja rueda en nuestros dedos como un viejo juego de niños.

El cráter que un día dejaron numerosas bolas de fuego sobre una antigua entrada al subsuelo, confiere un paisaje lunar y ennegrecido al pavimento que lo rodea. El sol aún no ha salido, pero clarea lo suficiente para que podamos ver a nuestro alrededor sin necesidad de entornar los ojos.

Un movimiento en el cielo detiene nuestro avance y levantamos la vista al cielo conteniendo el aliento. Siete águilas sobrevuelan el cruce de calles en el que desemboca la abertura del suelo y ruedan en círculos sobre nuestras cabezas. Su majestuoso vuelo lleva implícito un movimiento circular que semeja el símbolo del infinito.

Nunca he visto tantas de esas aves juntas y me pregunto qué buscan en una ciudad devastada tiempo atrás. Dos de aquellos animales alados desafían las construcciones a medio derruir y barren el aire a escasos metros de donde nos encontramos. Un reguero de plumas oscuras cae como una lluvia extraña y se pierde entre las piedras ennegrecidas del pavimento borrando sus huellas de la faz de la tierra.

Lion se adelanta y recoge una de aquellas plumas entre sus manos. Su pequeño tesoro llegado del cielo parece temblar y con una sacudida y una chispa de luz, se convierte en una semilla plateada.

El grupo entero la observa ensimismado mientras las aves vuelan cada vez más alto hasta confundirse con las nubes.

—¿Qué es? —pregunta Valer curioso pasándose la mano por la incipiente barba.

—Es una semilla de ziva, el Árbol de la Luna —sentencia Otto fascinado.

—Pero necesitamos su fruto y plantar un árbol y esperar a que florezca lleva demasiado tiempo, ¿qué podemos hacer con las semillas? —pregunta

Lion sin dejar de observar la semilla en la palma de su mano.

—Quizás... —comienza Otto con esperanza en su voz y nos giramos hacia él, hay brillo en sus ojos—. En mi tiempo, había una vieja leyenda que hablaba de la luna sangrante.

—Explícanosla —le pido animándolo a seguir y él traga saliva, recordando algo que a buen seguro ha creído ya olvidado para siempre.

—Había una vieja bruja que todos los años se sacrificaba por Anandya, ingería una semilla de ziva y el árbol crecía en su interior echando extensas raíces en su cuerpo. Una luz extraña le salía continuamente por la boca y las hojas plateadas le crecían por la piel, el cabello era una maraña de raíces y los ojos le sangraban clamando a su diosa.

»La llamaban la *luna que sangra*, pero lo cierto es que la mujer se convertía en árbol y daba sus frutos en cuestión de horas. De las palmas de sus manos pendía la ovalada y plateada fruta que solo podía verse durante una jornada, hasta que el poder sobrenatural de la diosa la abandonaba y la vieja bruja volvía a su solitaria y anónima vida en el bosque. —La historia termina con un silencio extraño y prolongado en el que no faltan las miradas de soslayo y las conjeturas al aire. Finalmente, Lion carraspea para aclararse algo más que la garganta.

—¿Y quién va a exponerse a eso? —pregunta lo que nadie se atreve a decir.

—Yo lo haré —sentencio convencida y Otto posa inmediatamente su mano en mi hombro deteniendo más que mi cuerpo, mi acelerada mente.

—No podemos prescindir de los únicos kharos que tiene esta ciudad, ni por un solo día. Vosotros no podéis... —afirma Lion pensativo. Sus ojos son un oasis de esperanza en una noche solitaria y tibia.

—¿Y entonces qué? ¿Desistimos? —pregunto nerviosa y molesta. Quiero soluciones y las quiero ya, pero parece ser que estoy enjaulada por el destino

que me requiere para otros cometidos. Matar es para lo único que me quiere mi diosa y un sabor amargo me sube por la garganta recordándome el precio de bañarse con la sangre de un drakko: el recuerdo.

—Yo lo haré —repite Lion convencido. Todos lo miramos expectantes—. Soy un soldado de Fangadah, un lothion, un hijo de la tierra. Estoy preparado para albergar vida en mi interior, mi sangre es savia de los árboles y mis pies son pura tierra. Yo recogí la pluma, está escrito que sea yo quién haga sangrar la luna.

—¿Y qué haremos con el fruto de la luna? —demando sin mucha convicción, mi imaginación es incapaz de proyectar en mi mente un plan tan elaborado.

—A Nathania ya la tenemos perdida —expone Valer por si se nos había ocurrido la idea.

—Las bolas de fuego de los drakko son las palabras de su dios, igual nuestra diosa tiene su propio idioma secreto y su fruto es su palabra más poderosa. Tenemos que encontrar a Zokoth y revelarle el mensaje de Anandrya. El dios del fuego es nuestro objetivo —comprende finalmente Otto y asentimos en silencio. ¿Se puede curar a un dios? Y una insulsa carcajada resuena en mis oídos con el clamor de las puertas cerradas.



Llegamos a Los Portales cuando el sol ya está en lo alto de un firmamento libre de nubes. Lion no quiere convertirse en árbol hasta saber que las chicas se encuentran a salvo y desde luego las gemelas lo están. La fortaleza se ha convertido en un laberinto que nada tiene que envidiar al que guarda sus paredes externas. Hay un nerviosismo extraño que recorre el edificio y no tardan en dar con un por qué: Nathania ha desaparecido.

—Ha huido —confiesa Lily con parsimonia mientras se afila las largas uñas de sus manos.

—¿Sin más? —pregunto desconcertada. Que la hechicera desapareciera era lo último que había esperado de ella.

—¡Oh no! Mató a Laryon primero con sus propias manos, la pillamos in fraganti, se convirtió en demonio, la apresamos... y se escabulló para no dar explicaciones.

—¿Qué?! —Otto está consternado y sus hombros se hunden sabiendo que ha confiado varias veces en aquella mujer, le ha confiado su propia vida.

—Nadie cree que la hechicera la matara, pero nosotras lo vimos todo. La joven Laryon la encontró invocando a Zokoth y a cambio recibió la muerte —sentencia Lily y Anne asiente con semblante serio.

—¿Vosotras también sois soldados de algún dios? —se me ocurre preguntar mientras las observo. Su resolución, su determinación, hay algo en ellas poco usual y ahora comprendo que aquel extraño grupo no son especiales por haberse fugado de FireCross, tienen la huella de la divinidad. Ambas sonrían y se miran con complicidad.

—Somos guerreras azarantha, hijas de Zaranya, la diosa-sol —concluye Lily que normalmente es la que más habla.

—Genial —adviento dirigiéndome a ellas que me sonrían condescendientes—. ¿Dónde crees que habrá ido? —le pregunto a Otto que la conoce mucho más que nosotros.

—En busca de su mejor amigo, Konbach. —Nos miramos confundidos. June está con el hombre y eso solo implica que tenemos que encontrarlos antes que ella o la vida de la joven puede correr peligro. Aunque si realmente han alcanzado la otra orilla, la hechicera nunca se arriesgará a caer en manos de su antigua diosa. Tiemblo pensando en toda la información que retiene en su poder y que nosotros desconocemos, pero sé que dónde esté ella estará Zokoth

y tenemos que acabar con él.

—¿Conociste a Nathania en tu época? —le pregunto a Otto en esos momentos aunque he tenido ganas de hacerlo desde que conocí su estrecha relación. Miro a mi alrededor y nos han dejado solos hace ya un rato preparándose para rescatar a June. Él rebulle intranquilo y fija sus oscuros ojos en mí.

—Era mi prometida —sentencia como una flecha que hace diana en mi corazón. Reculo un paso impactada por sus palabras, pero me agarra de la muñeca y me atrae hacia él.

—No la amaba, ni ella a mí. Iba a ser un matrimonio pactado y cuando la guerra estalló en mi tiempo, nos distanciamos y nos pareció bien a ambos.

—Pensaba que las sacerdotisas no se casaban —adviento con desconfianza. A esas alturas todo lo que está relacionado con aquella mujer me produce un recelo irrefrenable.

—Y no lo hacen, mientras ejercen su culto. Pero a cierta edad son retiradas y cambiadas por otras personas y entonces suelen casarse. Casi es obligado que se unan a alguien cuando salen del templo. Son tradiciones de un pueblo arcaico, nada que tenga que ver con el tiempo en que estamos ahora. El pasado, pasado está —finaliza para tranquilizarme y le sonrío tímidamente. Me abraza y entierro mi cabeza en su pecho escuchando los fuertes latidos de su corazón.

—Te amo Otto.

—Yo más... —responde a mi declaración mientras me besa la frente y me recorre una corriente eléctrica que me hechiza hasta el tuétano.

## 20. UNA CAMPANA ROTA

No quedan muchos metros hasta la orilla, pero el agua se rebela en un torbellino furioso. El río se contorsiona nervioso azuzado por el veneno que lo impulsa desde las profundidades. El sol incide sobre la superficie cristalina y el agua se vuelve opaca y sucia. Cientos de burbujas apuntan a la extraña vida que se remueve inquieta justo debajo.

El barco tiembla y Alpha mira de soslayo el río por el que circulan intentando no ser vistos. Es probable como ya les ha asegurado, que los drakko presientan la vida y que se sientan nerviosos ante su invisible presencia. Sin embargo, la caminante del agua se siente segura y no mueve ni una pestaña para evitar a las bestias.

Una suave embestida al casco les advierte de que han sido descubiertos, pero la capitana se mantiene impassible oteando la otra orilla como si aquel vaivén inoportuno no fuera con ella.

—Creo que nos han descubierto —murmura June con el rostro más pálido que de costumbre. Si su única vía de escape es el agua, lo tienen muy crudo.

—Sí, es posible —rezonga Alpha mirándose improvisadamente las uñas afiladas.

—¿Y qué piensas hacer? —demanda Konbach con semblante serio. Sus nudillos se han vuelto blancos de tanto apretarlos contra la madera de la cubierta.

—Nada —responde ella con pasividad. Vuelve su vista de nuevo a la otra orilla y los ignora igual que a las criaturas que moran en las aguas.

Ambos pasajeros se miran en silencio y observan sendos rostros de frustración, recelo y miedo. Han puesto sus vidas en manos de una total

desconocida que los arrastra en aquel particular viaje hacia un misterioso final.

Una nueva embestida sacude la embarcación y las tres personas que van a bordo pierden el equilibrio cayendo de sus asientos. Esta vez no ha sido un simple roce, sino un golpe atestado con vehemencia. June nota un rasguño en su brazo izquierdo y se lo frota mientras se sienta de nuevo y mira furibunda a la capitana del barco.

—¿No podemos hacer nada? ¡Nos van a matar!

—¡Tal vez si dejarais de parlotear llamaríamos menos la atención! —  
escupe Alpha sin rastro ninguno de simpatía. Chasquea la lengua exasperada y maldice en un idioma desconocido. El silencio se apodera de ellos creyendo que realmente los han descubierto por hablar demasiado.

Transcurren algunos minutos y los embistes cesan dando por solucionados sus problemas. La embarcación continúa a buen ritmo cruzando el río y el día les sonríe con un sol resplandeciente.

June suspira mientras deja atrás su pánico para refugiarse de nuevo en sus pensamientos. Lion ocupa buena parte de ellos como lleva haciendo los últimos años, pero su indecisión y sus desaires le dejan un gusto agriado en el alma cada vez que piensa en él. Su amor fraternal no deja de ser otra cosa y aunque ella se empeñe no sacará nada más de aquella relación imposible. Sabe que tiene que alejarse de él, pero preferiría hacerlo voluntariamente y no por imposición de aquella vida desalmada que les ha tocado vivir. Espera, casi suplica, para que su misión se haya resuelto bien y haya vuelto sano y salvo a Los Portales. Se reprocha a sí misma por no pensar en su vida primero, pero ¿qué vida le queda ya por defender?

Konbach que parece adivinar sus pensamientos cada vez que se siente triste, se sienta a su lado y hace ademán de pasarle un brazo por la espalda. Ella lo derriba con la mirada y su gesto se confunde con un sonoro bufido.

—¿Por qué siempre eres tan distante? —le recrimina Konbach mientras mira al suelo de la cubierta.

—¿Distante? Estoy a tu lado —se defiende June.

—Mentira, yo estoy a tu lado, tú solo me dejas respirar junto a ti. —La joven le envía una extraña e indescifrable mirada y lo deja por imposible. Sabe que si le contesta tendrá que replicarle hasta el infinito—. ¿Es por él?

—¿Qué quieres ahora? ¿Otro beso? —le pregunta un tanto divertida y confusa.

—¿Es por Lion? —pregunta Konbach y mete el dedo justo en la llaga. La joven le devuelve una mirada triste donde sobran las palabras y esta vez sí que le pasa el brazo por la espalda para reconfortarla. June hace ademán de quitárselo de encima, pero finalmente acepta aquel cobijo extraño y Konbach la acerca contra su pecho mientras le acaricia el cabello revuelto por la brisa.

—Enternecedor... pero tenemos un problema —recita la capitana con ironía. Ambos levantan la cabeza hacia ella asustados y les señala justo en la otra dirección.

Un torbellino de agua de varios metros de ancho engulle ramas, hojas y peces que encuentra a su paso. El remolino va creciendo a medida que avanzan y acabará por arrastrarlos hasta las profundidades si no cambian el rumbo de inmediato.

Alpha se levanta como una exhalación y se planta en mitad de la cubierta con los brazos extendidos al cielo. Comienza a recitar un ensalmo cuyas palabras apenas comprenden y un viento gélido e intenso comienza a soplar en dirección contraria al remolino de agua. El barco parece ser empujado por aquella nueva embestida invisible y el velamen se hincha provocando un cambio de rumbo inesperado.

Alpha sonríe sin dejar de apuntar con sus brazos al cielo azul y observa de refilón como se alejan precipitadamente poniendo distancia de nuevo con la

orilla. La descarga del viento huracanado los empuja rápidamente y el torbellino es casi un borrón cuando finalmente cesa y apenas sopla una brisa agradable.

June observa a Konbach que la ha aferrado de la mano en todo momento. Tiene el cabello rizado desordenado y la joven intuye que ella también. Pueden contarlo y es solo entonces cuando acaba de tragar el nudo que se le ha formado en la garganta. Mira hacia atrás en un intento de atisbar algún pequeño rastro de lo que ha estado a punto de ocurrirles, pero es al volver la vista hacia la caminante del agua cuando el horror se dibuja en sus pupilas.

Un enorme drakko desafía a la luz del día y se enrosca en el casco soltando su pesada cabeza sobre la cubierta. Alpha da un brinco y se coloca junto a sus pasajeros que miran con espanto a la temible criatura. Su cuerpo de serpiente se contorsiona y forcejea para llegar hasta ellos, pero su gran envergadura no le permite avanzar demasiado. Los humanos retroceden hasta que ya no les queda barco.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta June con un hilo de voz.

—Calma —responde la caminante del agua.

El demonio sofoca un alarido y el aguijón de su larga cola verde zigzaguea en el aire buscando donde clavarse primero. Los tres enmudecen sin perder de vista aquella saeta envenenada y esperan lo que el destino les tenga preparado. Sin embargo, es de su boca de la que deberían alejarse, pues una llamarada comienza a fraguarse en su interior y en la claridad del día cuesta distinguir el fuego que no nace de una brasa.

Finalmente, el alarido ensordece la vida de un día que solo es aparentemente bonito y una bola de fuego es lanzada sobre ellos sin piedad. Konbach protege a June con su propio cuerpo a sabiendas de que lanzarse al agua es acabar siendo el alimento del resto de demonios que no tardarán en llegar. Alpha no recula ni un paso, se planta frente al fuego, levanta una mano y

de nuevo un viento huracanado sale de ella y devuelve la esfera en llamas a su dueño. El drakko estalla en una gama de colores verduzcos y brasas apagadas que salpican la cubierta de manchurroneos oscuros. La caminante del agua emite una mueca de repugnancia y se limpia sus ropajes distraídamente mientras sus pasajeros la miran boquiabiertos.

—¿Cómo diablos has hecho eso? —pregunta June entre la admiración y la perplejidad.

—Cuando se domina el viento sagrado de Isuln se pueden invertir las corrientes y la energía tiene la suya propia...

El barco fluye con agilidad de nuevo sobre el río y pronto atisban una orilla solitaria a recaudo entre los árboles.

—Podrías venir con nosotros y usar ese poder en tierra, contra los drakko que asolan la ciudad. ¡Junto a los kharos serías invencible! —exclama June entusiasmada por una esperanzadora idea que solo ha nacido en su mente. Alpha guarda un inquietante silencio.

La embarcación se adentra lentamente hacia un desvencijado muelle de madera del que apenas quedan algunas tablas en pie y se detiene como una góndola esperando una canción resonando contra las paredes de las ruinas que no quedan muy lejos.

—El viento sagrado de Isuln... solo pueden usarlo los muertos —sentencia Konbach muy serio sin dejar de observar a la capitana que le devuelve una larga mirada cargada de misterio.

—Los caminantes del agua somos espectros, nuestra vida se limita a nuestro barco. Somos los protectores del río —asegura Alpha con brillo renovado en sus ojos claros.

—No puede venir con nosotros June —aclara Konbach a la joven que no se ha movido de su sitio. Siente como si le hubieran robado de nuevo una esperanza y lidiar con la oscuridad cada vez es más difícil.

—¡Larga vida a tu barco hermana del agua! —exclama June emocionada sabiendo que deben despedirse y continuar su aciago camino. Sus palabras de ánimo no son un consuelo para toda la derrota que se le acumula dentro.

—Que no te falte nunca el viento... —le desea el hombre antes de seguir a la muchacha hasta el destartado muelle.

—Que nunca tengáis que volver a cruzar estas aguas... —murmura la caminante del agua con una sonrisa mientras los despide con una mano y el barco se aleja grácil flotando como un delicado nenúfar que nada tiene que envidiar a las pirañas.



Han pasado ya varios minutos y June parece anclada en la orilla de la que apenas se mueve. El barco hace rato que ya no se divisa navegando en la superficie del agua que se hace cada vez más oscura a medida que la noche se acerca. Konbach rebulle intranquilo mientras revisa constantemente en todas direcciones buscando Mala Sombra ocultos que no acaban de revelarse. Finalmente, estira del brazo de la joven e intenta llevársela hacia un lugar más seguro.

—Déjame, no tengo ganas de ir a ninguna parte. Estamos lejos de Los Portales, nos van a matar —sentencia June dando una puñalada al orgullo del hombre que no piensa renunciar aún.

—Estamos de nuevo en la otra orilla, vivos y tenemos que reencontrarnos con nuestros amigos. Estamos bastante lejos y hay que buscar un lugar para pasar la noche.

—Nos van a matar... —murmura la joven desilusionada. Sin embargo, se deja arrastrar por el hombre que la obliga a cruzar los árboles hasta llegar a las primeras ruinas. Otean a su alrededor y caminan sigilosos entre los

escombros buscando algún punto de referencia o un escondite improvisado.

Una imponente campana negra yace partida en dos sobre un montón de piedras. La joven observa con el corazón desgastado como aquel viejo instrumento se encuentra en su camino como un símbolo de la soledad. Una vez llamó con un estruendo al cielo clamando a la divinidad y ahora sus bordes mudos ni siquiera darían la voz de alarma a una ciudad que lo ha perdido todo. No está la tierra más en calma que el agua azotada por remolinos y demonios, si acaso es más difícil esconder la cabeza debajo de la arena y ahogar las palabras que arrastra el viento con temeridad.

—Ya hemos estado aquí. Este lugar está infestado de demonios —asegura June antes de subirse a una columna y otear más allá.

Una imponente estructura, casi destruida por completo, se alza unos metros más allá aunque los escombros la ocultan parcialmente. Lo único que queda en pie de la antigua catedral es un rosetón que desafía los embistes del tiempo y los devaneos de la luz al crear formas fantasmagóricas a través de sus cristales multicolor. La fachada es una caricatura burlesca de lo que una vez fue el imponente templo que adoraba a un único dios.

—¿Tienen algún refugio? —demanda Konbach que empieza a avanzar apresuradamente hacia la catedral mientras la conduce de la mano. June no sabe por qué no la deja atrás y lo sigue porque es incapaz de decirle claramente que se ha rendido.

—En la cripta —confiesa la joven mientras intenta seguir el ritmo de su compañero de viaje.

Juntos recorren los metros ruinosos que los separan de la destartalada fachada de piedra que aguanta como un viejo guerrero herido y descubren el interior atestado de montículos de piedras que antes formaban los muros de aquel templo. Trepan por los escarpados montones, caen y vuelven a recorrer aquellas dunas duras y desgarradoras, hasta que finalmente coronan la última

cima y se descuelgan hacia una vieja trampilla escondida en el suelo. Golpean la escotilla de madera deseando que hayan aguantado ahí abajo, pero la respuesta no es inmediata y el miedo les atenaza de nuevo el corazón.

La noche está cayendo fuera y el cielo se ha teñido de un gris oscuro que presagia la primera estrella. Ambos se giran para mirarla a través del techo fantasma que forman unas cuantas vigas peladas sujetas apenas a la fachada y al muro posterior. No existen ya lugares románticos en aquella vieja ciudad y una diminuta luz en el firmamento es como una rosa abierta en la mano, con sus espinas en forma de esperanza rota en mil pedazos como la efímera belleza del mundo.

—¿Te has preguntado alguna vez qué harías si toda esta locura se terminara mañana? —demanda Konbach mirándola de nuevo a los ojos. Ella se estremece ante aquella mirada que habla por sí sola y suspira.

—Soñar. Hace mucho que desistí y me olvidé de todos mis sueños — responde June con pesar—. ¿Y tú?

—Amar. Se me hace terriblemente difícil entregar mi corazón cuando sé que quizás mañana no vuelva a respirar. —Ambos se miran bajo la luz de las estrellas y el hombre alarga su mano hacia el rostro de June que no se aparta. Una caricia le roza el pómulos como si temiera romperla, aunque ambos saben que la verdadera fragilidad está en el alma que se balancea torpe en el precipicio de la supervivencia humana.

Un sonido procedente del subsuelo hace que ambos se aparten el uno del otro y observen expectantes la vieja trampilla que tras algunos intentos fallidos, se abre con un gruñido seco y una cabeza conocida asoma con fuego en la mirada.

La hechicera pasa sus ojos de uno a otro y finaliza su revisión en su amigo. Konbach sonrío al verla y la ayuda a salir a la superficie estirando de su brazo.

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunta ilusionado por tenerla de nuevo tan cerca. Nathania le profesa una mirada afilada y llena de intención y el hombre recuerda súbitamente todo lo que han hablado en el templo de Anandrya. Su amiga está contaminada por el fuego de Zokoth. Konbach se lleva una mano al bolsillo interior de su chaqueta y toquetea nervioso el fruto del ziva que lleva madurándose muy cerca de su corazón.

—Un cambio de planes —responde la mujer enigmáticamente.

—¿Han vuelto Lion y Valer? —demanda a su vez June, sintiéndose culpable por estar tan lejos.

—Están muertos —responde la hechicera secamente y la joven siente que el mundo se rompe una vez más. Se derrumba en el suelo y las manos de Konbach no son lo suficientemente rápidas para sujetarla.

Un alarido resuena en aquel preciso instante desafiando a la luna y rompe la magia que aún pudiera quedar en el aire. La hechicera abre de nuevo la trampilla y se zambulle en la oscuridad con premura, solo se detiene para esperar a su amigo que anda rezagado llevando el cuerpo inconsciente de June con él.

—Déjala ahí, no nos sirve para nada —replica Nathania con una muestra de crueldad importante.

Él sabe que es la mancha del dios lo que provoca aquella maldad en ella y la ignora hasta que consigue descender al subsuelo con la joven desparramada sobre el fruto de la luna que duerme en su pecho.

## 21. TEMPUS FUGIT

No han pasado más de dos horas desde que cayó la noche y me siento sobre el muro de Los Portales a examinar el exterior. Asombrosamente, todo se percibe en calma y los pocos alaridos que se escuchan parecen llegar de lejos. Nada me hace pensar que esta loca batalla se vaya a terminar en breve y esa calma aparente me crispa los nervios.

Una estrella fugaz cae del cielo y se desparrama por el horizonte que ha dejado de clarear hace ya bastante rato. Su estela me recuerda los fuegos artificiales que cubrían de luz las noches de fin de año y la fiesta grande de la ciudad, mientras las calles se llenaban del bullicio de la gente.

Los recuerdos ahora son tan solo heridas que rechazar con la mirada, apretando muy fuerte los ojos para sellarlos bien adentro. Aunque a veces se escapan por los resquicios traidores de pensamientos fugaces como esa estrella, por las comisuras de los labios creando grietas de arrugas sobre el mosaico de colores de nuestra piel. Se anteponen a nuestra voluntad y nos ciegan de ilusión. Masa informe de alegrías perdidas en un devastado interior.

Y tal vez por algún mensaje divino que siempre bloqueo, mis recuerdos incluyen siempre a Lud. Tan alegre y vivaracha, tan especial. Dejarla en FireCross me abrió una herida en el alma que sigue sangrando sin cesar. No sé si está viva, muerta o si he sido yo misma quién le ha ensartado el corazón con mi hoja de plata. El alma muere siempre un paso por detrás de la esperanza.

Agarro un puñado de guijarros entre mis dedos, los remuevo y los lanzo en mitad de la calle que queda debajo del muro. Observo que por allí me escapé una vez de las manos de Nathania sin saber quién era ella. Quizás la intuición es más auténtica en la ignorancia.

Una piedra se ha quedado de pie desafiando al tormento de la noche que se

le ha caído encima. Otto siempre me dice que las piezas discordantes marcan la diferencia. No existen las casualidades para él. Y aquella extraña piedra apunta al cielo como una diminuta columna de arena y polvo. Es una flecha luminosa que dispara hacia el único lugar que se me antoja tan lejos y tan cerca como esa cruel realidad que nunca me quito de encima.

Estoy a punto de levantarme para acallar mi conciencia, cuando Otto toma asiento a mi lado y me sonrío. Su sola presencia ilumina mi tétrico mundo y da calor a mis mejillas.

—Tengo que ir a buscar a Lud —le suelto incapaz de acallar a esa voz que me atormenta. Su sonrisa se vuelve más frágil y su mirada triste se posa sobre el mismo cielo que ya he escrutado antes sin encontrar solución a mis problemas.

—Volver a por Lud... ¿es el mejor momento? —reflexiona sin mirarme. Sabe que ella es importante para mí, pero que encontrar a Nathania es vital. Quiere que renuncie de nuevo por aquella causa perdida, pero ya no puedo esperar más.

—Necesito saber que está bien. ¡Podemos usarlo para desviar la atención! —exclamo atropelladamente—. Si se corre la voz de que estamos en FireCross, Nathania saldrá de su escondite y nuestros guerreros la atraparán.

Se me hace difícil llamar *guerreros* a esa panda de chavales que hasta ahora no eran más que unos valientes supervivientes. Descubrir su condición me hace mirarlos con otros ojos, pero también preguntarme por qué Anandrya y Zokoth son los dioses que tienen más poder en esta batalla.

—No tengo muy claro qué hay que hacer con ella... —musita.

—Por eso mismo, que se encarguen ellos. Nosotros estamos demasiado metidos en esto como para ser imparciales. Liberemos FireCross.

—Los Mala Sombra atacarían todos los refugios, sin piedad. Provocaríamos una masacre y se volvería a llenar la cárcel. Nunca lo hemos

hecho antes por el mismo motivo. Sé que quieres liberar a tu amiga, pero esta no es la forma —asegura pensativo.

—¿Y cuál es?

—Derribarla. Hay que destruir FireCross.

—Pero has dicho que habrá represalias, que es inviable —replico confundida.

—Derribarla con todos los Mala Sombra que podamos dentro —argumenta y no puedo estar más de acuerdo.



El joven está sentado en el suelo afilando una larga lanza. De vez en cuando, se detiene y pasa la mano por el filo para comprobar que corta la suficiente. No se detiene ni cuando me paseo a su alrededor intentando llamar su atención.

Lion es un chico desgarbado y de mirada intensa. Cuando clava sus ojos en algo es para llegar hasta el tuétano, como un dardo buscando siempre el corazón. Ni siquiera mi daga es tan rápida cuando se trata de salvar distancias.

Parece empeñado en ignorar mi presencia, sumido como está en sus pensamientos. Pero finalmente, detiene su tarea y levanta la vista hacia mí. Está preocupado.

—Es acuciante que la encontremos —dispara su voz que es tan o más afilada que la punta de aquella lanza. No me cabe duda de a quién se refiere.

—Daremos con ella —le aseguro, aunque no quiero demostrarle el miedo que me infunde que la hechicera ande suelta por ahí con aquella maldad carcomiéndole el corazón.

—Si la mata... —comienza el joven, pero se detiene cerrando una mano en un puño— Voy a perder algo más que a una amiga.

—¿La amas? —pregunto inspirada por un presentimiento. Lion esconde muy bien sus sentimientos, pero los ojos son el espejo del alma.

—¡Qué importa lo que yo sienta! —maldice el joven consternado—. Ella es la verdadera sacerdotisa del templo de Anandyra. Cuando la diosa comprendió que no podía devolverla a su templo, rescató a otro sacerdote perdido en otra dimensión. Nathania solo puede quererla por ese motivo. Se beberá su sangre y recuperará su posición y entonces... destruirá el templo.

—Eso es terrible. Pero ¿por qué la envió entonces a través del portal? —pregunto embargada por la incertidumbre. Ambos nos miramos con una fugaz esperanza cruzando de pupila en pupila.

—Porque no sabe quién es... —me responde tragando saliva. Es una oportunidad o quizás lo enturbie todo más. Le coloco una mano en el hombro y él asiente intranquilo. Se pone de pie de un salto y sale disparado a buscar a sus compañeros.

Me quedo ahí parada cambiando el peso de mi cuerpo de un pie a otro, meditabunda. Nada es casual en aquel viaje a lo desconocido. Los dioses mueven los hilos de nuestro destino aunque parezca que elegimos libremente. Cada dios ha puesto a su peón en marcha y cada cual libra su propia batalla con las manos o con el alma. Nada volverá a ser como antes, somos un rescoldo que tiembla sin capacidad para dar llama.



Otto se reúne conmigo en la puerta y carga con un fardo del que no se distingue su interior. Me ha dicho que es una sorpresa y estoy segura de que va a ser espectacular. Me sonrío mientras se coloca ambas espadas a la espalda y sus empuñaduras custodian la parte posterior de su cabeza como centinelas en guardia. Vamos a destruir la gran cárcel y después de mi corta temporada ahí

dentro, no hay nada que me produzca más satisfacción.

El grupo de guerreros divinos se ha separado de nosotros puesto que las gemelas creen que pueden rastrear a la hechicera y saben con certeza que se ha dirigido hacia el río. Siempre es una buena noticia creer que Konbach y June han podido volver, aunque ignoro por qué la diosa ha permitido que su legítima sacerdotisa vuelva de nuevo a esta barbarie.

Barremos las calles desiertas. Nada se mueve en esta mole de piedra y polvo que se desparrama como si el cielo hubiera esparcido veneno sobre la tierra y se hubiera muerto toda su belleza.

Los alaridos de los demonios resuenan cada vez más cerca y comprendo que andamos próximos a la prisión, los monstruos son centinelas de aquel lugar inhóspito y marcado por el dolor.

El recinto se halla tranquilo a aquellas horas de la noche, interrumpida su calma por algún rugido de advertencia de los drakko que pululan por la zona. Uno de ellos nos descubre y se dirige rápidamente a nosotros levantando su aguijón amenazadoramente.

Puede que en algún momento haya sentido repulsa y miedo en una contradicción desesperada, intentando limitar mi reticencia a acabar con la vida del ser humano que mora dentro. Sin embargo, no hay cura para todo aquel que cambie su piel por aquellas escamas duras. Son la sombra de lo que un día fueron y el alma atrapada solo quiere descansar. No soy una asesina despiadada, soy su salvadora, su libertadora.

Levanto mi puñal y corro en dirección a la bestia sin pensar quién llora por dentro de esa serpiente reptadora. Hundo mi daga hasta el fondo y siento que he aplacado su dolor. Que cada alarido es una súplica que clama al cielo despiadado de la noche y mi daga es la mordaza y la morfina, cura para un castigo que nunca tuvo como propósito aprendizaje alguno.

Una explosión de vísceras rodea a un último fognazo de luz. Quiero

pensar que el alma que yacía encerrada ahí dentro se desvanece como una supernova llegando definitivamente a su paraíso. Me tapo la cara con los brazos y un líquido viscoso me salpica el cuerpo. No hay tiempo para la repulsión.

Busco a Otto con la mirada y me guiña un ojo. Bajo la luz de la luna está arrebatador. Ojalá hubiéramos sido una pareja normal y aquel fuera un paseo nocturno romántico, pero me recuerdo a mí misma que hemos nacido para luchar. Si hay algún tiempo para pasear alguna vez, lo haremos aunque sea en el más allá. Aquí la vida solo tiene un camino: hacia delante, por mucho que nos empeñemos en soñar.

Otto saca una pequeña bola marrón de su fardo y la prende antes de lanzarla contra el muro que hay junto a la verja de plata del patio exterior de la cárcel. Un tiempo después, una explosión sacude la robusta pared y se observa, cuando el humo se disipa, una abertura asimétrica por la que caben unas cuantas personas.

Algunos curiosos asoman a través de ella y se oyen gritos y silbidos que reorganizan el interior del edificio tras el caos creado. Finalmente, algunos salen corriendo despavoridos y esa será la suerte que corran porque pretendemos destruir hasta la última piedra de ese lugar.

Nos acercamos rápidamente y los instamos a salir. Un tropel de personas cruza nervioso el agujero y mi vista se detiene en una joven desaliñada y torpe. Me abro paso entre ellos y la aferro del brazo para que me mire, mis labios pronuncian su nombre y un atisbo de sonrisa le cruza el rostro. Otto silba a nuestra espalda para que nos demos prisa y no aguardo ni un segundo en sacarla de aquel agujero inmundo.

La calle está llena de gente que se desperdiga asustada. Será imposible salvarlos a todos aunque les recomendamos las calles más seguras. Sin embargo, a veces hay que decidir entre una muerte lenta o una en la que hayas

tenido la oportunidad de defender tu vida. Aguantamos esta condena porque nos resistimos a morir sin luchar.

Lentamente, los fugitivos abandonan la calle principal donde está ubicada la prisión y los primeros drakko reptan veloces para perseguirlos. Es nuestro momento. Cuatro demonios empujan sus cuerpos rodeándonos con su grimorio de alaridos siniestros. Se deslizan con la destreza aprendida de muchas noches de asedio y cercan nuestros flancos. Los pasaríamos por nuestra plata si no fuera porque los necesitamos.

Corro veloz y me zambullo en el agujero del muro exterior y con un vistazo a mi espalda, advierto que me siguen dos demonios con sus fauces abiertas a la negrura de la noche. Una bola de fuego impacta contra el ennegrecido suelo y me aparto justo a tiempo. Otto hace lo propio y se encuentran nuestras miradas cuando al fin hemos conseguido capturar a las cuatro criaturas en las húmedas paredes de la cárcel. Probablemente, de ese mismo lugar salieron las personas que yacen atrapadas en aquellos cuerpos sibilinos y la moraleja recuerda que nunca tuvieron que hacerlo.

Arrancamos la plata que recubre la verja del patio exterior y apresamos a los drakko para que no puedan salir de nuevo a la calle. Sus alaridos resuenan cada vez con más fuerza y Sapphire a esas horas semeja un cementerio, tan silencioso y turbio que nadie osa siquiera respirar.

Aguardamos escondidos. He mandado a Lud con un grupo de fugitivos que se marchaban a la Catedral y espero que puedan llegar a su destino. He liberado a la rehén más importante, pero los hemos liberado a todos. Nadie más yacerá entre estas cuatro paredes y agradezco en silencio a Otto que secundara mi misión suicida. Él parece conocer cada uno de mis pensamientos y tras un suspiro me acaricia el rostro con dos dedos que luego se lleva a los labios.

—Eres la mujer más valiente que conozco —me susurra con una sonrisa

colgada de su rostro que está cada vez más cerca del mío.

—Y tú eres el hombre más valiente que recuerdo —él hace más amplia su sonrisa y su mejilla se clava en la mía.

—Esto se acaba, Lesya —susurra con un hilo de voz—. Si sobrevivo... ¿te casarás conmigo?

El impacto de esa pregunta me deja absolutamente sin aliento y despego mi cara de la suya para mirarlo a los ojos. Hay un brillo de millones de estrellas danzando a muerte en sus pupilas negras como la noche que nos envuelve.

—Tienes que sobrevivir, para eso hemos nacido, para eso luchamos. ¿En qué momento creíste que podrías morir sin mí?

—No has respondido a mi pregunta —me mira embelesado y siento que mis mejillas arden. Mi boca se desencaja queriendo gritar a los cuatro vientos que amo a ese hombre, que daría mi vida por él, que cada paso que he dado en esa urbe infestada es gracias a su ayuda y que me fascina la manera que tiene de dejarme sin palabras.

—Claro que me casaré contigo, pero quiero que sepas que mi alma ya está unida a la tuya. Ningún ritual por muy sagrado que sea, por muy protegido que esté por algún dios, no podrá hacer que te ame más. Somos uno... —Otto no pierde el tiempo y entierra su boca en la mía. Hay un atropello entre la desesperación y la despedida que enciende y entristece mi corazón a partes iguales.

No dura mucho mi frustración. Docenas de palabras en zeteca dominan la explanada que da a la cárcel y un numeroso grupo de Mala Sombra recorre el lugar a caballo y a pie. Se dan órdenes y patrullan arriba y abajo oteando por el agujero abierto en la pared exterior del recinto.

Nos separamos con un pequeño tesoro en nuestras manos. Aguardamos en nuestra posición sin ser vistos. A una distancia prudencial. Mi corazón galopa colmado de adrenalina, terror y fe. Mi respiración casi entrecortada buscando

la concentración.

Uno a uno, los veo colarse a través de la obertura para inspeccionar el interior. Le siguen el rastro a sus demonios y quieren verificar si quedan supervivientes. Una docena, dos docenas...

He perdido la cuenta del número de Mala Sombra que han entrado en una cárcel que solo debería ser para ellos. El recuerdo del dolor que me infligieron me pasa factura y me golpea los músculos, tensando allí donde las cicatrices se rebelan contra la muerte.

Una señal de Otto, inequívoca, semejando el canto de un pájaro; me hace levantarme de mis escondite y lanzar lo que guardo entre las manos. Cuatro bombas incendiarias caen como meteoritos sobre la destartada prisión y el fuego prende como una tea la estructura de piedra y madera. La pared del agujero se derrumba como estaba previsto y los desalmados quedan enterrados para siempre en la tumba que ellos mismos han construido a base de terror y miedo.

Rebusco entre las armas que aún nos quedan y arrojó todo el arsenal que Otto se trajo de Nebulose. La hoguera se intensifica y explota todo en derredor. Los alaridos de los drakko son lo último que se escucha mientras las paredes se derrumban y el fuego lame hasta la última de las piedras honrando al nombre con el que llamaron a aquel lugar tenebroso: FireCross.

## 22. ZOKOTHYA

La amante del diablo se pasea como una reina por el interior de la cripta, llena de humedades y rincones oscuros. Allí no queda nadie salvo ella, aunque hay docenas de enseres desperdigados por doquier que a buen seguro han pertenecido a otras personas.

Konbach se pasea por la amplia estancia de techo bajo y barre con la mirada aquel vacío que le hace poner los pelos de punta. Es como si un huracán hubiera alcanzado aquel agujero inhóspito y hubiera arrancado de raíz la vida. No está muy seguro de lo que ha pasado, pero un escalofrío le recorre toda la espalda y se detiene justo en el momento en que sus ojos se topan con los de la hechicera.

Su mirada es un mapa de todas las atrocidades que ha cometido y se pregunta qué puede querer de él. June sigue inconsciente, repantingada contra una de las paredes, su cabeza roza temerariamente un nicho de piedra.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —se atreve a preguntar con desconfianza. La mujer sonríe enigmáticamente y él no puede más que tragar saliva en un intento de que sus palabras no reflejen el temor que siente por dentro.

—Me molestaban... —rezonga con suficiencia. Sus labios protestan en zeteca con un acento tan cerrado que el hombre apenas puede descifrarlo. Ha aprendido la vieja lengua de sus ancestros porque nunca olvidaron sus raíces y siguieron la huella de la patrona de la ciudad. La diosa-loba con los ojos de zafiro.

—¿Qué has hecho con ellos?

—Lo mismo que con tu hermana, solo que con ella tuve un poco más de clemencia y lo hice más rápido. A ellos aún les quedan unas cuantas noches

serpenteantes por la ciudad... —Nathania ríe a carcajadas y el sonido retumba entre aquellas cuatro paredes, replicándose hasta el infinito. Konbach cierra las manos en dos puños que como una mole amenazan con derribarlo todo.

—¿Qué le has hecho a Laryon? —demanda con las lágrimas y la sangre hirviendo en un torbellino peligroso. Ella no responde y le da la espalda, tal vez aguardando a que la ataque.

Konbach se deshace de su natural temple y se lanza contra ella con determinación. La empuja hasta la pared más cercana y le incrusta los hombros contra la piedra húmeda y fría de la cripta. Nathania no puede dejar de sonreír mientras silba divertida.

—¡Eres un monstruo! —le grita sin poder detener las imágenes de su hermana cruzando su visión una tras otra. Nunca la tenía que haber dejado en sus manos. Se siente culpable y herido, más que si cualquier arma le hubiera atravesado el pecho.

—¿Aún quieres administrarme el veneno? —demanda misteriosa y el hombre tarda unos segundos en comprender a qué se refiere. El fruto de la luna comienza a palpar en el bolsillo interior de su chaqueta donde lo guarda con delicadeza.

Con la mano derecha rebusca en el bolsillo oculto y se lo muestra. Veneno o cura. Konbach lo mira y observa embelesado los destellos que emite aquella falsa fruta. Porque ahora comprende que no es un vegetal cualquiera. Es el hijo de Anandrya, su propia vida. Lo levanta para que su luz bañe a la hechicera que aparta ligeramente el rostro y cuando quiere estampárselo en la cara, ésta recula y lo ataca. Le atesta una patada en la entrepierna y el fruto cae al suelo y rueda hasta los pies de June.

El hombre gime de dolor y se retuerce mientras ella aprovecha para golpearlo por la espalda y consigue tirarlo al suelo. El pie de la hechicera se hunde en su rostro y un reguero de sangre salpica el suelo. Tiene una fuerza

extraordinaria y parece imparable, él apenas puede defenderse de sus ataques.

Consigue abrir los ojos y fijarse en el fruto de la luna que yace inerte a los pies de la joven. Si todo hubiera acabado al día siguiente hubiera soñado con amarla a ella. Pero siente que su viaje se detiene y que mañana será tarde para cualquier esperanza pasajera. «*Que consigas alcanzar tus sueños, preciosa June*», se dice para sus adentros.

Nathania observa la dirección de su mirada y con tres pasos, llega hasta la fruta divina y la aplasta con un pie. Del interior se derrama un líquido plateado y brillante que llena de luz la oscura estancia. Como si una estrella hubiera explotado en aquella abandonada habitación, se ilumina hasta el último resquicio de vida y el corazón del hombre se llena de un sentimiento casi olvidado para entonces: paz.

Todo se nubla cuando la hechicera vuelca su atención en él, saca una daga que lleva atada al cinto y le rebana el cuello con un único gesto de su mano.



Las gemelas están seguras de que Nathania se ha dirigido al río, pero una vez allí, su rastro no se diluye en las oscuras aguas sino que continúa cuesta arriba. Y hacia allí solo hay un lugar poblado por personas: la Catedral.

Un estallido los sorprende aún merodeando por el margen del río y el cielo se llena de un resplandor anaranjado. Durante el tiempo que dura el estruendo, los cuatro compañeros de cárcel, se miran en silencio comprendiendo que al fin la temida FireCross ha caído.

Atrás quedaron las penurias vividas entre sus paredes, la nostalgia por la libertad y la tristeza de ver el mundo reducido a polvo.

—¿Creéis que lo habrán conseguido? —pregunta Valer, prendada su mirada de aquel cielo templado por el fuego.

—Quien a hierro mata, a hierro muere... —recita Lion con su mirada afilada clavada del mismo firmamento—. Espero que se les haya caído el techo encima y hayan quedado enterrados dentro.

—Cada uno cava su propia tumba —expresa Lily.

—Y que no puedan salir de ella jamás —desea Anne secundando a su hermana.

Los estadios han dejado de oírse ya, pero un reflejo carmesí sigue tiñendo la noche como una señal inequívoca de que algo se está quemando en algún lugar cercano. Una columna de humo se pierde en la oscuridad como una tétrica nube, voluptuosa y henchida del hedor de los demonios sucumbiendo al fuego.

El camino hacia la catedral es una tortuosa cuesta sembrada de árboles dormidos a aquellas horas, con sus ramas desperdigadas sobre la tierra. Por un lado, el río serpentea tranquilo y oscuro como lo ha sido siempre, como si ninguna criatura demoníaca morara en sus entrañas y aquel fuera un paseo idílico cualquier noche de una primavera lejana.

—¿Cuándo le vamos a decir a June quién es en realidad? —demanda Lily mientras caminan sigilosos vadeando el río. Nadie contesta.

—Ni siquiera sé cómo le vamos a decir quiénes somos nosotros. Es muy difícil explicar que nos enviaron para protegerla... —comienza Lion.

—Y que hemos fallado en nuestra misión —termina Lily frunciendo el ceño.

—La encontraremos —añade el joven con convicción.

—Tenemos que hacerlo bien, por ella, por nuestra June —les anima Valer con el rostro más serio que de costumbre.

—Cuando era un crío solía imaginar que algún día sería elegido para atravesar un portal con alguna misión increíble. Lo deseaba tanto que me apunté a la guardia de Fangadah con once años —les explica Lion con una

medio sonrisa cruzándole el rostro—. Diez años después puedo decir que atravesé un portal, que llevo perdido tres años en otra dimensión y que sobreviví dentro de un drakko. A veces la realidad supera la ficción...

El grupo se sumerge en un extraño silencio lleno de ausencias y de recuerdos de sus propias vidas.

—A nosotras nos reclutaron ya de bien pequeñas. Nos marcaron con la estrella porque el sol es la más grande de todas ellas. Crecimos dando patadas y volteretas en el aire, medio asalvajadas en el bosque de Ketzabah —asegura Lily con una sonrisa.

—Tú eras la salvaje, yo era la que leía —confiesa Anne mirando su rastro en el polvoriento camino.

—Pues ya has visto dónde hemos acabado las dos —murmura Lily y Valer aprovecha para pasarles un brazo a cada una por encima de los hombros.

—Mi madre fue sacerdotisa de Iridith, así que no me costó tomar la decisión de pasar a su ejército. Tuve un barco incluso, lo llamé Naöl.

—*Brisa* —traduce Anne en voz alta, ahora que no usan la lengua zeteca. Si algo les quedó claro a todos antes de atravesar sus respectivos portales y saltar a esa dimensión, era que no podían usar su lengua materna entre ellos para no ser descubiertos. Y ahora que pueden hacerlo, se han acostumbrado a guardarla en el alma, donde duele menos que creer que nunca más van a usarla.

—¿Por qué creéis que la Sapphire de esta dimensión cayó tan pronto bajo el yugo de los Mala Sombra? —demanda Lily con incertidumbre. Le ha estado dando vueltas al tema varias veces y no está segura de conocer la respuesta.

—En esta dimensión los antiguos dioses zetecas han sido relegados al olvido, casi enterrados como si nunca hubieran existido. Para Zokoth ha sido muy fácil sembrar de oscuridad esta tierra que parece que lo esperaba con los brazos abiertos. El fuego se nutre de oscuridad para semejar imponencia

infinita —contesta Lion con resignación.

—En esta ciudad ya no queda fe —rezonga Lily.

—Pues habrá que darles una nueva esperanza —repone Lion pensando en June.



La joven abre los ojos y un fuerte dolor de cabeza la deja derrumbada contra la fría pared en la que reposa su cuerpo. Quiere levantarse, pero se siente débil y mareada. Intenta recordar qué pasó y unas palabras cuelgan del aire rancio de aquel lugar que June recuerda con demasiada claridad. «*Están muertos*», resuena contra sus oídos y un mareo repentino puebla sus pensamientos. ¿Cómo puede morir alguien a quién se ama tanto?

Intenta enfocar su visión hacia lo que tiene delante y observa una mancha plateada en el suelo de la que se desprende un suave resplandor. Ignora lo que es, pero no parece nada amenazador. Recorre de nuevo con la mirada la marea de enseres que hay desperdigados por doquier y sus ojos se detienen ante una escena dantesca.

Konbach yace en el suelo sobre un charco de sangre. June gatea hasta él y comprueba que no tiene pulso, está cabeza abajo con el rostro enterrado en su propia sangre. Teme que su mirada se fije en ella por la eternidad, acusadora y culpable, y que no pueda olvidar esa imagen jamás. Así que se mantiene a su lado, expectante. Casi parece que estuvieran jugando y que el hombre quisiera robarle un beso de nuevo. June lo preferiría mil veces antes que estar ahí arrodillada velando su cuerpo.

Un sonido lastimero y terrible le hace levantar la cabeza y comprobar que no está sola en aquella cripta siniestra. Nathania sonrío como la vípera que es y escupe veneno por los ojos. A la joven solo le han hecho falta tres años de

cárcel para descubrir al vuelo a todas las alimañas.

—Lo has matado... ¡Él te quería! —exclama la joven alterada. Se lleva la mano al pecho y se golpea a la altura del corazón para demostrarle dónde está el alma. Al hacerlo, el colgante con el diente de lobo que le regaló Jimmy, queda al descubierto.

—Tú... —murmura la hechicera con la voz ronca. No puede apartar la mirada de aquel colgante que tiempo atrás también pendía de su cuello. Es el símbolo protector de la diosa-loba lunar, Anandyra, y solo los elegidos bajo su luz lo portan.

La extraña mirada de la hechicera levanta sospechas en la joven, que se levanta precipitadamente e ignorando un ligero mareo, camina hacia el final de la cripta sin perderla de vista. Sorteada infinidad de obstáculos que rivalizan con la oscuridad. La última vez que estuvo allí, aquel lugar estaba repleto de personas que ahora han desaparecido y no quiere saber la verdad. Prefiere pensar que han huido.

—Bebéndome tu sangre me volveré inmune a los poderes de la diosa-loba, podré entrar en el templo y destruir el único foco de poder que le queda en esta tierra. Los demás dioses sucumbieron hace mucho, pero ella aguantó aquellas cuatro piedras ruinosas por pura nostalgia. Con tu ayuda borraré su rastro de la faz de la tierra para siempre y Sapphire será nuestra... —resume la hechicera casi para sí misma, para darse valor y ánimo ante la barbarie que está a punto de cometer.

June no entiende nada, pero reclusa instintivamente y busca algo con lo que defenderse. Nathania cada vez está más cerca y en su mano derecha lleva una daga que aún rezuma sangre fresca.

—¡Apártate de mí! —grita sin esperanza temiendo lo peor. Puede luchar con ella si es preciso, pero no sabe qué oscuros trucos pueda usar. Mantenerse apartada es lo más sensato, le advierte su conciencia, aunque es más fácil

decirlo que encontrar un refugio.

—Todos me lo pusieron muy difícil. Yo no quería abandonar el templo y ser una mujer normal. Yo no quería casarme ni tener hijos. Quería dedicarme eternamente a la que fue mi diosa durante toda mi vida. ¿Por qué no me dejaron en paz? —le explica la hechicera con pesar.

—¿Por eso decidiste cambiarte de bando? —pregunta la joven ganando tiempo.

—Por eso decidí que debía pagar... —le responde Nathania justo antes de lanzarse sobre ella, daga en mano. Ambas forcejean y caen al suelo sobre un mar de mantas y enseres varios que se clavan en la tierna piel. Ninguna se queja, pendientes de aquel filo que se inclina cada vez más cerca del pecho de June.



Llegan ya en silencio hacia el montón de escombros en que se ha convertido la antigua catedral, saben que la zona es un paraje frecuentado por los demonios y toda precaución es poca. Los montículos de ruinas parecen insalvables e inacabables, como una molesta frontera que los separa de un cometido más importante que su propia vida.

Lion llega el primero a la trampa, impulsado por un mal presentimiento y cierto sentimiento de culpa por haberla dejado sola en aquella misión suicida. June. Su solo nombre lo colma de algo que no debería sentir. Las sacerdotisas no deberían amar y nadie debería amarlas mientras ofrecen su don a la diosa. Está claro en su mente y así ha sido siempre, pero aquella guerra absurda y sus miserias lo impulsan a creer más en su corazón que en cualquier ser divino que le imponga normas.

Aterrado por los nuevos sentimientos que apelmazan su corazón, se

descuelga por el agujero que asoma tras la trampilla y se zambulle en la oscura cripta temiendo lo peor.

Sus ojos no le engañan cuando ve a la hechicera forcejear con June en aquel suelo repleto de objetos. Konbach ha partido al cielo que comparte con su hermana desde ahora y para siempre.

Sin perder ni un segundo, se abalanza sobre Nathania y con una fuerza que creía ya perdida, la arroja contra la pared más cercana y embiste su cabeza contra la fría y dura piedra. La hechicera se despatastra en el suelo, inconsciente.

June se lleva la mano al pecho para comprobar que no sangra y luego lo observa perpleja. Sus ojos brillan como dos faros en la tenue iluminación de la cripta.

—Lion... —pronuncia con un hilo de voz—. Estás vivo...

Él sonrío como toda respuesta. La muchacha se levanta del suelo y corre hacia el joven para fundirse en un largo abrazo. El resto del grupo desciende en fila hacia el interior de aquel sótano maldito y observan impasibles la escena dantesca que se ha perpetrado allí.

El cuerpo sin vida de Konbach yace boca abajo bañado en su propia sangre y la hechicera está inconsciente en un rincón. Todas las personas que se refugiaban allí han desaparecido y sus pertenencias se hallan repartidas por doquier, en un mar de recuerdos que hace presagiar lo más terrible.

Casi como si pudieran leer sus mentes, un alarido proviene del exterior y todos se giran hacia la trampilla que es golpeada con fuerza. De lo que resista aquel pedazo de madera antiguo es de lo que dependerán sus vidas.

—No quiero volver a separarme de ti —afirma June llorando. Lion le sonrío tristemente y le pellizca la mejilla en un gesto tierno que quiere decir mucho más de lo que aparenta. Ella intenta atrapar su mano, pero él la retira rápidamente para que eso no ocurra. No puede darle esperanzas, aunque sea

una tortura para ambos.

—¿Y ahora qué? —pregunta Lily acercándose a June para abrazarla.

—Tengo que convertirme en árbol —repone Lion sacando de su bolsillo una brillante semilla.

Quizás las nuevas raíces le permitan olvidar momentáneamente los viejos tatuajes del alma que languidecen desgastados de puertas hacia dentro. Se la traga sin pensar y espera que la luna sangre dentro de él hasta la última gota de esa plateada savia mágica que ha de devolverles la auténtica libertad.

## 23. TODO POR UN SUEÑO

El cielo se ha tornado de un anaranjado extraño que como un espejo, refleja el infierno que hemos desatado sobre la tierra. Muchos Mala Sombra han perecido esta noche y el hedor de su carne quemada llena el aire de un nauseabundo aroma. Ninguna guerra deja indiferente a quién la vive y nosotros no somos una excepción.

Saber que hemos condenado a tantos de nuestros enemigos es un bálsamo y un triunfo, pero nada será eterno si no atestamos el golpe final. Nathania tiene que caer también o Zokoth volverá a hacerse fuerte entre las calles heridas de esta ciudad.

Otto me coge de la mano mientras observamos como las llamas lamen la piedra del antiguo edificio. Sujeta una de sus espadas en el aire y me señala en dirección a la Catedral donde han huido algunos reclusos. Lud está entre ellos y su imagen me separa de la hoguera que crepita delante de mí.

Es difícil seguir adelante cuando has perpetrado tanto caos y muerte a tu alrededor, cuando has defendido la ciudad de sus antiguos habitantes y te ves acompañada de esa soledad infinita que conlleva la incomprensión. No somos héroes, tampoco es nuestra profesión. Cada uno de nosotros nace con una misión en la vida, con un lugar, un cometido que hace que todo tenga sentido. Ser una kharos me proporcionó mi oportunidad de brillar.

Pasé de ser una estudiante mediocre a una guerrera, luchar con fiereza por la libertad. Nunca nadie escribirá nuestra historia, se olvidarán nuestros nombres y todo lo que hicimos se borrará de la faz de la tierra como polvo empujado por el viento. Nada quedará cuando ya no estemos, apenas una suave estela que recordará que estuvimos aquí. Pero mi corazón siempre

aguardará en paz. Por una promesa, por el alma rebosante de amor, por la esperanza y esa fuerza que tira de nosotros hacia delante con el temple de miles de estrellas. Nunca fuimos vencidos.

Jadeo mientras corremos por las calles decrepitas de Sapphire. Atrás, la luz del fuego va menguando a medida que nos adentramos en la oscura ciudad. No hay tiempo que perder mientras la oscuridad siga suelta.

Más adelante hay media docena de demonios rodeando a un grupo de personas que seguramente han escapado de la prisión. Lud está entre ellas y el corazón me da un vuelco. Nada habrá merecido la pena si ella muere ahora. Su libertad es la esperanza de la mía propia y una fuerza sorprendente me recorre las venas instándome a luchar. Otto opta por seguir mi ejemplo y a voz en grito, saltamos sobre la manada de drakko que emiten sus alaridos siniestros al aire marchito de la noche.

Otto reclama sus tributos zigzagueando con sus dos espadas, no hay corazón que resista al embiste de sus armas, así como yo me deshago en la comisura de sus labios. Enarbolo mi daga y una luz resplandeciente atraviesa el abdomen del primer demonio llegando hasta su alma. Su espíritu se encomienda al cielo para que le respalde y su cuerpo estalla en una nube de vísceras que cubren la calle oscura.

Un alarido protesta a mi espalda y me giro impaciente por continuar la tarea que me ha sido encomendada por mi diosa. Matar o morir. Grita el siguiente drakko queriendo decirme lo mismo desde sus fauces ennegrecidas por el fuego. Se apaga su voz y su cuerpo permuta hacia una vorágine de colores que se esparcen de nuevo por el suelo.

Tres más caen sin darme cuenta y cuando quiero seguir aprecio que ya han sido derrotados todos. Los fugitivos siguen muy juntos como un rebaño de ovejas que teme separarse demasiado y nosotros nos acercamos con algo más que nuestras armas manchadas de sangre de demonio. Noto la viscosidad

deslizándose por mi ropa, pero la ignoro como hace tanto que hago. Siempre es señal de que no es mi sangre la que corre calle abajo.

Lud me observa perpleja sin creer la hazaña que acabo de llevar a término. No sabe que llevo años haciéndolo y que me disgusta tanto como me alegra. Pierde su reticencia inicial y lanza sus brazos a mi cuello para fundirse conmigo en un abrazo triunfal. Nada podría hacerme más feliz que verla con vida.

Un alarido lejano nos advierte de que seguir al descubierto nos convertirá de nuevo en objetivo de aquellas bestias, buscar un refugio es primordial.

—Nunca pensé que volverías... —advierte Lud mientras se seca las lágrimas que ruedan por sus mejillas escuálidas.

—No podía dejarte allí.

—¿Qué ha pasado en FireCross? —demanda Lud tragando saliva. Le tiene miedo al lugar en el que ha permanecido demasiado tiempo.

—Ya no existe... —le explico para tranquilizarla. Asiente asombrada, pero fija su mirada en el edificio que se vislumbra maltrecho y en ruinas.

—La Catedral —observa mientras cruzamos lo que queda de fachada. Algunos pedazos de cristal del rosetón caen al vacío haciéndose añicos a nuestro alrededor como una lluvia traidora y nos apresuramos a penetrar en los montículos de escombros que yacen por todas partes.

Llegamos a trompicones a la cima de la última pequeña montaña de ruinas y la trampilla se avista maltrecha y enterrada por las piedras. Otto y yo la desenterramos y la abrimos sin saber muy bien qué encontraremos en su interior. Una luz fantasmagórica trepa por las esquinas de la cripta ahuyentando a los cobardes que temen sumirse en la oscuridad.

Pero para los que vivimos en la noche, cualquier luz es como un faro y nos zambullimos los primeros para investigar. Detecto a Nathania en un rincón, maniatada y amordazada y esa es la única señal que necesito para que el grupo

de fugitivos que nos acompaña baje a refugiarse a la cripta. En un rincón de la estancia, el cuerpo de Konbach reposa para siempre en un viaje sin retorno.

Lion se ha convertido en un árbol frondoso y de un hermoso verde bosque. Gruesas raíces le nacen de los pies y perforan el suelo de la estancia en penumbra llenando de pequeñas piedras el frágil enlosado. De sus brazos cuelgan largas y retorcidas ramas que desafían a la gravedad para apuntar al cielo que debe brillar muy por encima de nuestras cabezas. Su cuerpo está cubierto por una corteza pálida y brillante y su rostro ha sido conquistado por las hojas. En una de sus manos hay una flor plateada que comienza a transformarse en un fruto ovalado del mismo color y el coro de jóvenes guerreros lo rodea expectante.

—Es la fruta más bonita que he visto nunca —asegura Valer ensimismado.

—¿Qué sabor tendrá? —pregunta Lily con curiosidad a sabiendas de que no es para ella.

—Mejor que la pruebe la bruja —le contesta June con el cabello rubio alborotado como de costumbre.

Me acerco a la mano de Lion y sostengo el fruto de la luna hasta que lo arranco de su piel. El joven abre los ojos en ese instante y su cuerpo comienza a convulsionar provocando de nuevo el cambio en él que lentamente se convierte en hombre. La fruta es como un huevo ovalado y refulge entre mis dedos como una estrella. Sin embargo, no soy yo la encargada de administrar aquella cura sagrada y lo deposito en las manos de June que me mira extrañada.

—Fuiste tú la elegida para honrar a nuestra diosa. Eres la legítima sacerdotisa de Anandrya y solo tú puedes destruir la maldad que Zokoth ha dejado en ella —le aclaro mientras sus ojos pasan de mí a la hechicera y de vuelta a mi rostro.

—¿Quién lo dice? —pregunta perpleja y asustada.

—Lo dice la diosa-loba lunar, Anandyra. Las estrellas del cielo, el sol que nos secunda, la tierra que nos alimenta, el agua que nos baña... La gracia de Anandyra mora en ti. Eres su escudo y su lanza, su voz y su mano, su espíritu y su alma. Adelante... —prosigue Otto con esa ceremoniosidad que lo caracteriza cuando habla de los dioses que apenas he conocido. June nos repasa a todos con la mirada.

—¿Qué estáis diciendo? —demanda de nuevo incrédula.

—Fuimos enviados para protegerte —comienza Lion que ha vuelto casi por completo a la normalidad—. Somos guerreros de los antiguos dioses que moraban esta tierra. Cruzamos un portal y juramos protegerte de todo mal. Porque nadie tenía que saber que existías, para que llegados a este momento pudiéramos ganar.

—Tú eres...

—Un lothion, un guerrero de la diosa Fangadah, la diosa-tierra —le confiesa Lion con una sonrisa triste.

—Y te volverás a marchar por ese portal cuando todo acabe —comprende la joven desilusionada. Él la mira sin decir nada, pero su pecho sube y baja rápidamente.

—Podremos estar contentos si nos podemos marchar —asegura el joven aunque sus ojos revelan otros muchos sentimientos que no está dispuesto a confesar.

Ella lo observa con el rostro desencajado y triste y acaricia la fruta plateada que cabe en su mano con naturalidad. Nathania abre los ojos de puro terror cuando la muchacha se acerca con el ovalado fruto por delante. No sabe qué tiene que hacer con él y se gira en el último momento para mirarme.

—Es una fruta, que se la coma —añado insistente y ella se gira poco convencida.

Le arrebató la mordaza que cae al suelo como una bandera muerta y a

punto está de gritar estupideces, cuando June le estampa la fruta en la boca y ésta estalla en una lluvia de luces blancas y negras que se desbordan por su boca y le suben hasta los ojos. Su rostro se enciende de dentro para fuera y su piel se perla con un polvo brillante que la hace parecer una gema. Escupe finalmente el trozo que no ha podido tragar y grita a pleno pulmón antes de que sus ojos se tornen de un rojo carmesí y una batalla interna consuma su cuerpo hasta desvanecerse bajo un fuego abrasador.

Una mancha oscura en el suelo es el único rastro que queda de la hechicera que tanto ha complicado sus vidas. Pero la onda expansiva de su muerte ha golpeado a todos los que la rodeamos y caemos al suelo embestidos por una fuerza invisible.

Me levanto aturdida y observo a mi alrededor. Solo somos un grupo de guerreros buscando su suerte. Otto parece inmerso en algún pensamiento oscuro, lo observo detenidamente, pero su mirada está perdida en la pared del fondo. Nunca lo había visto de esa guisa y me pregunto en silencio qué le ocurrirá. Me acerco y lo sacudo del brazo para que me atienda, pero no responde a mi llamada. Un oscuro presentimiento me atenaza el alma y me aparto ligeramente cuando su cuerpo se ve alterado por repentinas sacudidas que lo transforman.

Sus miembros se deforman y alargan junto al resto de su cuerpo hasta que una cola escamosa recorre lo que antes fueron sus pies. Su mandíbula se desencaja al tiempo que su rostro se distorsiona en una forma grotesca conocida. Su boca se abre oscura hacia el techo de piedra que se agrieta ante el primer alarido que ensordece a todos los que contemplamos aquella nueva maldad de Zokoth.

Mi pecho se agita furioso ante lo que ven mis ojos y una tristeza infinita me colma el alma. Hemos luchado tanto que aquello parece una broma del destino, pero no lo es. Zokoth no se rinde porque las personas siguen adorando

al fuego y a la luna, las llamas que purifican los cuerpos y arden en las hogueras y esa vieja luna que encierra los cóncaves de las brujas. Las luces nocturnas que brillan más que a la luz del día. Faros para los que se pierden en la oscuridad de noches infinitas.

—¡Mi vida a cambio de un sueño! —grito a la atmósfera enrarecida de la cripta.

—Tendrás tu sueño, hermana de la luna —apunta Lion con una sonrisa triste que no puede distar mucho de la mía propia—. *Laryoni Unudhar...*

Con un arrebato, recojo una de las espadas de Otto que ha salido despedida de su cuerpo y la empuño con fuerza. Pesa, pero no más que la herida que sangra en mi corazón. El drakko que alberga el cuerpo y el alma del hombre al que más he amado en mi vida abre sus fauces para expulsar una gran bola de fuego y fulminarnos a todos. Encomiendo mi alma a mi diosa y ensarto con mi acero su corazón palpitante y rebosante de vida. Una cascada de sangre le brota de esa herida maldita mientras la espada cae de mis manos y con un agónico alarido levanta su cola y su aguijón me traspasa el corazón, mezclando nuestra sangre en el frío suelo de aquella tumba decrepita y oscura.

Y mientras caigo ahogándome en mi propio dolor puedo atisbar como su cuerpo explota llenando el aire de una luz cegadora más temible que el fuego, liberando a Zokoth que asciende de nuevo a su aterrador trono y se olvida de esta tierra desolada y miserable. Una sonrisa se postra en mi rostro y solo necesito valor para enfrentarme al nuevo cielo que me cobija...

*Laryoni Unudhar*, tu sueño es una estrella.

## **EPÍLOGO**

### **ALMAS DE PLATA**

Nunca conocí a Lesya aunque vivía a tres manzanas de mi casa. Había pasado por su calle miles de veces y nuestras vidas nunca se habían cruzado. En un mundo perfecto éramos personas totalmente ajenas la una de la otra. Dos mundos distintos y paralelos fluyendo al mismo tiempo sin toparse siquiera.

Aquella guerra absurda y miserable fue como abrir un portal a otra dimensión donde nos encontramos como un cruce de caminos con una sola meta. A veces el tesoro está tan cerca que perdemos el tiempo buscándolo muy lejos.

Los kharos siempre fueron almas puras, elegidos por la templanza de la luna para nunca errar. Liquidar a los demonios exigía una mano firme y certera que mantuviera a raya a los asesinos de la noche. Tener a dos de ellos en la misma ciudad fue todo un lujo que nunca más se repetirá...

Mucho antes de que Anandyra fuera relegada al olvido, Sapphire era una colosal ciudad que refulgía con luz propia. Zokoth nunca podría siquiera soñar con algo así, porque el fuego lo consume todo hasta las entrañas y no deja vestigios de vida. La envidia siempre es un mal presagio de lo que está por venir.

Después de que el dios del fuego abandonara la ciudad, las calles se llenaron de demonios que explotaban solos en un mar de vísceras verduzcas. Toda la esperanza que cabía se marchó con ellos, nunca volverían a ser las personas que fueron. Lo habían perdido todo por un sueño. Quizás más gris e inhóspito que una pesadilla cualquiera, pero con un final que había dejado un rastro serpenteante como los mismos caminos de la vida. Matar o morir en el

intento de sobrevivir.

Los pocos Mala Sombra que habían sobrevivido a la matanza de FireCross huyeron a las montañas de las que habían salido y cruzaron sus portales para no volver jamás. La vida volvió a crecer en aquellas laderas chamuscadas y el verde de la hierba cubrió de nuevo la tierra. El río estuvo salpicado un tiempo por una marea verde que flotaba a la deriva de orilla a orilla, hasta que lentamente fue devorada por el agua que la engulló hasta las profundidades. Ni rastro quedó de las serpientes demoníacas que habían poblado sus aguas.

El recuento de la población superviviente no superaba las mil personas. Sapphire, levantada junto al río Sorna en la península de Yaman, había dormido bajo un espejismo durante todo el tiempo que duró el asedio y derribo de los Mala Sombra. El ejército de la Emperatriz de Mor solo encontró una devastada ciudad sin vida cuando llegó hasta allí tras el terremoto acaecido hacía tres años. La magia ancestral de los magos había ocultado la realidad a ojos ajenos, aunque ésta no fuera mucho mejor que lo que habían encontrado los soldados en su primera incursión en la zona cero.



Pasear por las calles desiertas es un lujo que requiere costumbre. Atrás quedaron los días en que los Mala Sombra patrullaban en busca de los resistentes habitantes que se ocultaban a plena luz del día. Ahora los pájaros han vuelto a sobrevolar las ruinas y los gatos deambulan tranquilos por las esquinas. De vez en cuando, se cruzan con alguna persona que aún se asusta al encontrarse con alguien y saluda tristemente con la cabeza. Llevan en sus manos víveres y algunos enseres que el ejército de Mor se encarga de repartir entre los supervivientes.

No hay moraleja para una historia que nunca tuvo que suceder y el grupo

de guerreros avanza en su particular cruzada hacia la despedida.

El antiguo edificio de Los Portales se ha venido abajo y en su lugar, un círculo de piedra más negra que el carbón se ha levantado, creando en su interior una niebla brillante.

June no puede dejar de observar aquel círculo extraño y mágico que en nada se parece al portal que la hechicera creó para Konbach y para ella hace escasos días. En su memoria siente que ha pasado una eternidad desde que cruzó por primera vez el espacio. Recuerda el mareo y la intensidad y no se atreve a imaginar qué se debe sentir al cruzar a otra dimensión. A un lugar paralelo donde la vida transcurre de forma distinta.

—¿Cómo es la Sapphire de vuestro mundo? —pregunta la joven que no acaba de comprender la diferencia entre viajar al pasado o a otra dimensión. Para ella un mundo tan arcaico tiene que transcurrir en el pasado y no puede creer que estén viviendo en paralelo al suyo.

—Es una ciudad preciosa, brillante. La tecnología se ha acoplado a las viejas costumbres y mantenemos los viejos ritos a los dioses primigenios — asegura Valer con una sonrisa pintada en los labios. Su mirada melancólica presagia lo mucho que echa de menos su hogar.

—Deberías venir a verla —insiste Lily incapaz de imaginarse una despedida con la joven con la que ha compartido sufrimientos desde hace tres años. Siente por ella algo más que cariño, pero desiste en el empeño de conquistar su corazón sabiendo que ya se lo ha entregado a otra persona. Suspira y Anne le pasa una mano por la cintura para reconfortarla.

Lion no dice nada y apenas levanta la cabeza para mirarla mientras se encamina con sus compañeros hacia el portal que se abre como una nube de tormenta fletada de relámpagos resplandecientes.

—Me olvidarás... —murmura June en dirección al joven que se detiene en su avance y tarda algunos segundos en girarse hacia ella. Todos sus

compañeros la han besado y abrazado ya de camino hacia aquel lugar, pero él se ha mantenido distante y secretamente callado tramando un plan que erróneamente ni siquiera lleva una despedida final.

—Jamás —responde Lion dándose la vuelta y apretando los puños contra su cuerpo. Sus ojos encierran los de ella y por un momento parece que el portal los ha engullido a ambos.

—Cuando estábamos en FireCross me decías siempre que no me dejarías caer —le recuerda June con un hilo de voz, incapaz de retener las lágrimas que se deslizan sin freno por sus mejillas.

—Y no pienso dejarte, siempre estaré contigo... en tu corazón —la joven se lanza a sus brazos y se funden en un abrazo donde sobran las palabras. Se separan lentamente y June lo besa embistiendo sus labios contra los suyos cogiendo a Lion por sorpresa. Cuando la joven se lleva sus labios de nuevo, ya ha descifrado lo que quería. Lo mira largamente durante algunos segundos eternos en los que él no dice ni palabra y finalmente, sale corriendo del lugar sin volver la vista atrás.

El portal se intensifica con sus luces de colores cuando el primero de ellos lo atraviesa y el aire se puebla de pequeñas salpicaduras de arcoíris. Como si la vida no fuera más que un baile psicodélico de la percepción visual.



El Templo de Anandrya lleva tiempo en ruinas y desde la orilla del río no parece más que un destartalado cobertizo que su dueño haya dejado para alimento de la maleza. Sus muros están cubiertos por centenares de enredaderas que cruzan sus vetustas piedras y enormes grietas se abren paso como cicatrices. Yo también tengo las mías y reconozco una extraña belleza en ellas. Son el recuerdo de todos los tormentos que han quedado atrás, de las

dificultades superadas, de los miedos sepultados por el fantasma del pasado.

Los Moradores de las Estrellas y su Círculo de la Muerte han abandonado su puesto fronterizo y el simpático y enigmático Jimmy ya no fuma en la vieja escalinata. Parece un sueño que nada tiene que ver con la realidad. Y comprendo con una extraña mezcla de amargura y sorpresa, que también ellos han vuelto a sus respectivos mundos.

—Despierta —ordena alguien a mi espalda y me giro sorprendida por el hechizo de aquella voz familiar.

Lion está plantado justo detrás de mí con una sonrisa en sus labios. La emoción me parte la coraza que me había fabricado y bajo los cuatro peldaños que había subido para abrazarlo de nuevo.

—Pensaba que te habías marchado con ellos —parloteo nerviosa. Él me sonrío y me besa la frente.

—Alguien tiene que proteger a la sacerdotisa del templo —susurra más serio que antes. Me aparto y lo observo en aquella corta e incómoda distancia que nos separa.

—No voy a seguir una maldita norma nunca más, porque si tengo que renunciar a algo, aquí se queda el templo, la diosa y la ciudad —le reprocho con ese tono habitual de batalla que despide mi carácter cuando estoy nerviosa.

—Sin normas, a tu rollo —responde a mi suplica Lion levantando los brazos en señal de rendición.

—Eso incluye libertad para tener relaciones personales íntimas con mi guardián —le suelto conteniendo la respiración. Él ladea la cabeza como si contemplase aquella idea por primera vez y dando un aire dramático a mi discurso caótico.

—Dalo por hecho —termina y nos fundimos de nuevo en un beso que no tiene por qué acabar.



Lion aguanta la mano de la joven y la coloca con la palma hacia el suelo del templo. Un resplandor ilumina su piel en contacto con la anciana piedra y ella da un respingo. Pretende apartarla, pero el muchacho la aprieta un poco más hasta que está satisfecho con el resultado.

En cuanto la suelta, ella se la lleva al pecho y la oculta con la otra mano. Un humo sospechoso sale de su palma y la joven gime dolorida.

—Enséñamela —le pide a June y ella lo fulmina con la mirada. Finalmente, le muestra el tatuaje que acaba de grabarse a fuego en su piel. Un extraño círculo con forma de ojo rellena las nuevas líneas de su palma.

—¿Era necesario?

—Es el ojo de la luna, tu conexión con la diosa. La llave con la que podrás ver qué ocurre en la distancia y con la que podrás abrir portales a otras dimensiones —le explica y la joven abre los ojos por la sorpresa.

—Ahora ya eres la auténtica sacerdotisa del Templo de Anandya, ¡larga vida! —exclama Lion y June se lame la herida que le escuece horrores mientras su guardián la besa y se ríe al mismo tiempo.

Los héroes caídos se llevan en la piel y en las pupilas, se saborean con el alma y escuecen en las heridas. La ciudad es una bella durmiente que despierta de un sueño maldito y en las noches de tormenta aún se escucha el aullido de la diosa loba recorriendo invisible las calles desiertas.

## SOBRE LA AUTORA

Diana Buitrago es el nombre de autora de la catalana Diana Bravo Buitrago, nacida en otoño de 1982 en Barcelona.

Por cuestiones laborales ha vivido en países tan dispares como Inglaterra o Turquía y ha visitado en diversas ocasiones la Transilvania rumana. Amante de los viajes y de otras culturas, plasma en sus escritos la heterogeneidad del mundo.

Diplomada en Turismo y estudiante de Psicología en la UNED, ha escrito algunas novelas de fantasía de las que ésta es su tercera autopublicación.

**Kharos-Almas de Plata** es una novela de fantasía oscura y autoconclusiva. Una distopía fantástica y urbana para amantes de la narrativa poética.

Nota de la autora:

*«Cuando empecé esta historia no era más que un relato para uno de los Desafíos Literarios del blog de Jessica. Tiempo después escribí otro para sus retos literarios y no vi la forma de parar de escribir. Con una sola fotografía me había inspirado una historia entera. Hay mucha destrucción en esta novela, mucha poesía oscura, pero también mucha esperanza y amor. Me gustan los personajes fuertes, los que no se echan para atrás fácilmente, aunque el mundo esté plagado de miserias. Luchar hasta el último aliento, siempre...»*

Instagram: @dianabbuitrago

Twitter: @DianaBBuitrago

[dianabuitrago111@gmail.com](mailto:dianabuitrago111@gmail.com)

[dianabuitrago111.wixsite.com/saliralaluna](http://dianabuitrago111.wixsite.com/saliralaluna)

[dianabuitrago.dbook.es](http://dianabuitrago.dbook.es)